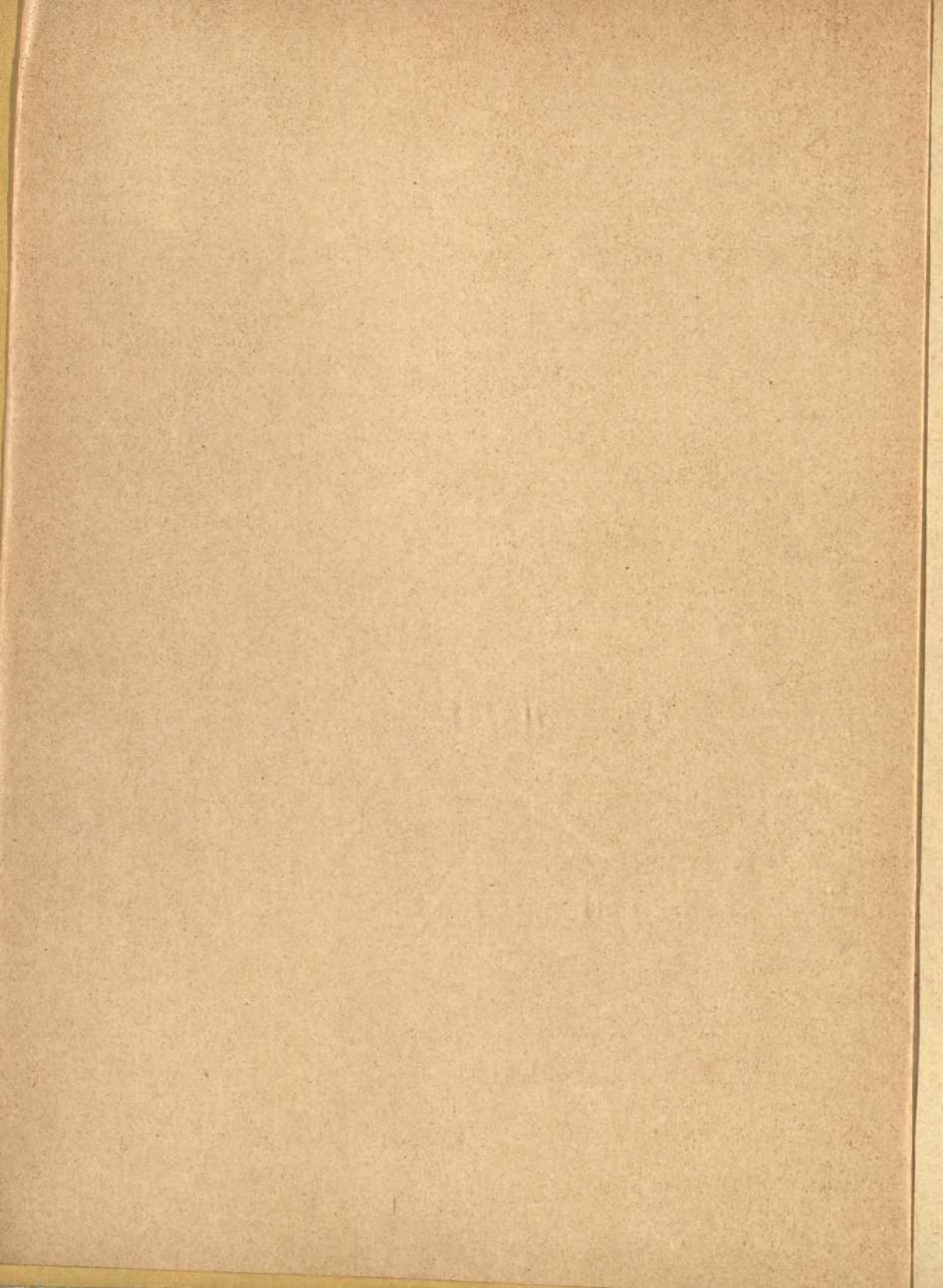




EN ROMA



HENRICH Y COMP^A, EDITORES

BARCELONA

EN ROMA

ESCENAS Y CUADROS

POR

ANDRÉS MELLADO

ILUSTRACIÓN

DE

R. DE VILLODAS



BARCELONA—1899

IMPRESA DE HENRICH Y COMPAÑIA

R. 8.673

ES PROPIEDAD

LOS IDUS DE ABRIL

UNA TRAGEDIA BAJO CALÍGULA

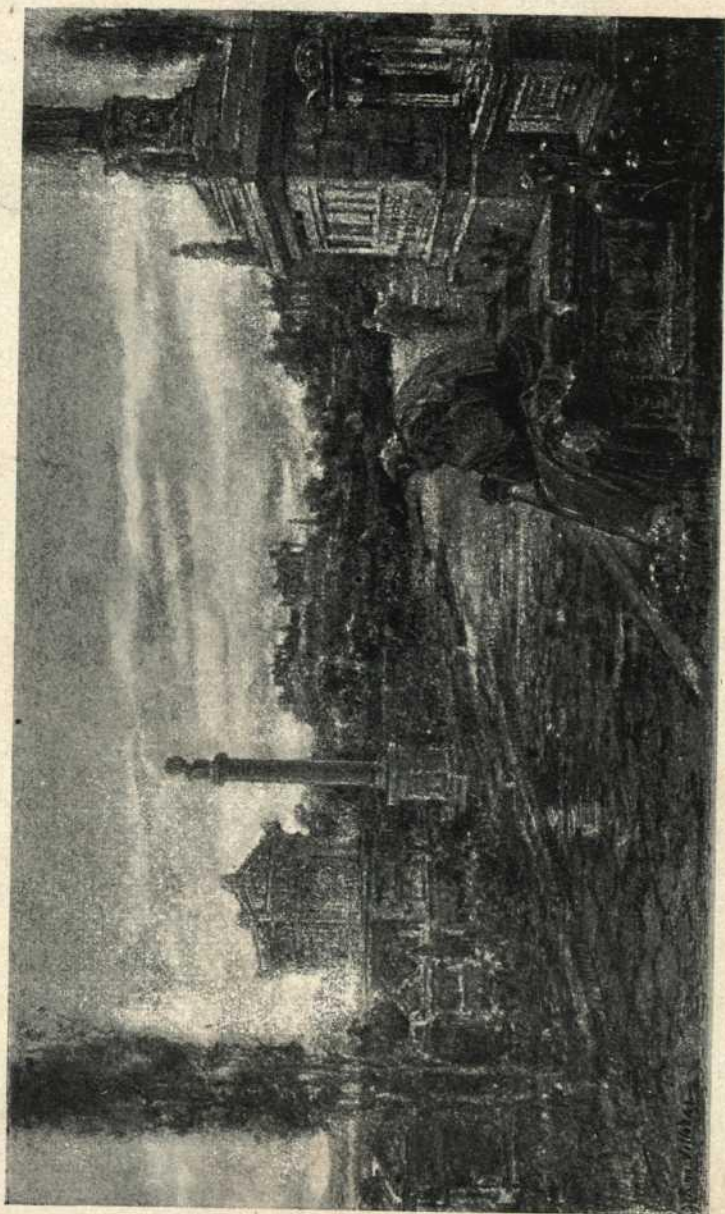
I

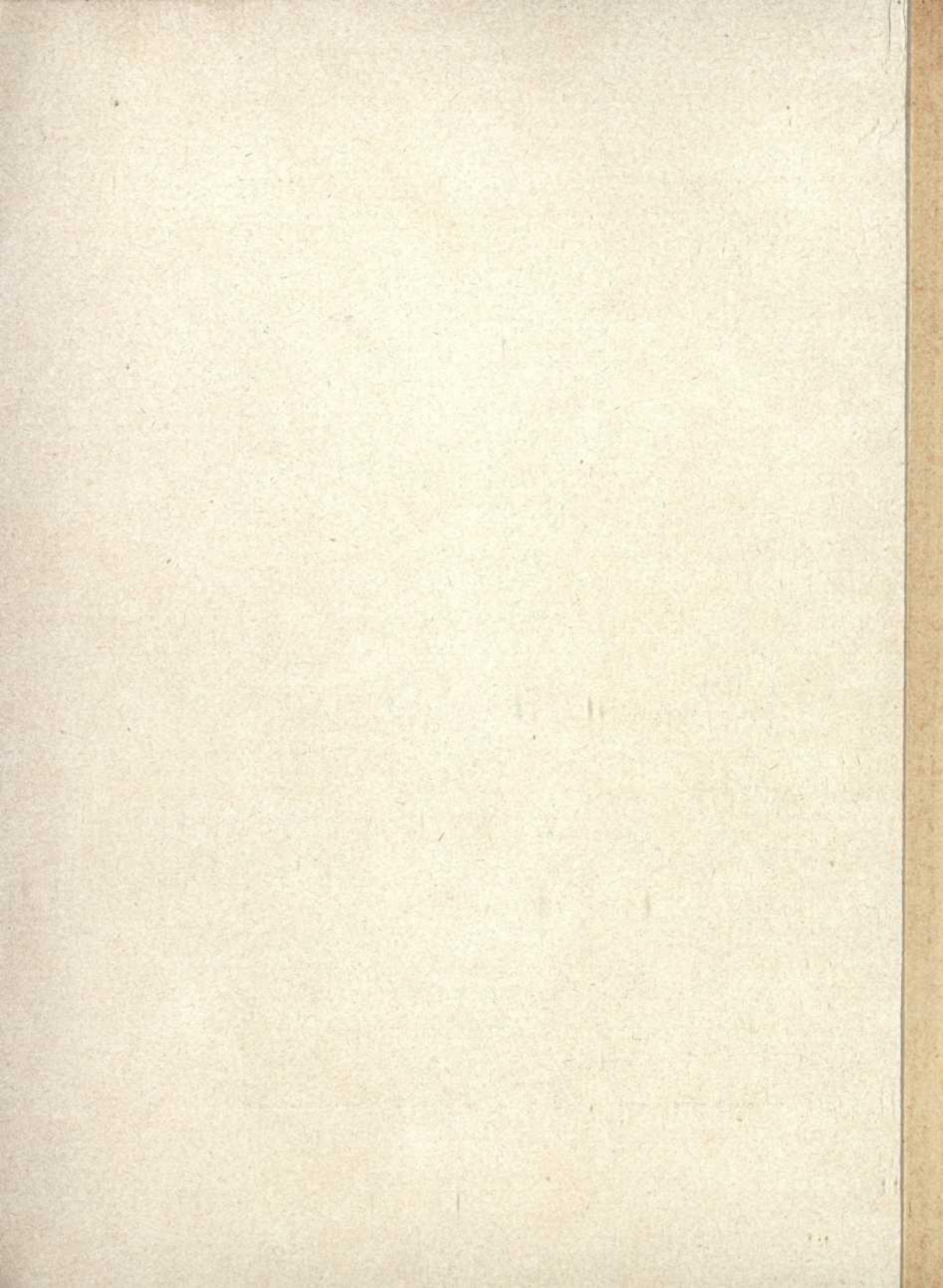
REPÚBLICA É IMPERIO.—HISTORIA DE AMOR

EN una prominencia de la vía Apia, pasada ya la tumba de Cecilio Metelo, y al pie de un altar en ruinas, consagrado á algún vetusto dios latino, detuvo su paso y tomó asiento un anciano caballero, fija la mirada y absorta la mente en la soberbia perspectiva de la Roma de los Césares. Siglos habían pasado desde que casas de madera albergaron á los hijos de Quirino cuando el padre de los dioses tronaba desde la roca desnuda: generaciones de héroes habían salido de dentro de aquellos muros á domeñar el universo; mas el genio romano, que en la desgracia y en el infortunio halló las fuerzas de los titanes para escalar el cielo y vencer el destino, trocóse en vil bacante y en mercader avaro el día en que la victoria y la fortuna hicieron olvidar á los dioses todos de la patria. Al arrebatarse á los pueblos la libertad, Roma había acabado por perder la suya: los vencedores del mundo no pudieron vencer esta ley eterna de la justicia.

En vano buscaban los ojos del viejo observador algo del espíritu antiguo bajo las espléndidas fábricas levantadas por el lujo de los triunfadores y bajo los mármoles y pórfidos de templos y palacios inspirados en arte griego. Á un lado se destacaba el Palatino con las nuevas construcciones debidas á la insensata prodigalidad de Calígula; más al centro rompía el horizonte el templo de Júpiter Capitolino, cuyos frisos dorados deslumbraban la vista á los rayos del sol poniente; el río sagrado corría más allá turbio y cenagoso como el porvenir del imperio, y muy á lo lejos la colina Vaticana se alzaba yerma y solitaria como segregada por designio celeste del contacto de la ciudad prostituída.

Debajo de la púrpura imperial del pueblo rey sólo hervía un hormiguero de esclavos: el Terror había tocado en su mano helada el corazón de la República: los Dolabelas, los Catones, los Escauros, los Cornelios, las stirpes inmortales del patriciado, buscaban en competencia adulaciones que ocultaran su odio cobarde á César: el último vástago de los terribles Claudios compraba el derecho á la vida miserable de bufón de la corte con una imbecilidad fingida; y la turba de los hijos de Remo, los descendientes de aquellos plebeyos del Aventino y del Monte Sacro, se agolpaban por las mañanas en las rampas del Palatino, para saludar con atronadores gritos de júbilo el despertar del dios Calígula y vivían con la espórtula del mendigo satisfechos y felices, al conservar soberanía celosa é implacable en el circo y en el anfiteatro.





Relámpagos de fuego habían lanzado las tétricas miradas del viejo del ara, como si las ideas que despertaba en su mente aquella muda contemplación desencadenaran las tempestades de la indignación y del odio. Tan embebecido estaba, que no advirtió la llegada de un arrogante joven, cuyas facciones parecían modeladas por cincel ateniense y cuya varonil elegancia y gallardía le habrían hecho pasar por Eneas á los ojos de las romanas, exaltadas entonces con los tiernos amores cantados por Virgilio.

—¿Hasta cuándo vas á seguir extático en tus negros pensamientos?—exclamó el recién venido.—Con tu aspecto estatuario, lo venerable de esa querida cabeza y lo triste de tu mirada, me pareces uno de esos poetas judíos que ante las ruinas de cualquiera de sus míseros poblachones improvisan elegías que hacen llorar. Despierta, padre, de esos delirios patrióticos que el libro de Cordo Cremucio ha renovado en tu mente: ¡nunca tolerara César su publicación! Y dime á qué me llamaste á este apartado sitio con tanto misterio, cuando apenas tuve tiempo de descansar del viaje á Grecia, ni de ver á mis alegres camaradas de la ciudad. Mal dice ese libro nuevo que Bruto y Casio fueron los últimos romanos: Cremucio no debió conocerte.

—Hijo de mi corazón—replicó el viejo, á cuya faz había devuelto serenidad inefable la presencia del mancebo, como los rayos de la luna deshacen densos y nublados celajes.—Publio mío, si en algo tienes la tranquilidad de mi vida, el respeto á estas canas, la

memoria de aquella madre querida, espejo de las virtudes patricias, por el amor entrañable que te tengo, por los Dioses inmortales conjúrote á que no vuelvas á entrar en Roma. No bien aparezca el héspero vendrán aquí mis etíopes de más confianza con el liberto Mitrídates y cuanto necesites. Huye antes que sea conocida tu llegada; dilata tus viajes por donde quieras, vuelve á Grecia ó vé á España, que no ha sido visitada por ti. Cada instante que pases en Roma, sufriré horrible agonía: en tu ausencia la inexorable Némesis ha derramado toda la ponzoña de su cáliz sobre la cobardía de los quirites que sirven á un amo; y no impera Calígula, sino las Parcas y las Furias ebrias de envidia y de codicia. Cuando la epidemia de la crueldad pase, yo te llamaré: tesoros inmensos tengo ocultos para el día en que, exterminado el monstruo imperial, la República te llame al honor de las magistraturas restauradas, á devolver la libertad al ciudadano, la honra á la matrona, la vida á la patria. Los dioses te han colmado de favores; no hay en Roma quien compita contigo en ingenio ni en gracia, en gallardía ni en distinción: tu presencia, después de tanto tiempo de no verte, ¡oh Publio, delicias de la vejez de tu padre!, me ha revelado el peligro: ¡ay de nosotros, si el monstruo te ve! ¡Ay de ti y ay de mí triste, si llega á su oído, á su oído que está en todas partes, el aura de tus elogios!

—Si no me conmoviera el exceso de tu cariño—replicó Publio,—me asombraría el vigor con que viven aún en tu pecho las pasiones políticas. Eres el

más bueno de los padres y el más incorregible de los republicanos. Allá en Atenas creíamos que los antiguos partidos de las guerras civiles sólo quedaban ya como Aníbal y Escipión, como Horacios, Curacios y Fabios, para los cantos de Clío ó para que el aprendiz de retórica los confunda con el peso de elocuencia balbuciente; pero tu lenguaje me prueba que vives con un siglo de retraso. No hablas tú, sino mi abuelo, el amigo de Pompeyo y de Casio, el soldado de Filippos. Todas esas visiones de tu fantasía intransigente, no tienen ya realidad en el mundo: hasta los dioses que forman el Olimpo chico de la feroz Discordia, están declarados cesantes por los filósofos. Si hubieras ido, como yo, por las provincias, desde el Tanais al Nilo y hasta los límites del rey de los reyes, habrías visto de cuánta paz y dicha se disfruta, y qué adoración tributan á nuestro joven César. En los campamentos reinan la alegría y la abundancia: en las preturas la integridad y la justicia: cien ciudades de antigüedad casi homérica solicitan cambiar sus nombres por el del piadoso hijo de Germánico: Adimio, el príncipe de los indomables bretones, implora desde el remoto Occidente el patronato de Roma, mientras que en los confines del mundo oriental, sin que las legiones de Vitelio arrojaran una balista, el partho Artabano, rey de reyes, ha rendido homenaje á las imágenes de César en los campos donde vagaba la sombra inulta de Craso. Paz, grandeza, justicia, administración: el universo romano faltaría á los dulces mandatos de la gratitud para con el segundo

Cayo César, si no repitiera unánime con la égloga de Marón:

«No más que un Dios esta merced me hizo,
Y eternamente debe ser mi Dios.»

—¡Insensato!—gritó el viejo.—Los dioses me habían guardado un horror más grande que el de asistir á la servidumbre de la patria, y ha sido oír á mi hijo adorado, á mi esperanza, mal digo, al que sería en breve esperanza de Roma, ultrajar las preclaras sombras de mis abuelos con la inicua defensa de ese feroz demente que ciñe el laurel sagrado. Condene el Destino como el más nefasto de los días, aquel en que las infames artes de los maestros griegos te infiltraron esa filosofía moderna, de que no necesitó el romano para vencer y mandar, pero de la que aprende ahora la bajeza y la adulación. ¿Qué importa á Roma que los turdetanos disfruten en paz de su holgazanería en el regalado clima de la Bética, que los galos se entreguen á las feroces supersticiones de sus selvas, ni que las naves de las islas Jónicas se vean ó no libres de piratas? ¿Qué nos va en que el bárbaro ó el provinciano sea feliz si la diosa Roma se encuentra encadenada á sus colinas como Prometeo y el buitre imperial le roe sin descanso las entrañas, que le renacen por castigo? Vuelves de las provincias, ignoras el estado de la ciudad. Tal es, que en nuestra propia casa no he podido hablarte. Los delatores, esos perros favoritos de Tiberio, que se alimentaban con carne humana, han conquistado mayor poder que

nunca, tanto más temible cuanto más solapada es su inquisición.

«Vivimos cercados de enemigos á toda hora: cocineros, cantores, músicos, mímicos, todo linaje de esclavos, son ojos y oídos que tiene por doquiera la suspicacia de Calígula: se tiembla ante los más próximos parientes; se dirige miradas recelosas á las paredes; hasta los dioses lares y las sagradas imágenes de los antepasados oyen cuanto dices y sirven á las delaciones. Al multiplicar las nuevas necesidades el número de siervos, hemos llenado de espías los palacios y las casas. Hasta hay que adular sus bajos instintos para que no te levanten testimonio falso. Los que han temblado siempre ante el señor, hoy le causan espanto. ¡Hablas de la guerra civil! La delación restaurada es peor, más sangrienta, más ignominiosa que cien guerras civiles.»

—¡Ah, padre mío, los males presentes parecen siempre los peores! Los delatores precedieron muchas décadas de lustros á los Césares: la crueldad no es moderna en Roma: ¡acuérdate de los Gracos! Las hecatombes humanas de Mario, y las proscripciones de Sila te dicen...

—Me dicen — interrumpió el anciano — cuánta era la grandeza y cuál el heroísmo del romano. El patriciado tenía genios, ejército, corazón: la plebe oradores, grandes demagogos, indomable osadía. Se delataba la conjuración contra la República, hoy la irreverencia contra un monstruo: se luchaba por la ley agraria, por la ampliación del derecho latino.

por el gobierno del universo: hoy la suprema aspiración es el poder vivir: la competencia está en adular. Vitelio, después de obligar á los parthos á humillarse ante las águilas, ha tenido que prosternarse á los pies de Calígula. El padre de Agrícola ha sido muerto por no querer delatar en falso á Silano. El degenerado aborto de Julia Agripina que nos oprime ha puesto empeño en quitar hasta el último vestigio de la gloria patricia: á los Torcuatos les ha arrebatado el collar, á Cneo Pompeyo la grandeza, á Cincinato los rizos de la cabellera, á Julio Grecino la vida, porque era más honrado de lo que conviene ser en tiempos de un tirano. Su odio no se detiene en los magnates; no hace una semana fué azotado, hasta morir, un liberto mercader, por haber cambiado de traje ante la efigie del emperador. Si en las provincias hay paz, ¡huye á las provincias!; no sufras este cruel suplicio de los que no tenemos seguridad y sosiego ni en lo más íntimo del hogar, de los que no encontramos sitio donde descansar un instante de la tiranía de Cayo.

—Mucho de cuanto me relatas no es nuevo para mí—contestó Publio;—los cursores que iban hasta nuestras escuelas de Atenas, llevábanos en cada viaje argumentos para cien tragedias de Esquilo. Lo nuevo para mí es el fuego de tu exaltación, esa indignación sublime que te envidiaría el mismo Demóstenes, y que si yo tratara en política, si pensara discutir el orden social me pondría en cuidado; pero ¡por Hércules! te pido cesen tus temores y aun tu

patriótico enojo; la mitad de las que llamas iniquidades cesarianas son grandes justicias, sin las cuales los vástagos degenerados de la gente patricia oprimirían el pueblo multiplicando las tiranías y las antiguas depredaciones.

«El desmoche que aconsejó Trasíbulo de Mileto al nuevo tirano de Corinto descabezando las espigas que sobresalían, tuvo que hacerlo Tarquino el Soberbio. Lo defendió el mismo Aristóteles: hízolo el divino Augusto, luego Tiberio Claudio: lo habrá de imitar todo el que mande en la infancia ó en la vejez de los pueblos, y Roma está ya harto trabajada por los años.»

«Créelo, padre, la libertad hace un siglo que se perdió. Se trata de saber quién entre los rivales se hará dueño de la República y cómo destruirá á sus émulos. ¿Qué hemos de hacer en la contienda? Ningún partido es digno de ti ni de mí. Guardaré silencio; mas desecha tus alarmas.»

—¡Qué obcecación más funesta! ¡El silencio! ¿Ignoras que aun ese derecho nos está vedado? Los romanos se darían hoy por muy contentos con una libertad, la más pequeña de todas, la de no decir nada. Pero la honradez, el don de la elocuencia, la fortuna, el mérito, son los mayores delitos ante Calígula: equivalen á una sentencia de muerte; hay que disimular la virtud y ocultar el talento; hay que descargarse de la riqueza como se aligera un buque en la tempestad.

—Entonces, padre mío, mi único, mi verdadero

amigo, ¿cómo permaneces en la ciudad? ¿Cómo no acompañas tu predicación con el ejemplo? ¿Quieres que me escape de Roma, yo, casi cesarista, y te deje expuesto á esa famosa tiranía, á ti, republicano? Yo obraría como impío y tú como temerario. Si una atracción superior á mis fuerzas no me sujetara hoy á Roma, me alejaría en aras de tu tranquilidad, pero nunca abandonándote. Déjame hasta los idus próximos, cortos días restan: cumpliré mis designios y partiremos á la Bética á pasar el invierno en esa segunda patria de nuestros aventureros y sibaritas.

—Yo no puedo salir de Roma. Sagrados deberes me ligan: como me creen pobre, nadie se toma la molestia de delatarme: oculta la gloria de nuestra stirpe bajo el nombre de obscuro caballero, nadie sospecha: mis años y decrepitud responden de la debilidad de mi brazo para vengar la República. Pero—añadió el anciano inclinándose al oído de su hijo,—la vengaremos, consagrandó la cabeza del criminal á los dioses infernales.

—¡Oh! padre, ¡ya temía yo que todos tus discursos pararan en comunicarme una nueva conjura! Y cuando matéis á César—¡los dioses lo preserven! —¿qué habréis logrado? Asentar la tiranía de Pisón, de Messala, de Vitelio ó de algún aventurero del Pretorio. ¡Un hombre como tú, mezclándose en esas conspiraciones, manera de vivir inventada ahora por los parásitos de moda, y que sería el más ridículo si no fuera el más peligroso de los entretenimientos! No te enojés, querido viejo mío: las conspiraciones han

venido tan á menos, que en Grecia pensábamos que eso sólo servía para el teatro, y aquí, donde me tienes, he sido laureado por una atelana mía, que representó en Corinto una tropa de histriones ambulantes, y en la cual salía un tirano furibundo que devoraba una docena de niños en presencia del público, y hacía el gasto una cohorte de conjuradores tan cómicamente feroces, que apenas salían se perecía de risa el auditorio. No me pongas ceño; por no verte tan ofendido soy capaz de hacer otra en que el coro sea de tiranos, y en que, saliendo de la máquina la cabeza de Medusa los deje á todos tullidos y deformes, y acabe el maestro de los histriones con el verso de Homero, que popularizó Escipión Emiliano: «¡Perezca así quien sea capaz de tanto!» ¿Vas á regañar otra vez? Suspende, te ruego, tus juicios hasta no oirme del todo: te juro por el Leteo,—ya sabes que ni los dioses pueden faltar á este juramento,—que si la más ligera posibilidad de salvar la República quedara, yo esgrimiría el puñal de Bruto sólo por ver á la Esperanza con su risa de niño y sus manos llenas de flores hacer dichosas tus canas; pero ¿qué importa degollar la hidra, si de cada cabeza cortada brotan siete? Y la hidra no es el imperio, sino esa plebe parásita y ese Senado, donde el miedo es todavía la menor de las abyecciones. Por ti, más que por mí, marcharemos de Roma; pero déjame unos días de respiro; díjete antes que un dios irresistible me trae á la ciudad: me desgarraría el alma partir contra mis designios.—Para después de los idus ten dispuesto

el viaje, pero te advierto que no daré un paso si no me acompañas tú y mi hermano. Deja á los dioses el cuidado de vengar ellos de por sí los crímenes horripilantes de ese pícaro monstruo.

—¡Qué cambio se ha verificado en ti durante tus años de estudios y viajes!—exclamó el padre tristemente preocupado;—me han corrompido tu inteligencia los sabios gréculos, pero todavía está sano el corazón. Y en él confío para que marches hoy mismo, y para que no me sirvas de obstáculo á las divinas inspiraciones del Destino. ¿Por qué quieres estar cinco días en Roma? Confíame tu objeto, yo lo haré por ti.

—Imposible. Yo mismo ignoro lo que debo hacer: lo único seguro es que no puedo abandonar á la ciudad sin condenarme á ciega desesperación.

—¿Tan grave es tu empresa?

—Lo es para mi vida: si fueras el terrible *pater familias* de la tradición, guardaría en secreto mis pesares y mis esperanzas; pero contigo, que has sido el más cariñoso de los padres y el más dulce de los amigos, sería inicuo engañarte. Vengo á Roma por una mujer.

—¿Digna de ti?

—Así lo creo.

—¿Patricia?

—Debe serlo, pero no conozco de ella más que el esplendor de su divina hermosura y la pasión devoradora que me enloquece.

—¡Ah triste juventud la de este tiempo — exclamó

el anciano, — que ama lo absurdo! ¿Cómo puedes amar de esa suerte lo que no conoces?

—Padre mío, no has estado en Grecia, y no puedes comprender los filtros mágicos que se respiran en aquel mundo singular.

«Nuestro Cupido es el más venal de los esclavos de Roma: el Eros eolio reina como déspota sobre las almas. La eterna juventud de la patria de los dioses y de las musas repite en cada eco los dulces cantos de Teócrito, los alegres himnos del padre Anacreonte y los ayes voluptuosos de la divina amante de Faon. En el silencio de la noche se oyen aún los mágicos acordes de la flauta de Pan, que jamás resonaron en estas peladas campiñas: aun se escuchan tiernas endechas de las dríadas entre los murmullos de las hojas agitadas por Favonio y las risas armónicas de la náyade en el dulce ruido de cada fuente.»

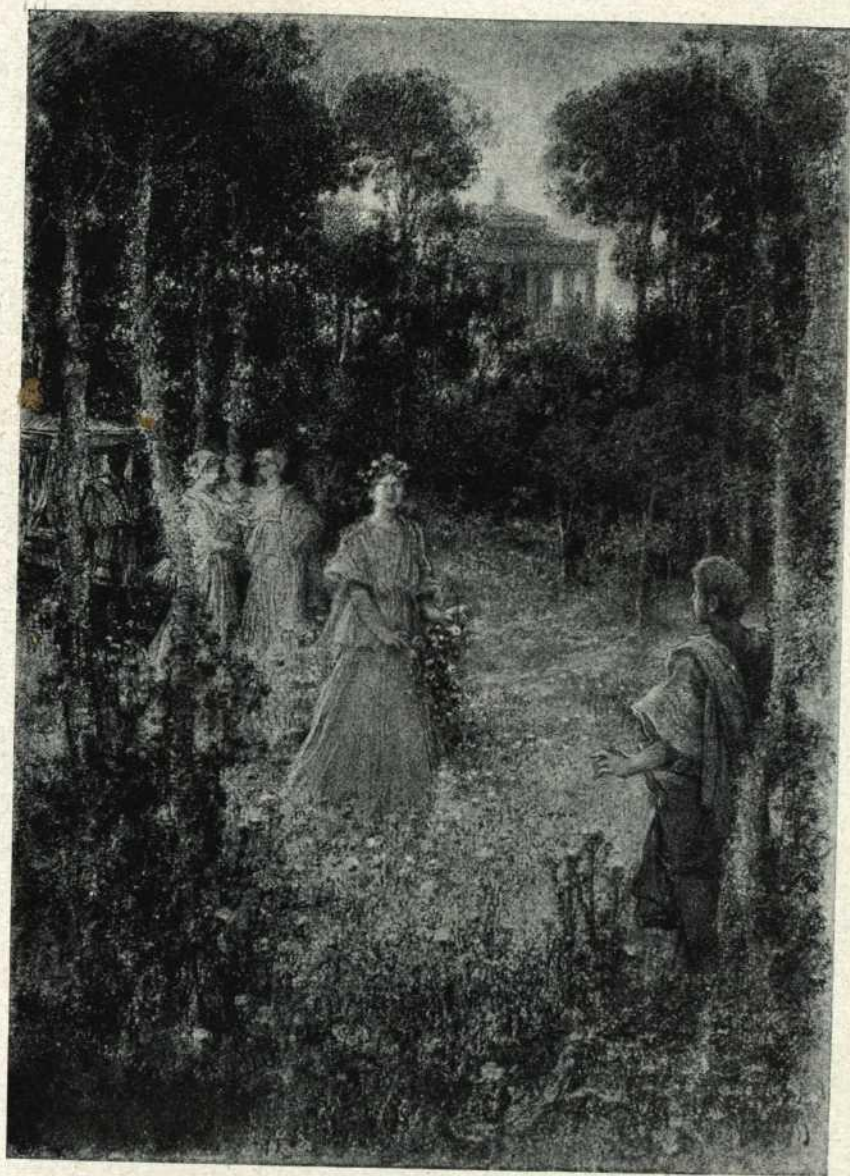
«Es el amor en la deliciosa Acaya la religión suprema. Ni las canas sagradas del viejo, ni el escudo férreo del guerrero, ni la cota más dura todavía del estoico, pueden librarnos de los dardos del dios. Las tibias auras, mensajeras de la deidad de Chipre, someten á los mortales á una misteriosa languidez: el corazón parece sumergido en una atmósfera de luz, de armonía, de indefinibles deseos: diríase que encantadores demonios acarician nuestros oídos con besos y suspiros de amantes invisibles. Al pasar por las Termópilas, he visto junto al león de Leónidas trepar la yedra, ahogando en sus brazos enamorados el antiguo laurel, y he oído el canto de Filomela que

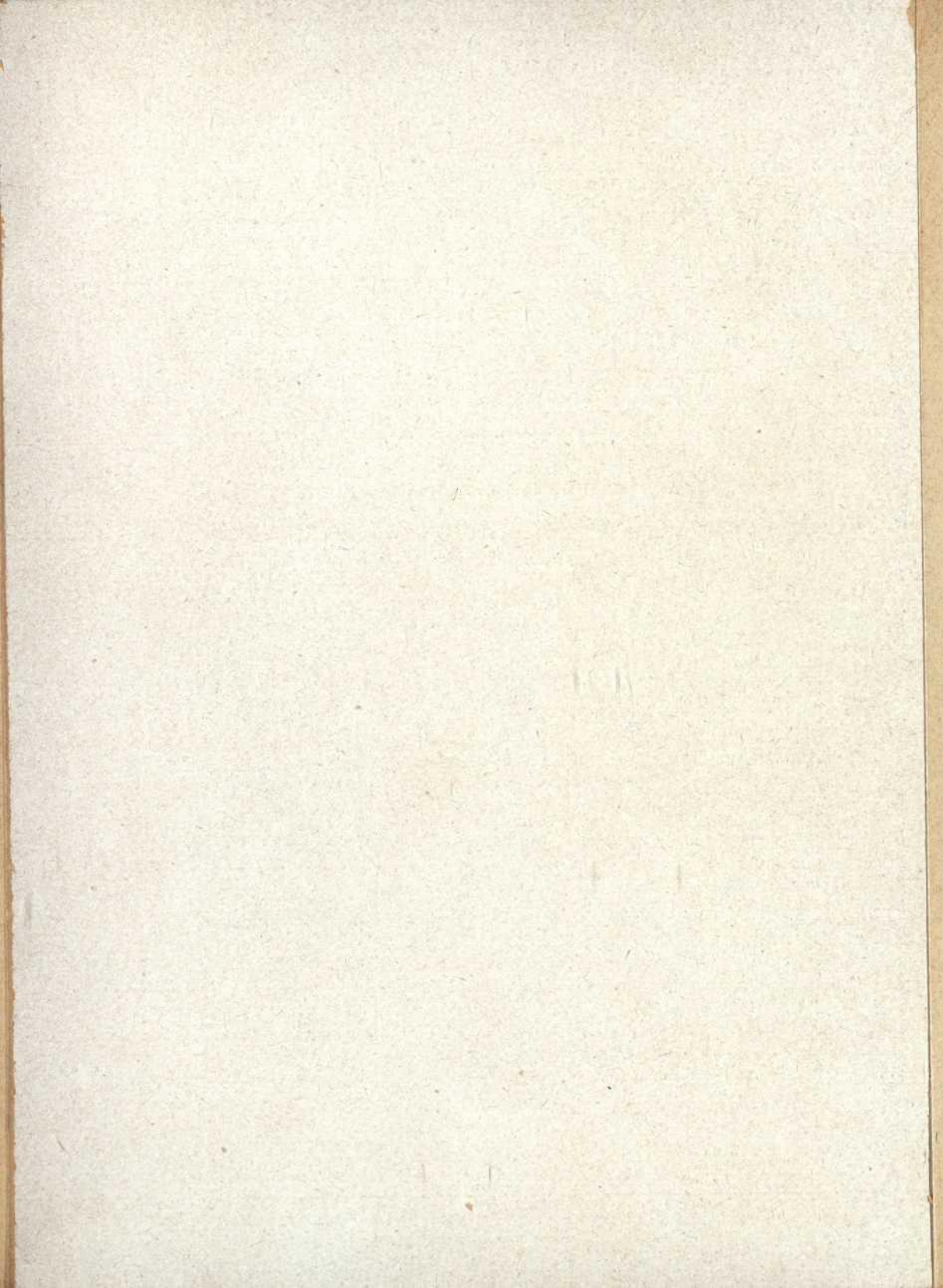
había hecho del cenotafio de la patria el nido de sus amores. Así es Grecia.»

—Perezca condenada á la infamia —exclamó el anciano— la memoria de Quinto Flaminio, que al conquistarla la dejó en libertad de envenenar la juventud romana.

—Viajaba yo al acaso —continuó el joven— por los alrededores de Eleusis, absorto en esa inefable melancolía que inspira á los mortales la tímida luz del lucero de la tarde, cuando un cántico solemne y armonioso, semejante al *iaco* que hizo huir llenos de terror religioso á los ejércitos de Jerjes, salió del bosque sagrado donde se halla el templo. Era el día en que las vírgenes griegas celebraban los misterios de la buena Diosa, misterios tan prostituídos en otros pueblos, tan puros é ideales en la región del Atica. ¿La poesía y la música son hijas de los dioses, ó los dioses nacieron de la música y la poesía? El arte no ha podido averiguarlo, pero es lo cierto que no puede oírse el himno religioso sin que la fantasía y el sentimiento se transporten á las esferas de lo inmortal. Aquellos suavísimos cantos, que repetía á lo lejos dulcemente la ninfa Eco, la solemnidad de la hora, el misterio del paraje trajeron á mis ojos lágrimas de gran tristeza, embargando mi espíritu un éxtasis de amor. ¿De amor á qué? A lo vago, á lo desconocido; así debieron sentirlo los cielos y los mares el día feliz en que de las azuladas ondas nació la diosa de la hermosura.

«La estrella que aquella aurora anunciaba á mi





alma surgió ante mis ojos resplandeciente y fascinadora. Era una romana: al trasponer el bosque bajó de la litera de marfil y oro en que la conducían sus esclavos; varias siervas, tan jóvenes como ella, vinieron á asistirle, y el intendente con otros que la escoltaban á caballo, se apartaron repentinamente.»

«No hay palabra que pueda describirla. La cabellera, rizada naturalmente, caía en gruesos bucles sobre sus espaldas. La frente era pequeña y bordada por sus cabellos echados hacia atrás. Sus ojos resplandecían como luceros en noche sin luna; sus narices, ligeramente arqueadas, de una gracia infinita; su semblante, el que Praxiteles ha dado á Diana cazadora. La blancura del pie, que brillaba por entre las bandas de oro de las sandalias, causaba vergüenza al mármol de Paros. Marchaba sobre las flores sin tronchar sus tallos, que se balanceaban orgullosos á su contacto: los pastores de aquellos contornos se prostaban á su paso creyéndola una nueva deidad, hija de Júpiter y de la Juventud. Cuando aquellos ojos de un azul envidia del cielo, se fijaron con dulzura en mí, temblé de júbilo y corrí hacia su lado. «Te conjuro, le dije, en nombre de tus encantos, no desdeñes admitirme entre tus esclavos: me hallarás religioso si me permites que te adore.» Un ligero estremecimiento agitó su delicado cuerpo, y exclamó: «¡Imposible! ¡Huye! Mi amistad te sería funesta: te he visto en Roma y en Corinto, te amo demasiado para sacrificar tu vida á mi felicidad. No sigas mis pasos; no quieras saber quién soy; mi amor mata: huye y com-

padece á quien te dice ¡adiós para siempre!» — «Divina sirena — exclamé, — tus palabras son el sonido de una cítara que va derecho al corazón, pero que producen mortal amargura: aunque hablara por tus labios el Destino, yo me alzaría contra él. No renuncio á adorarte, aunque una mirada tuya me causara la muerte. No destruyas mis esperanzas, porque á través de la niebla de la orilla Estigia, te seguiré amando y enviándote mis besos encendidos.»

«La encantadora virgen desprendió de su guirnalda las más hermosas flores del loto sagrado, las llevó á sus labios y me las arrojó: «guárdalas, me dijo, en memoria mía», y corrió hacia el templo. Las esclavas se interpusieron á mi paso deteniéndome; un instante después había penetrado en el bosque, inaccesible á los profanos. En vano esperé y busqué por sus contornos, terminadas las fiestas; en vano recorrí ciudades y pregunté en los caminos. La fiebre de la desesperación se apoderaba de mí, cuando yendo de Siracusa á Parténope, próxima nuestra nave al puerto, vimos salir con rumbo á Ostia una trirreme con flámulas de púrpura y jarcias de oro, que no parecía sino la de Cleopatra en la batalla acciana. Una mujer, más hermosa que la reina egipcia, iba en ella: era mi desconocida deidad de Eleusis: las naves pasaron tan cerca, que habría podido oír los latidos violentos de mi corazón al verla un instante y perderla para siempre. «Me sepulto en las ondas, grité, si no vuelvo á verte.» El eco tenue de su armoniosa voz, deslizó en mis oídos estas palabras: «Roma... en

el Teverón... el día de los idus de Abril.» Las naves, como nuestra fortuna, huían la una de la otra, y pronto desapareció en el horizonte aquella visión fantástica, que las náyades y los tritones habrían tomado por diosa de los mares.»

A este punto llegaban de la conversación, cuando un murmullo de voces confusas reveló la proximidad de un grupo de personas que venían hacia la ciudad.

Interrumpieron su diálogo padre é hijo, y vieron pronto aparecer cinco ó seis viajeros descalzos, destrozados y con una extenuación capaz de mover á piedad. Sus semblantes respiraban, sin embargo, serena alegría, y sus ojos brillaban con el destello de la inspiración ó del fanatismo: hablaban un idioma extranjero: un anciano de blanca barba, que parecía dirigir la sociedad, entonó una especie de cántico religioso al descubrir á Roma y le respondían sus acompañantes. Estos se postraron en torno suyo, y él extendió las manos sobre sus cabezas, levantó al cielo los ojos y los bendijo.

Nada comparable al júbilo y á la paz imponente de aquel grupo de mendigos: aureola de luz parecía circundar sus demacrados rostros.

—Hermanos—dijo en mal latín el extranjero viejo adelantándose hacia los dos romanos:—«La paz y la gracia de Nuestro Señor Jesu-Cristo sea con vosotros. Amén.»

—¿Qué gente es ésta? ¿qué dice? Parecen sacerdotes de Cibeles—preguntó á Publio su padre, que ape-

nas entendía el latín gutural que hablaba el viajero, y menos aún el sentido.

—Son judíos de una de tantas sectas como se despedazan con rabiosa furia en Palestina, y te saludan á su manera. ¿De dónde vienes, buen viejo?

—Venimos de Judea en el nombre del Señor: somos cristianos de la iglesia de Jerusalén, que persigue Saulo el fariseo, invadiendo todas las casas y sacando á viva fuerza hombres y mujeres para prenderlos. Dios, nuestro padre, lo perdone, y abra sus ojos á la luz. Esteban, el diácono de Pedro, ha sido muerto á pedradas y nuestros hermanos se han dispersado buscando libertad para predicar la doctrina de Jesús el Nazareno, que murió y resucitó de entre los muertos, de que damos testimonio. ¡Una limosna por el amor de Jesu-Cristo, porque Él ha dicho: «Quien dé de beber, siquiera un vaso de agua, por amor á Mí, en verdad os digo que no perderá su recompensa.»

—Lo de siempre—exclamó Publio, dando un puñado de monedas;—toda esta tropa que está siempre en relaciones con los dioses, no abre la boca sino para pedir algo á los hombres. Toma, peregrino, y los dioses hagan por ti más de lo que al parecer te han favorecido hasta ahora.

—Nada se debe esperar de los dioses—replicó severamente el hebreo,—porque no hay dioses, sino un solo Dios, que es nuestro padre que está en los cielos.

—¿Un solo Dios? —dijo Publio pudiendo apenas contener la risa;—¿qué les ha pasado á los otros? ¿Se

los ha comido Saturno, ó los ha degollado Tiberio al entrar en la familia? ¿Impera el cesarismo en el Olimpo? Buen viaje, amigo, y cuida de no suprimir los dioses delante de los sacerdotes si no quieres que te quemén vivo.

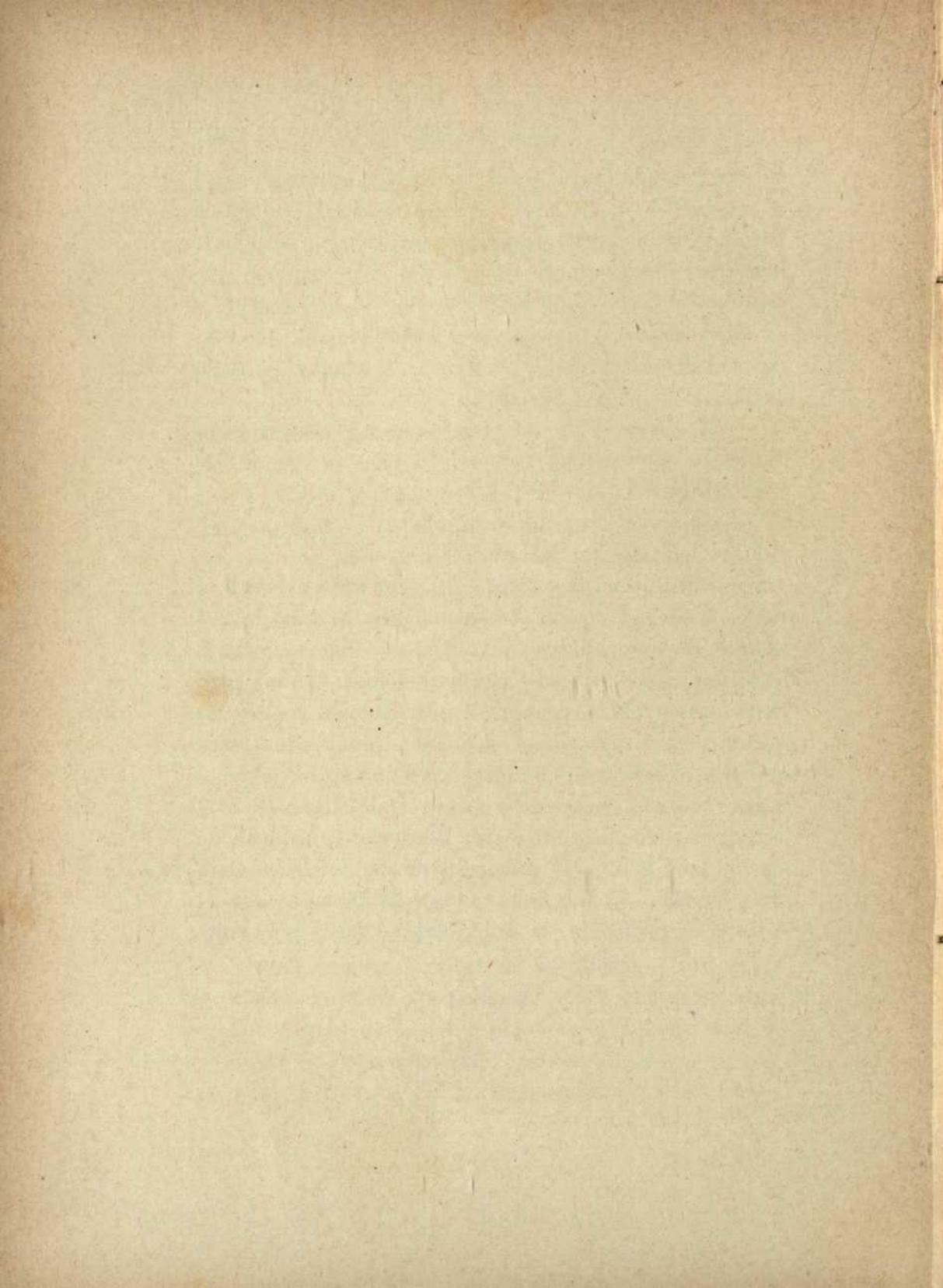
El cristiano no le oía, pues había elevado las manos al cielo dirigiendo una ferviente plegaria por su jovial bienhechor.

—La gracia—dijo al terminar—y la paz os sean dadas de parte de Dios nuestro padre y de parte del Señor Jesu-Cristo.

—Amén—dijeron sus compañeros; y continuó su camino hacia Roma la humilde caravana.

—¿Puede tolerarse esto?—dijo al verlos alejarse el viejo Mucio.—Cuando Roma enviaba al mundo sus primaveras sagradas, la juventud más vigorosa iba á fecundar con su sangre el inculto suelo de las provincias. Hoy nos pagan de esa suerte: todos los pretendientes, los parásitos y mendigos de la tierra refluyen á la ciudad como las aves de rapiña sobre el cuerpo muerto. Roma no sobrevive á la libertad ni á la virtud. ¿Qué nos falta ya? Derrocar la estatua de los hijos de la loba y poner sobre sus escombros un altar bárbaro y sacrílego, donde se inscriba con el epitafio de la patria, la única deidad de lo porvenir:

DEA PROVINTIA



II

LAS HABLILLAS DE LA CIUDAD

EN una ancha plazoleta, próxima á las sombras sagradas, que á orillas del río había legado con sus jardines el divino Julio al pueblo, tenía en costumbre reunirse una de aquellas tertulias, semi literarias semi políticas, á que eran tan aficionados los romanos, y que ya censuró duramente Cicerón como origen de noticias perturbadoras y foco de murmuraciones maldicientes. Pocos patricios, varios caballeros y algunos plebeyos enriquecidos habían escogido aquel lugar como punto de reunión y descanso en sus paseos, y mataban el tiempo, ya departiendo amistosamente, ya recogiendo los rumores, ciertos ó inventados, del día, aunque tocando siempre con recelo los asuntos políticos, por temor á encontrar un delator en cualquier legionario disfrazado, que César enviaba á espiar las conversaciones. Inútil había sido que los ediles, para evitar las tertulias, sospe-

chosas todas á César, quitaran de los parajes más frecuentados los bancos de piedra; cada concurrente al círculo se hacía acompañar de un esclavo con un asiento portátil, y acudían todos puntualmente al mismo lugar, á esa dulce ocupación de no hacer nada, que tanto atractivo ha tenido siempre para la raza latina.

—¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres!—decía una tarde Marco Cotta, patricio arruinado por las prodigalidades de su juventud.—La gente nueva, ni tiene gusto ni resistencia para nada: un soplo basta para deshacer á esos hombrecillos jactanciosos, materia apta no más que para el dios Momo. Yo conocí á Tíbulo y á uno de los Lúculos: aquéllos, sólo aquéllos entendían el arte de pasarlo bien; pero ¿qué es hoy ver á esos personajes increíbles, que dictan los senado-consultos de las orgías y del buen tono? Con los cabellos divididos por una raya en medio, tirada á compás; oliendo á perfumes, hasta marear al que se acerca; tarareando una canción de Egipto ó de España, ¿para qué sirven? Todo su arte se reduce á saber agitar en cadencia sus brazos, limpios de vello; á llevar y traer los dichos que se les ocurren á los demás; á acompañar las sillas de las damas y recitar de memoria la genealogía del caballo Hirpino ó Incitato. Han hecho de la noche día, y del día noche; no abren los ojos sino cuando los demás los cerramos, y así han hallado el medio de ser, sin salir de la ciudad, antípodas de sus conciudadanos. Cuando yo era mozo, guardábamos en nuestras estruendosas aven-

turas la tradición de Julio y de Antonio; temblaban los maridos y nos adoraba toda mujer hermosa: no había en Roma quien no conociera nuestros puños y nuestro oro. Hice crucificar á mi esclavo Yugurta — ¡lástima de hombre! valía, mal pagado, cuarenta mil sextercios— sólo porque...

—Cesa ya en la antigualla de tus cuentos—dijo Lucio Afranio;—si te dejamos, eres capaz de sermonearnos hasta que los caballos de Febo se hundan en el mar y vuelva á abrirles la puerta de Oriente la plebeya Aurora. Dinos, si sabes, qué votación hubo en los comicios convocados para esta mañana, porque de mi barrio no ha ido uno solo.

—Yo pasé por el Foro—replicó Cayo Cursor, otro caballero del círculo,—y, según me dijo un edil, no había parecido más que un solo ciudadano, y ése era candidato: ofrecía, en cambio de votos, añadir una letra al alfabeto; y si las carcajadas sirvieran para triunfar, jamás ¡por Hércules! habría magistrado con voto tan unánime.

—No digas más—replicó Afranio,—es Claudio Druso. Si su mujer, la nieta de Mesala, recomendara la candidatura á sus amigos íntimos, no habría quedado romano sin votar.

—Bien hizo Tiberio en ahorrar esa molestia al pueblo romano: ¡trabajo más inútil que desfilas ante las urnas; oír las promesas siempre engañosas de los candidatos; ver cubiertas las paredes de inscripciones huera y ridículas! Quédense para las provincias esos cómicos espectáculos en que los tigres se vis-

ten de corderos antes de la elección, y después del triunfo, hasta las aves se truecan en serpientes! El pueblo rey no necesita de las estériles luchas del Foro para conservar sus preeminencias que reserva para cosas prácticas. Que suban el pan: veremos quién resiste la oposición indomable del romano. Recuerdo aún el estruendo feroz que se extendió desde las calles tortuosas de la Suburra hasta el aristocrático Teverón, cuando Tiberio quitó á las termas la soberbia estatua de Lisipo. ¿Pudo resistir el emperador? ¿A los dos días, no tuvo que devolvérsela á la admiración pública?

—¡Indiscutible!—exclamó un descendiente de los Léntulos.—¿Quién disputa nuestros derechos en el teatro y en el circo? La vida y la muerte dependen de nuestro antojo. Los dioses inmortales tienen que envidiar al pueblo romano lo inmenso de su poder. Sólo me duele en la presente dicha, que César reciba en su palacio y á su mesa á tantos reyes pretendientes como vienen de Asia; no sea que en su comercio nos le malogren, enseñándole á ser tirano.

—Otra preocupación más honda me inquieta cuando pienso en el día de mañana —dijo con cierta ironía un ex cónsul que tenía sus sombras y dejos de filósofo;— en los tres últimos emperadores hemos ido mejorando de tal suerte, que ha ido subiendo el homenaje tributado; Augusto tuvo dignidad, Tiberio majestad, la divinidad ha correspondido á Cayo: ¿qué hemos de hacer al sucesor cuando Jove llame á Cayo á compartir con él el imperio de los dioses?

—Inmensidad, Eternidad, lo llamaría yo — exclamó Cneo Fabricio, uno de los jóvenes más á la moda de la ciudad, —y como dice Virgilio, cada día sacrificaría en sus aras el más hermoso de mis corderos, si fulminara una ley contra la hidra insaciable de la usura. Lo que acaba de sucederme no tiene nombre; nuestros padres con menos razón se fueron al Aventino, y Catón, por más chica causa, se desgarró las entrañas. Ese inmundo liberto tracio, Perseo, que cuando llegó á Roma era capaz de recoger con los dientes un dracma de en medio del lodo, tiene á estas horas más de 300 millones y un número de esclavos bastante para sitiar y tomar á Cartago. ¿No debía perdonarme un pequeño campo que por toda fortuna me queda en la Campania? Pues no; más inflexible que el Destino, ha inventado un medio, ante el cual no cabe resistencia. Se ha hecho poeta: el día del vencimiento de los créditos convoca á sus deudores y les lee sus bárbaras epopeyas; no hay sino pagar ú oír. Yo pude sufrirle dos; la tercera en que canta las proezas de Aníbal en la guerra de Troya y en que Pirro lucha con Eneas en el sitio de Numancia, faltóme la paciencia, le dí para que se cobrara el resto de mi hacienda, y diérale la vida antes de soportar aquel tormento que excede á los rigores de los Decemviro y de las Doce Tablas.

—Noticias del Senado—dijo un recién venido;—llego del templo de Saturno y las traigo tan completas como si lo hubiera oído todo. ¡Qué día más glorioso para Cayo César! ¡Qué triunfo tan incom-

parable! Los padres conscriptos estaban aterrados; César iba á defender la memoria de aquella grande amiga de su madre Claudia Pulchra condenada por el Senado ante las exigencias de Livia; todos los ojos estaban fijos en Domicio Apro, su acusador: los clientes lo habían abandonado. Adonde quiera que iba, llevaba la soledad, ni un senador se atrevía á acercarse al primero de nuestros oradores. César llegó al cabo, seguido de turbas que lo aclamaban con el fragor de las olas cuando nos anuncian la cólera del gran padre Neptuno. La renta de dos provincias no valen su traje de púrpura y las pedrerías que lo esmaltaban; llevaba la barba dorada y en la diestra mano el rayo vengador; Tyndaro el liberto sostenía detrás de él el caduceo de Mercurio, Eutico el tridente de los mares, y los rehenes parthos llevaban en bandejas de oro las tiaras enviadas por Artabano. ¡Salud tres veces al segundo fundador de Roma, al padre de los dioses, al Júpiter latino!, prorrumpió el Senado á una voz, y un silencio religioso se impuso luego á la asamblea, ávida de las palabras y de los gestos de Cayo. ¡Con qué modesta compostura empezó; qué frase más limpia y elocuente al salir por los fueros de la oratoria de los Hortensios y de los Tulios, y al zaherir con punzante ironía el género nuevo de las oraciones cortadas de Porcio Latro y de Apro y las vaguedades huera que va poniendo en boga el cordobés Séneca!

« Cuando habló luego de su madre, muerta cruelmente por los verdugos de Tiberio, cuando invocó



sus manes augustos é hizo el panegírico de su compañera y de la amistad, sagrado don de los dioses, lágrimas ardientes brotaban de todos los ojos, sollozos contenidos se oía por todas partes. Quinto Escauro cayó de su silla curul, presa de mortal congoja: miradas de odio y de amenaza fulminaban fuegos siniestros sobre el gran culpable, sobre Apro, único que no participaba del terror general. César acabó, por último, diciendo con voz terrible é indignada, que mientras la adulación patricia había perseguido á muchos inocentes por complacer á Tiberio, hoy magistrados y senadores encubren á los criminales, á los enemigos de la patria que conspiran contra la vida de la república y del emperador. »

« A mí que soy el príncipe, exclamó, es dado juzgar á Tiberio: vosotros caéis en impiedad al condenar á vuestro antiguo señor por lo que le ayudasteis á hacer. Si el difunto emperador fué alguna vez injusto, no debisteis tributarle honores en vida para infamarlo después de muerto. Su sombra augusta me ha visitado en sueños, y con el acento de un dios me ha dicho toda la traición que se esconde entre vosotros. Por su palabra sé que quien manda sólo inspira obediencia y miedo cuando es fuerte, y ¡por Júpiter! el terror será desde hoy la única ley del imperio para cuantos sacrílegos se atrevan á no amarme. »

Vítores estruendosos siguieron á la hermosa oración; Lépido echó al aire un puñal escondido bajo la toga, y exclamó blandiéndolo: Señálame el más fiero

de tus enemigos, César, y le hundiré cien veces este hierro en el corazón.—Se esperaba con ansia el discurso de Domicio Apro, el canto del cisne del orador de Nimes, á quien todos daban por muerto, cuando éste se dirige á César, se prosterna ante sus plantas y exclama: ¡Honor á los dioses inmortales que me han concedido la dicha de verme vencido por ti! Congratúlome de haber acusado á Claudia, porque sin mi acusación, el mundo no podría pasmarse al oír tu defensa, vergüenza de los Demóstenes y envidia del mismo Cicerón. Decreta mi muerte, porque después de ser mi vencedor en la palabra, soy tu esclavo ante el derecho de gentes, y es justo que dispongas de la vida del que has vencido con una elocuencia que jamás hasta ahora acarició los oídos humanos. Pido al Senado que se graben en planchas de bronce, con caracteres de oro, las palabras del divino Cayo; pido un *senado-consulto* para que la juventud estudiosa lo aprenda de memoria en las escuelas; pido que, traducidas al griego, se estampen en el Areópago, para que la maestra Atenas sea una vez discípula de Roma.»

«César sonrió con agrado, y tendiéndole los brazos, — Levántate — le dijo; — declaro de hoy para siempre sagrada tu persona: tu muerte predicaría sólo mi fuerza; tu vida será constante testimonio de mi victoria.»

— Hábil estuvo Apro — observó el ex cónsul; — bien conoce el corazón humano; quiero decir, el corazón de Cayo.

—Magnánima ha sido la clemencia de César —añadió Afranio. — Eso proclamó el Senado; á la hora en que me vine, los padres conscriptos habían votado que se le tributara una ovación, que su estatua fuera llevada al Capitolio y que todos los años tal día como hoy se hicieran sacrificios en honor de la divina clemencia de César porque ha sabido vencer sus justos furores. El emperador augusto volvía al Palatino, llevado en triunfo por las masas y precedido de Domicio, que marchaba ante el carro como rey prisionero.

Después de comentarios más ó menos forzados sobre el suceso, languidecieron las conversaciones y marcháronse con el entusiasta adulator del César la gente más amiga ó temerosa del amo de Roma. Los más recalcitrantes permanecieron, y estrecharon más el corro.

—¿Quién de vosotros ha visto los pasquines de esta mañana?—preguntó bajando un tanto la voz Léntulo.

Hubo un instante de estupor en el círculo; parecía que se inspeccionaban los unos á los otros para inquirir hasta qué punto podrían fiarse en su discreción de cada cual.

—Yo vi uno—dijo el joven Fabricio;—por cierto que pasé un rato delicioso al hallarlo en la misma puerta de Vitelio. No hay en Roma un valiente más cobarde: ha recorrido el mundo en triunfo, y no da aquí un paso sin recelar de todo, y eso que posee un talismán precioso.

—¿Qué talismán?

—Ha pedido á Cesonia Augusta una pantufla y la lleva en el pecho entre los pliegues de la toga: de cuando en cuando se la pone en los labios con toda reverencia, pero procurando siempre que vea César este homenaje tributado á su esposa. Figuraos, pues, el efecto que le produciría toparse con la inscripción blasfema en su propia puerta: ya se vería en lenguas de delatores y sus tesoros en camino del fisco. Yo le ayudé á borrar el impío letrero, holgándome de su terror cómico, muy superior al del Avaro de Plauto.

—Pero ¿el pasquín qué decía? — preguntó uno de los concurrentes.

—Era un testamento satírico — contestó Fabricio con voz apenas perceptible; — si me prometéis la reserva, os lo recitaré.

—Caronte y el Cerbero sean con el indiscreto: habla.

—Llevaba la firma del difunto emperador, y decía así: «He dejado vivir á Cayo para su desgracia y la de todos. En él lego una serpiente al pueblo romano y un nuevo Faetón al universo. Ni tuve mejor esclavo, ni tendréis peor amo.» — Claudio *Tiberio* Nerón.

—Atrasado de noticias anda Vitelio — dijo el ex cónsul, — si por todo desagravio al epigrama impío cuenta sólo con la pantufla de Cesonia. Nuestra Augusta está amenazada de que su señor la convierta en diosa y la envíe á aumentar el número de las constelaciones celestes. El cruel hijo de Venus Afrodita, oculto tras las columnatas del Teverón, dispara sus

flechas más punzantes sobre el corazón volcánico de César, y los dardos del dios siempre fueron más poderosos que... los filtros.

—¿Volvió de Grecia Julia Antonina? —preguntó Léntulo.

—El fin prematuro de Domicio Enobarbo la hizo acelerar el viaje: muerto su tío, está hoy bajo la tutela de César. El Destino no pudo depararle un tutor más... amante.

—Pero ¿qué novedades me contáis? —exclamó Fabricio. —Júpiter no ha cambiado tan pronto sus amores como el hijo de Germánico. Nada se dijo nunca en la ciudad de esta nueva pasión, y cuando salí hace dos años para Campania, esa Antonina era tierna muchacha.

—La historia de estos amores ha permanecido en el misterio, pero antes de dos días la Fama los llevará á los confines del mundo. La fiereza de los Domicios, que alienta en la hermosa doncella, ha podido resistir hasta ahora la obsesión de César, y la astucia y diligencia de *Barba de cobre* (Enobarbo), apartaron á tiempo de Roma á su pupila; pero muerto el marido de Agripina, ¿quién detiene la voluntad omnipotente de Cayo? Anteanoche —añadió hablando casi al oído de los demás el viejo Pasierno Pollión,—pasó largas horas de vigilia César sentado junto á Júpiter del Capitolio; hablóle en secreto; y entre gritos de cólera y fervientes súplicas, cuyos ecos llegaban hasta fuera, conjuróle á que revelara los secretos inmortales con que encendió el amor en Leda y en Danae, en Semelé

y en Europa. A la madrugada fué recogido del templo en medio de convulsiones semejantes á las del oráculo de Cumas, por más que Mesa, el médico, las atribuye al mal caduco que padece.

—Bien se concierta lo que narras con lo que oyó Phaon el copero detrás del cortinaje.—«¡Qué hermoso cuello!—le decía ayer Cayo á Cesonia. Me enloquece la idea de que á una sola señal de mi índice caería empujado por borbotones de tu sangre augusta.» Y dicho esto prorrumpió en una tempestad de carcajadas, revolcándose por el suelo agitado como por furor báquico.

—Prudencia, prudencia — exclamó Cotta al ver el carácter pavoroso que tomaba la conversación.

—¡Bah!—replicó Fabricio.—Aquí no hay delatores; nos hemos quedado no más que los buenos. Hagamos una vez por todas, que bastante recato nos sobra en las casas. ¡Siempre callar es intolerable! Las naves no han traído á Ostia trigo, sino púrpura, arenas doradas y bermellón para el circo; el partho ha invadido ya la Armenia, y el germano ha pasado el Reno escarneciendo las sombras sangrientas de los legionarios de Varo. El pretorio está descontento y el día menos pensado...

—Calla, calla, por los dioses inmortales, joven temerario — gritó un anciano del corro; — sólo de oírte vacila en mis hombros la cabeza.

—Somos bastante pobres — repuso Fabricio — para que Calígula se tome la molestia de heredarnos. El crimen no va á buscar al pobre en su cabaña. Y

después de todo, ¡morir! ¿Qué es morir? ¿La muerte no es la libertad? Dondequiera que fijas la mirada, dice el filósofo de la Bética, hallarás el fin de tus males. ¿Ves ese precipicio? Por ahí se baja á la libertad. ¿Ves ese mar, ese río, ese pozo? En el fondo de esas aguas está la libertad. ¿Ves ese arbusto raquí-tico y estéril? De esas secas ramas está también col-gada la libertad.

Reinó tras estas palabras un silencio imponente: ¿renacía en el ánimo de los degenerados quirites un sentimiento de dignidad, ó ahogaba el miedo los res-tos de una protesta independiente? Costó trabajo re-animar el diálogo; varias anécdotas insignificantes y domésticas fueron contadas. Cuando la literatura se agotó, volvió á apuntar de nuevo el tema político; que siempre gravitan el miedo hacia el peligro y el deseo hacia lo prohibido.

— Pero volvamos á la historia de actualidad — dijo Cayo Cursor; — me dejasteis con la miel en los labios. Habló Pasieno de la hermosa Antonina, y apagó la querella su voz, como el coro interrumpe al personaje trágico para añadir interés á la escena. ¿De cuánto tiempo datan esos amores? ¿Cómo vivie-ron tan ignorados, cuando César de nada se recata, antes bien, pone empeño en alardear de su omnipo-tencia?

— No es prolijo el relato — dijo el consular, — y aunque es bajo el medio por donde hasta mí llegó, no es menos verídico. Contómelo Vilidia la mágica, que lleva las actas diarias de los amores patricios. Ni

quito ni pongo palabra á lo que oí. Volvía Calígula, César Augusto quiero decir, de las playas británicas. Cien veces su hierro invicto se había hundido en el mar iracundo para domeñar la rebeldía del oleaje: las legiones trajeron millares de pintadas conchas, de nacarados caracoles, bótín arrancado al Océano y despojos de sus ya conquistados dominios. ¿Quién no recordará en Roma el gran triunfo tributado al vencedor del Océano, al émulo de Neptuno? Pues aquel día, en que todos los elementos se postraban mudos ante César Augusto, fué para el emperador nefasto y fatídico. Entre las doncellas de noble estirpe que le arrojaban flores al llegar al Capitolio y cantaban un epinicio digno de Píndaro, estaba la encantadora virgen de la gente Domicia, la casta sobrina de Eno-barbo. Un terror religioso se apoderó de César: en Antonina, á quien veía por vez primera, hallaba la misma imagen, la propia figura de aquel amor furioso de su adolescencia, que lo arrastró hasta el crimen, la belleza divina de aquella mujer cuya muerte le hizo abandonar la ciudad y el imperio, y correr por las llanuras de Campania blasfemando de los dioses como Ajax y como Orestes perseguido de las Euménides.

— ¿Drusila Augusta?

— De Drusila sí: tan completo es el parecido, que el mismo César duda á las veces si es fantasma de su mente, próximo á desvanecerse en humo al tocarlo, ó si Hecate Febea, su numen tutelar, arrancó á Drusila de los dominios de Plutón para devolverla, en la apariencia de Antonina, á su amor y á las delicias

del universo. Cayó de hinojos á sus plantas, cubrióse la cabeza y extendió, en ferviente súplica, los brazos hacia ella, invocando el nombre de la infeliz muerta. Antonina huyó espantada ante aquella explosión casi epiléptica de un amor culpable, amparóse de Agripina, y ésta y su marido la ocultaron entre los gigantes galos que vinieron al triunfo: Enobarbo conocía bien á su antiguo compañero de campamento; corrió hacia él, persuadiéndolo de que los dioses inmortales le permitieron ver aquella aparición elísea que no tenía existencia real. Con gran secreto, durante las sombras de la noche, la hicieron salir de la ciudad para cumplir un sagrado voto en un templo del Atica. El cochero Eutico ha conquistado una fortuna cuando delató la verdad del suceso á Cayo; el furor de César no tuvo límites contra el misterio y el engaño de Enobarbo; pero éste, astuto y soberbio, le ha ocultado el lugar del viaje y ha explotado hasta su muerte el secreto y la esperanza de descubrirlo. Al morir el marido de Agripina corresponde la tutela á César, y los siervos más adictos á los Domicios han sido los primeros en ofrecerse á traer hasta Roma á la hermosa virgen. Mil mensajeros con ricos presentes envió el augusto enamorado, y en cien epístolas ardientes le ha cantado los más apasionados versos de Propercio y de Tibulo, sin alcanzar de ella una sola prenda de esperanza. La nave que la trajo á Ostia es más rica que el carro de Anfitrite.

— Pero ¿ella acepta sus favores? ¿No teme á Cesonia? Y, si la teme, ¿cómo vive todavía?

— Antonina es orgullosa como una reina germana, y un invierno en las Galias no es tan frío como su corazón para con Cayo. Lo maneja á su arbitrio: el señor del mundo es su esclavo y la primera ley que le ha dictado es el respeto y el silencio. ¿Es un filtro mágico el que tiene? ¿Es un secreto del oráculo? Vilidia no lo pudo averiguar, y sí sólo, que pronto tendrá el episodio un desenlace, porque César repite ahora sin tregua como una palabra cabalística, ¡los idus de Abril! que están al llegar, y por el mismo Quirino jura la vieja hechicera que se relaciona con los nuevos amores.

Una exclamación de Cneo Fabricio interrumpió al narrador. — ¡Evohé!, gritó el joven atolondrado, — ¿no es aquel Publio Pástor, el hijo del lunático Mucio, nuestro alegre camarada que vuelve de Atenas? ¡Salud, salud mil veces al más gentil, al más elegante y discreto de nuestra juventud dorada!

Era, con efecto, Publio, el hijo del viejo republicano que conocemos, quien se adelantaba hacia el círculo, risueño y regocijado al ver las demostraciones de alegría de su antiguo amigo. Por llegar antes aceleraba el paso, cuando se interpuso en su camino una soberbia litera llevada por etíopes de hermosura escultural y vestidos con oriental lujo. La litera era prodigio de arte, y entre las incrustaciones preciosas de marfil y nácares, destacábase el rayo de Júpiter, enlazado al cuarto creciente de la casta deidad de la noche. Publio no vió esto; sintió sólo estallar dentro del pecho el corazón, cuando al correrse una de las



cortinas de la litera contempló, como aparición divina, la dulce y fascinadora fisonomía de su desconocida del bosque sagrado de Eleusis.

Unas palabras entrecortadas, dulces como égloga de Virgilio, partieron de sus labios ligeramente plegados por sonrisa melancólica. Antes llegaron al alma que al oído del joven amante. La litera siguió su marcha, y Publio quedó en éxtasis de suprema dicha. Habíale bastado á la virgen patricia decir una hora y un palacio. De entre los pliegues de la toga sacó Publio unas flores marchitas y las besó con frenesí. Cuando perdió de vista la litera, se acordó de su amigo y de la gente del corro, que había presenciado la escena. Fué hacia ellos y quedó confundido ante la glacial acogida de todos después del saludo amistoso del principio. Apenas había quien osara hablar: en seguida empezó el desfile: no bien se acercaba Publio á alguno, éste pretextaba cualquiera urgencia y se despedía. Pronto quedaron solos él y Cneo Fabricio.

— ¡Insensato! — exclamó éste — ¿qué acabas de hacer? Huye de Roma si es tiempo aún. ¿Sabes el nombre de esa mujer á quien has enviado tus besos ante todo el pueblo?

— ¡Ah! por Palas Atenea, conjúrote á que me lo digas: así la deidad poderosa de Chipre...

— Es... Julia Antonina.

— Una Domicia. Bien presumía yo lo egregio de la ilustre raza: su hermosura divina corresponde á su sangre.

— ¡Aun no tiembles, desdichado! — añadió Fabricio. — Hoy se llama Antonina, mañana será Antonina Augusta. Calígula repudia á Cesonia, y para los idus de este mes va á compartir con la hermosa pupila el imperio del mundo.



III

ASÍ LO HILARON LAS PARCAS

Los ediles habían recorrido las calles y registrado los monumentos públicos: la orden de apagar los hogares se había dejado oír. La noche, entronizada sobre los montes Sabinos, había envuelto la Ciudad Eterna en el más negro de sus mantos. El río en su curso tortuoso, como si no acertara entre las sombras su camino, no reflejaba una luz de las márgenes ni una estrella del cielo. La gran bacante, que en el panteón de Agrippa tenía prisioneros á los dioses todos de la tierra, dormía ebria de sangre y agitada aún en sus sueños por la sed calenturienta de la codicia.

En aquel inmenso cerebro del mundo antiguo los sueños reunían en sus extravagantes fábricas de una noche, fundiéndolos en un solo tiempo y espacio, jirones de lo pasado, angustias y esperanzas de lo presente, con fantasías proféticas de lo futuro. En la

atmósfera fosforente de la ciudad dormida, especie de fuegos fatuos que marca en las tinieblas á seres invisibles la estela de la vida, flotaban como en el flujo y reflujo del espíritu humano las últimas olas de la generación sacrificada en Farsalia y en Filippos, las irradiaciones postreras de la República y de la libertad, los deslumbradores reflejos de las apoteosis de Julio y Octavio, la catarata de luz prestigiosa de la gloria y de la paz del imperio, donde quemaba sus alas de mariposa la democracia del Aventino y del Monte Sacro. Y en medio de esas grandes corrientes que compendaban la gran transformación, danzaban en torbellino como poseídos de furor báquico los sueños materiales del momento, las imágenes halagadoras del deseo, las sombrías proyecciones del dolor.

Muchas naves cargadas de trigo arribando sin cesar á Ostia, luchas incesantes de gladiadores y de fieras en circos enarenados de oro y bermellón, raudales de vino corriendo de las fuentes públicas, las saturnales reproducidas cada mes, las preturas y las provincias al alcance de todos, la acusación de lesa-majestad fulminada contra los émulos de cada uno, termas, fiestas, ánforas inmensas del Chipre y del Falerno perfumados, coronas de rosas, triunfos, oraciones y ayes de víctimas inocentes, orfandad y despojo, terrores capaces de sacrificar los más santos amores al cobarde egoísmo, la incertidumbre del derecho, la incertidumbre de la vida, la esposa casta repudiada en la orgía, el tierno recién nacido ex-

puesto en la vía pública no á la caridad, sino á la explotación del mercader de carne humana, la adúltera comprando la impunidad infame con el favor al poderoso, y el senador que inmóvil en su asiento no había temblado al sentir el filo de la espada gálica, meditando ahora nuevo linaje de adulación hacia el dios nuevo, el dios único, Calígula, un pedazo de lodo amasado con sangre.

¡Ni un solo sueño consagrado á la libertad y á la patria! La tribuna de las arengas, donde habían resonado los acentos inmortales de Escipión, de Tulio y de Hortensio, ya ni guardaba aliciente bastante para excitar á las profanaciones lascivas que pusieron en moda los caprichos de Julia la hija de Octavio y los amores de Antonio, el hijo del Triunviro.

Y sobre aquel océano, negro como el crimen y el averno, pesaba el Destino en la balanza de la justicia eterna la virtud antigua y el crimen nuevo, y como sentencia superior á los dioses, llamaba dos vengadores invencibles: una idea y una espada. A la primera abría un camino de luz trazado por el sol de oriente hasta el ocaso; á la segunda prometía hacer pedazos el dios Término para que sobre ellos se desbordaran sus guerreros en una inundación sangrienta desde el norte al mundo entero.

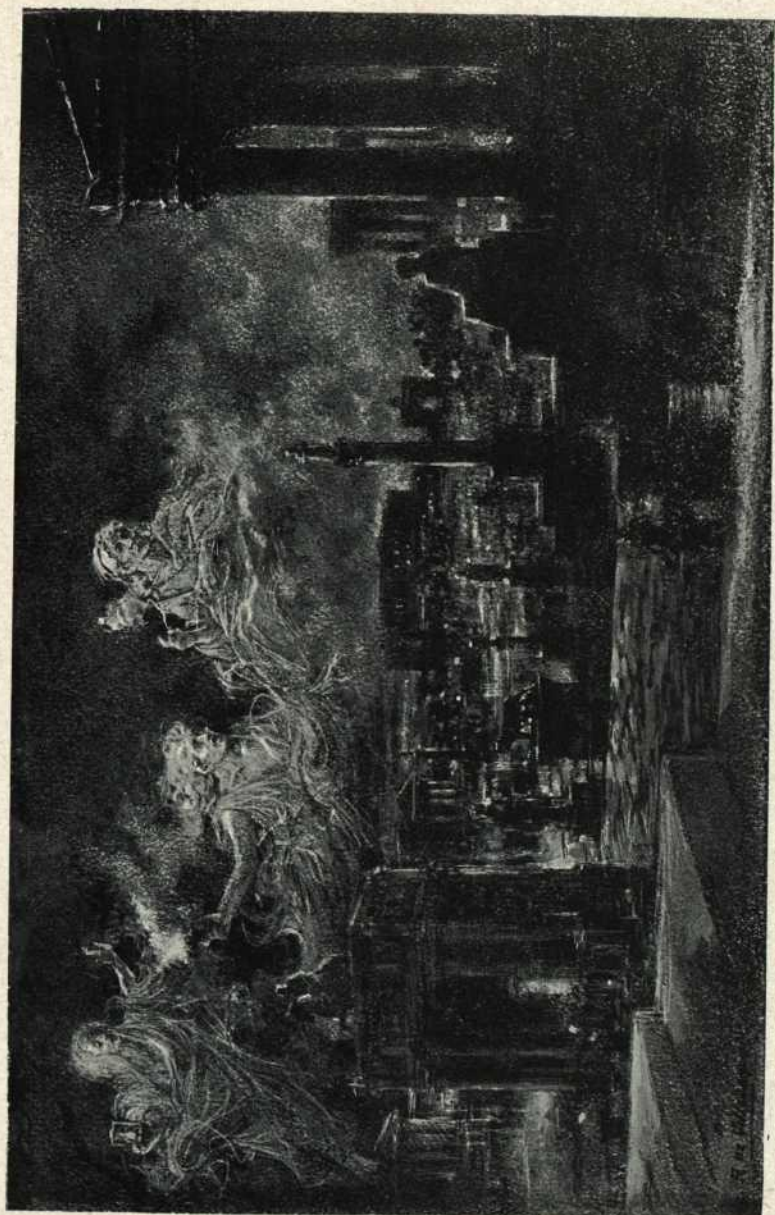
El pueblo-rey dormía en tanto; centenares de estatuas, orgullo del patricio ó adulación de la plebe, velaban el sueño de la ciudad y reinaban en el silencio. Cástor y Polux, gigantescas moles de mármol, se destacaban entre las sombras, sentados ante el pór-

tico de la casa de los Domicios, como dioses protectores de tan ilustre stirpe, á cuyo fundador habían anunciado la victoria del lago de Regilo contra el último rey de Roma.

Silencio lúgubre parecía envolver la soberbia morada, cuyos lares protegían entonces á dos personas sagradas para el Imperio, la hermana y la pupila del príncipe del Senado. En los últimos linderos del jardín que rodeaba la casa y recatándose entre los árboles, se deslizaba de vez en cuando un fantasma blanco, alto y escueto, de faz lívida y tal como las sombras de los muertos infelices, condenados á vagar del lado de acá de la Estigia por las entrañas de bronce del infernal barquero.

El aire agita las hojas de los árboles, produciendo melancólicos rumores, semejantes á los del sagrado bosque de Dodona, cuando el oráculo del dios envía tristes presagios á los mortales. La hermosa Agripina, agitada por fatídico sueño, despierta en su lecho de marfil; ha visto la sombra del esposo recién muerto señalar con espanto la cuna de oro de su tierno vástago, y siente deslizarse en su oído palabras que se clavan como un puñal en las entrañas:... «el destino de la sangre de César es el parricidio: acuérdate de Julio, aprende sus palabras, para cuando tengas que repetir las: «¡Tú también, hijo!»

Ahogada en mortal congoja se levanta la hija de Germánico: ¿amenazará algún peligro á su tierno Domicio? ¿Querrá segar en flor aquel inocente retoño de la familia Julia, la cruel suspicacia de Calígula?



La madre corre á velar el sueño de la divina criatura, y queda absorta en éxtasis de admiración al ver aquella hermosa y dulce carita, cuya tersa frente corona la más pura inocencia, y cuya sonrisa transparenta el candor y la felicidad.—«Tú serás César, exclamaba Agripina, tú serás la delicia del género humano»; y con los ojos humedecidos por lágrimas se inclinó á depositar un beso en las rosas de sus mejillas.

—Madre, madre —gritó el niño despertándose,— soñaba que el dios Pan me había regalado su flauta de marfil, y me decía riéndose que iba á robarle la lira á Orfeo para dármela si soy bueno. Yo quiero mucho al dios Pan, y no es tan feo como dice mi vieja Alejandra. ¿Sabes tú á quién se parece? Al tío Claudio. Cántame una canción bonita para que me duerma.

Y el niño levantó sus bracitos, ciñó el cuerpo alabastrino de Agripina y quedó dormido el futuro incendiario de Roma sobre aquel regazo materno, que había de abrir en canal, profanando con infame parricidio las entrañas que lo habían concebido.

Julia Antonina velaba también en la casa: ¿por qué el ruiñeñor que cantaba siempre sus amores en el cinamomo inmediato al cubículo de la virgen enmudecía aquella noche? En vano Eudicea, la esclava eolia, luchaba para endulzar la amargura de que rebosaba el corazón de la enamorada; en vano le recitara los más dulces cantos de Alfeo y las más apasionadas odas de Safo. Julia Antonina no la escuchaba, y fija la mirada en las sombras de la noche, diríase que interrogaba á sus tinieblas, queriendo

leer en ellas los misterios del Destino. La noche le parecía interminable, más eterna que fué para Anfitríón la de los amores de Júpiter y Alcmena. Con las sombras crecía la congoja, tenaz y punzante en el corazón de la patricia, como el tábano de Ino. Antonina no lloraba, no había llorado nunca: la pasión jamás revistió en su alma los tonos suaves de la melancolía; tenía su carácter temple de acero: sus aficiones eran fanatismo: su amor sacrificio y frenesí: sus penas el huracán abrasador del desierto: su cólera tenía la terrible indignación de Themis cuando ve profanados sus altares, y parecíase al rugido del león al sentir en la carne viva el hierro candente del domador.

— Canta á la diosa, Eudicea: séanos propicia la divina patrona, antes de empezar nuestra empresa: que me ponga á salvo y libre del odioso tirano mi amor y al amado de mi alma: y juntando las manos en ademán de súplica, las elevó hacia el cielo.

Así cantó la esclava, acompañando las dulces modulaciones de tenue voz con la lira de tres cuerdas:

— «Protectora de las justas nupcias, reina del honor y de la familia, deidad que conservas inextinguible el fuego sagrado en el hogar y la fidelidad en el corazón de la esposa, Juno Pronuba, Juno Lucina, ¡salve!

»Tus ojos son serenos como el alma de la vestal, tu frente majestuosa aterra al malvado más que la espada invencible de Marte y el carro de guerra de Belona; en la rosa entreabierto de tus labios nace el inefable aroma de los amores castos; las Horas y

las Gracias jugueteen entre las esplendentes ondas de tu negra cabellera: tú abandonas el trono del Olimpo y el templo de Samos para escuchar ¡oh, reina! el juramento de la tímida desposada; tú coronas con auspicios de dicha el misterioso tránsito de la nada á la luz y presides el amanecer á la vida de los héroes y de las beldades; tu ara es la virtud, tu cetro la rueca, tu himno más querido el beso de los esponsales y la jugueta algarabía con que el pequeñuelo canta las delicias del amor materno. ¡Oh Juno, Salve!

...Cuando tú reinas, truecas en religioso sacramento el robo impío de los hijos de la Loba, unes en lazo de amor al sabino rencoroso con los rapaces compañeros de Quirino; tú rompes la odiosa corona de los reyes y entregas su memoria infame á las furias sobre el cadáver de la ultrajada Lucrecia. Cinco ejércitos no pueden detener el ímpetu torrencial de la venganza de Coriolano: los patricios se humillan ante su enojo, el Senado se doblega como el junco combatido por el ábrego; ya ahoga con férreo abrazo el sagrado recinto de la ciudad el iracundo guerrero; una hora más y el peregrino buscará por las riberas del Tíber los restos de Roma como pregunta hoy á las pobres corrientes del Axo dónde fué Illion; pero tú reinas aún ¡oh Juno! y las lágrimas de las mujeres hacen retroceder al héroe, y el templo á la Fortuna cuenta á los tiempos el poema perenne de la madre y de la esposa que salvaron la patria.

«Cuando la hija del héroe de la familia Julia, el primer Cayo César...»



— ¡Basta! — exclamó Antonina; — no pronuncies ese infame nombre; que no llegue á oídos de la diosa el recuerdo del monstruo, consagrado sólo á las furias y á los dioses infernales. ¡Ay de mí, que lo encontré en la aurora de mi vida, y ha bastado su aliento de reptil para envenenar el aire que respiro! Créeme, Eudicea, desde que leo en su mirada cínica ese espantoso amor que lo devora, empiezo á despreciar mi hermosura, y hasta de mí misma abomino.

— Serénate, señora — replicó la sierva predilecta; — tu imperio sobre César es más grande que el suyo sobre el mundo. El que ha podido cabalgar victorioso sobre las espaldas del mar Tirreno, no osa dar un paso para acercarse á ti, como un signo imperioso de tu mano le mande detenerse. Noches enteras pasa rodeando tu casa: ahí suspira y ahoga sus sollozos, para que el eco de sus quejas no despierte tus iras. ¿Qué te importa que amenace reducir á pavesas el imperio, y que jure por el Leteo que has de ser suya y tuya Roma, si cuando te ve tiembla, quédase sobrecogido de terror, y se arrastra á tus pies en el paroxismo del delirio y de la humillación?

— Más odioso me es suplicante que amenazador: mayor asco me infunde revolcándose á mis plantas en las convulsiones de vil abyección que cuando ruge en el Palatino pidiendo que el orbe tenga una sola cabeza para segarla de un tajo. ¡Pobre Publio, luz de mis ojos, si César sospechara siquiera que nos hemos visto y que verte es amarte para siempre! ¡Oh! no, Eudicea, ni un día más en Roma. Apenas cante el

gallo, huiremos de nuestros lares. La misma Cesonia, interesada en que yo desaparezca de la ciudad, me dará albergue mientras prepara una nave que nos conduzca á la isla Pandataria. De aquel cruel destierro haremos nuestros Campos Elíseos. El mejor medio de hacer perder la pista al malvado, es esconderme en su propia casa. Y sin embargo temo; no logro aliviar el peso de fatídicos presentimientos que me abruman. Si tienes valor me sigues, que nuestra proscripción voluntaria durará poco, porque los dioses inmortales no pueden consentir por mucho tiempo que Calígula deshonne á Roma con su presencia.

— ¿Has oído, señora? — preguntó la esclava temblando: — ese grito es de algún hombre herido de muerte; ¡ay, señora mía!, la sangre se me hiela de espanto.

— Por desdicha, pobre querida mía, los crímenes no pueden ya sorprendernos en Roma por horribles que sean. Calígula está arruinado y habrá querido heredar á algún ciudadano rico al volver de alguna orgía. ¿Qué sería de mí, y cuál mi terror si no supiera por sus últimas promesas amorosas que Publio está en camino de un puerto de Campania para esperar luego mi llegada?

— El amor te hace egoísta, inhumana — dijo la griega: — quien quiera que sea el que sufre es un hombre; tal vez un padre que deja en la orfandad á una familia; tal vez un hijo, esperanza y sostén de un anciano que le adora. ¡Ah! mi corazón sangra: ¡cuánto dolor y cuántas lágrimas! ¡Oh sí, huyamos

de Roma, huyamos de esta diaria hecatombe de seres humanos!

— Los dioses te sean propicios por tu buen acuerdo: Citeres encienda en amores por ti al más valiente y afortunado de mis gentiles. Tu compañía es lo único que faltaba á la dicha que espero... Toma esta esmeralda en memoria de tu abnegación: la reina Cleopatra la regaló á mi bisabuelo Antonio al partir para la funesta batalla. Pero, ¡cuándo terminará esta noche! Espero y temo: la incertidumbre me da fiebre: tenlo todo dispuesto: encierra todas las joyas en el cofrecillo, y antes que claree, marcharemos. ¡Oh, Lucina!, ven en nuestro auxilio.

.
.

El canto agudo del gallo anunció al fin la proximidad de la aurora: ligeras franjas de púrpura tiñeron el Oriente de carmín, como si el color de la vergüenza, que ya no se retrataba en la marmórea palidez de la diosa Roma, se pintara en el cielo, reflejando la sangre de las víctimas y la ira de los dioses inmortales. Aun se oían los últimos ecos de la orgía en el palacio de los Othones: sus voces roncadas y el choque vacilante é incierto de los brindis postremos. El río continuaba su monótona canturía: las estatuas, con los ojos eternamente abiertos, hundían en la obscuridad sus inmóviles pupilas, como si la cabeza de la Gorgona las hubiera comunicado el hielo del terror: el perro de un tugurio próximo, fiel guardador de la miseria de un libertino, lanzaba ese

aullido penetrante y fatídico que parece olfatear la muerte.

Dos sombras blancas se deslizaron por entre las arboledas de la casa Domicia: marchaba la primera enérgica y resuelta, temblorosa y vacilante la segunda. Aunque las sombras eran todavía densas, en los contornos y en el andar se adivinaban dos mujeres. Al poner el pie fuera del recinto tropezó y cayó la primera: un grito ahogado se escapó de su garganta:

— ¡Señora! — exclamó la acompañante.

— ¡Eudicea! — dijo la otra con voz velada por el espanto, — ¡el grito que oíste ¡dioses inmortales! no era ficción del miedo! Aquí hay un hombre muerto á nuestra puerta; la vida humea aún en el cadáver. ¡Oh, Lucina, valme! Al caer sobre el infeliz, la sangre ha salpicado mi seno, y mi túnica debe estar enrojecida. Grita, Eudicea, que vengan los siervos con antorchas para honrar los manes del muerto, y que no vague errante su sombra maldiciéndonos, insepulto en la orilla Estigia.

— Guárdate de ello, señora — replicó la esclava; — dar voz de alarma es perderte y descubrir tu fuga. César no tardaría en entregarme á las fieras ó en darme muerte en cruz por no revelarles tus designios. Si las parcas cortaron el hilo de ese desdichado, todo tu poder no alcanza á variar la voluntad de los hados. ¡Quizá, señora mía, no sea más que un criminal común; tal vez un reo de lesa majestad, traidor á la República!

— ¡Oh! no, no — exclamaba Antonina postrada ante el cadáver; — no debe ser culpable. Hace ya muchos consulados que los criminales son los que matan y los inocentes los que sucumben. La justicia no hiere en las tinieblas. En vano mis ojos buscan tus facciones, víctima infeliz de una mano traidora: ¿Quién eres que al principio de mi libertad te atraviesas en mi camino como el más cruel de los presagios?... ¡Quizá tus ojos me sean familiares! ¡Quizá tu voz haya sonado en mi oído con acento amigo, cuando tu sangre ha buscado la mía! ¡Oh, luz, luz!, divino hijo de Latona, que al descifrar por completo el misterio del horrible augurio, pueda avisar al Publio mío la magnitud del peligro, para que de él se guarde!

— ¡Por los dioses inmortales, diva mía! — suplicaba la esclava; — por las virtudes de tu abuela, la gran Antonia; por la gloria de tus amores, te conjuro á que huyamos. Perder un momento es entregarte á Cayo César, es abandonarme á las torturas con que los sayones desgarraron á Niobe, tu anterior favorita. ¡Oh Palas Eubea, mi poderosa abogada! ¿por qué insensata, más me dejé llevar del amor á mi señora que de las dádivas del príncipe? ¿Por qué no le advertí el proyecto de fuga y el matrimonio pactado? Julia, diva Julia, el gallo ha vuelto á cantar: dentro de un instante, la luz de la aurora romperá este velo protector de la noche; pero no brillará en los ojos del muerto ni le devolverá la vida; servirá sólo para denunciarnos, y condenarte, á ti al deshonor y á mí á la muerte.

— No puedo huir — decía con voz ahogada y apenas perceptible Antonina; — un conjuro mágico parece que me quita el movimiento y me liga á este sitio. Quizá sea mi tío Claudio, único ser bondadoso y dulce de la familia augusta; quizá sea mi fiel Dídimos, que paga con la vida la protección dispensada á mi libertad.

— Si es Dídimos, tanto peor para nosotras: es que nuestro plan está descubierto. La fuga ya sería inútil; pero, mira, señora: ya no soy yo quien te implora; la puerta de los Othones se abre ya: ha terminado su orgía, y los convidados, los licenciosos más audaces de Roma, van á salir; si quieres que caigan en sus manos dos mujeres solas que abandonan su hogar antes del día...

— ¡Oh! tienes razón, Eudicea mía; ha sido un instante de desvanecimiento. La muerte tiene la atracción horrible del misterio. Huyamos, sí, y á la implacable Némesis consagro la venganza del desconocido que ha buscado la protección de las imágenes de mis mayores para exhalar el último suspiro.

La advertencia de la esclava no pudo ser más oportuna. Apenas habían doblado las columnatas del vecino templo de la Victoria Augusta, multitud de siervos, con antorchas encendidas, llenaron el pórtico de la casa de Othon, y el grupo de los alegres patricios de la orgía empezó á desfilar con tardo paso, deshojadas y marchitas las rosas de las coronas, macilentos los rostros y, con la imbécil sonrisa de Sileno, contraídos los labios.

— Cantemos á Evohé — balbuceaba torpemente Aruncio, procónsul electo de la Capadocia; — ¡Evohé! ¡Evohé!, bebamos la corona.

— Déjate ya de Evohé, tonel de las Danaídas, — exclamó Cayo Silio, á quien el Destino revervaba tan desastrada suerte con los amores de Mesalina; — cantemos una nueva deidad. Esa es la casa de la hermosura: dedica una estrofa á Julia Antonina, envidia de Citeres, ó si no á la altiva viuda de Enobarbo, cuyos encantos han hecho ya más víctimas que la espada vencedora de su padre.

El grupo se detuvo de repente: los esclavos rodearon con sus antorchas el cadáver que se extendía rígido y marmóreo, atravesado ante la entrada del jardín de los Domicios. El frío del miedo puso lívidas algunas fisonomías, y desvaneció los vapores del falerno.

— Acércale la luz á la cara — dijo uno de los patricios; — veamos á cuál de nuestros camaradas le ha tocado el turno para saber si está cerca nuestro lote.

— No lo conozco — añadió Silio, — mas ¡por Hércules! diría que el muerto es Apolo, si no hubiéramos convenido pintores y poetas en que Apolo es inmortal.

— ¡Pobre muchacho! — exclamó el orador Apro, — empezaba á vivir. Y ¡quién sabe si las Parcas fueron con él misericordiosas! Los días abrasadores del estío, cuando la peste mantiene siempre encendidas las piras, ó el hambre se sienta en el dintel de las tabernas y de las torres, agradecerían mucho á los dioses vivir sólo lo que dura la aurora.

— Padre infeliz — dijo Aruncio, — recoged el cadáver, llevadlo al bosque sagrado de los Manes. Yo pagaré diez plañideras y maderas olorosas para la pira. Me ha tocado en el corazón.

— Imposible — replicó el jefe de los siervos. — Este cadáver debe ser arrojado á las gemonías. ¡Mirad! — Y acercando la antorcha al pecho, mostró un puñal en cuya soberbia empuñadura se destacaba primorosamente cincelado el busto de Alejandro el Grande.

— ¡De Cayo César! — exclamaron varias voces; — y como bandada de pájaros, al adivinar el vuelo del milano, se deshizo el grupo, escapando cada cual en dirección diversa.

.
.

A las tintas rojas de Oriente sucedieron dorados resplandores que, coronando primero los montes Sabinos, fueron á quebrar los rayos del sol en palacios y templos, y á reverberar en las aguas del río y en los cambiantes de las fuentes. El ruiseñor cantó en el cinamomo de Antonina Domicia; las golondrinas revolotearon en torno del pórtico; los rosales trasplantados de Poestum cimbrearon orgullosamente sus tallos, haciendo alarde de sus capullos recién abiertos. Pero las gigantescas estatuas de los dioses hermanos seguían con la frente sombría, la mirada terrible y las manos crispadas por el horror, al recibir los rojos reflejos de la sangre que profanaba los lares de la casa protegida.

Los vendedores ambulantes y los esclavos madrugadores que se acercaban, atraídos por la misteriosa curiosidad de la muerte, hacia el sangriento cadáver de la noche anterior, huían aterrados al ver sobre aquel pecho la tableta fatídica

Lesá majestad.

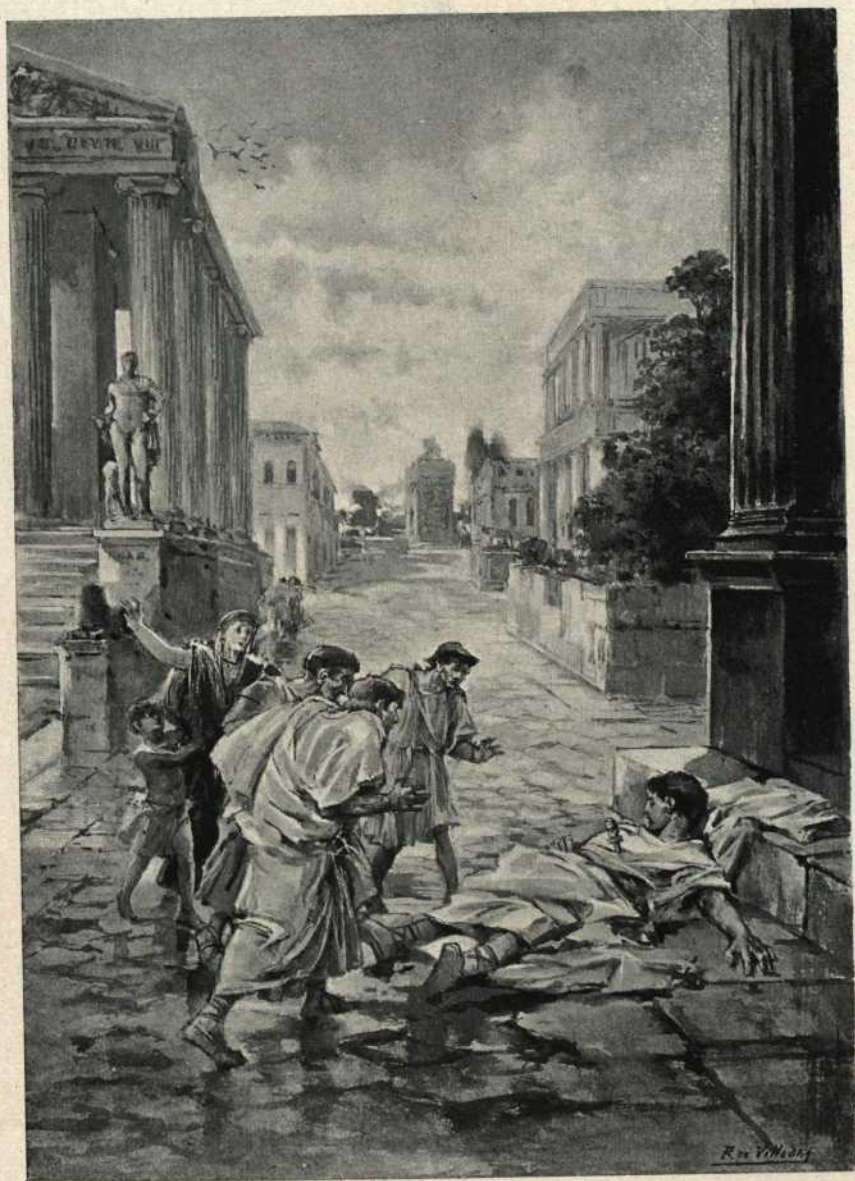
Un viejo extranjero, de miserables vestiduras y demacradas facciones, pasó entre muchos que contemplaron el espectáculo con la indiferencia de la costumbre ó la precipitación del miedo.

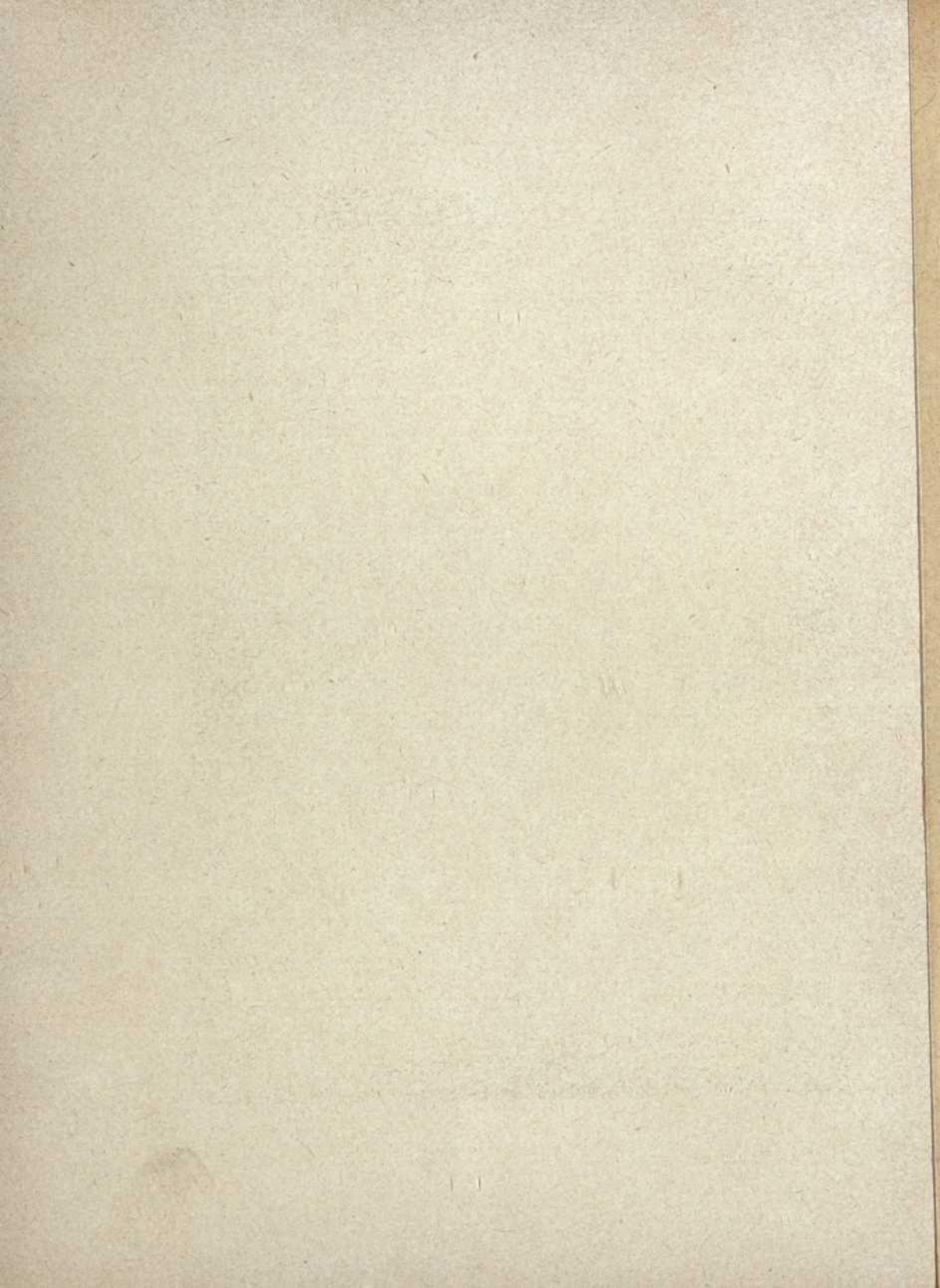
El pobre viejo se inclinó sobre el muerto, clavó las rodillas en tierra, y elevando las manos al cielo, murmuró una ferviente oración. Era el hebreo cristiano que reconocía al bienhechor que en las puertas de Roma lo había socorrido y después le había prestado hospitalidad bajo el techo de su padre.

— ¡Oh! ¡Cristo-Jesús! — exclamó, — que con la parábola del Samaritano enseñaste que el doliente y el desamparado son nuestros verdaderos prójimos; aparta el alma de este inocente de la gehenna del fuego, é infunde en mí espíritu de amor para que conforte al infeliz anciano, que tiene puesta su vida en la esperanza y el cariño del adorado hijo.

El cristiano llamó á otro compañero en su ayuda, y con escándalo de cuantos le veían cargaron con el cadáver para conducirlo á la morada de su padre.

No preocupó mucho en las conversaciones de las Termas y de los círculos el suceso de la noche. En





voz baja, y entre amigos, se preguntaban cuántos habían sucumbido desde el día anterior, como si se tratara de los casos de una epidemia; y la fuerza de la costumbre llevaba á tal punto la exageración, que muchas veces el magnate, cuya muerte se contaba hasta en sus más mínimos pormenores, tenía que recorrer todos los parajes públicos para reivindicar en la voz del pueblo su fe de vida, y evitar que el rumor llegara á Cayo César, sirviéndole de denuncia ó estímulo para decretar lo que todos dieran ya por hecho.

La circunstancia de haberse verificado el crimen en la puerta de Agripina, dió margen á historias fantásticas y á misteriosas suposiciones, en que representaba principal papel la pasión de Calígula hacia la hermosa Domicia. Pero pronto absorbió el interés de todas las conversaciones la noticia de que el cochero Eutico había obtenido de su augusto amo dos millones de sextercios por su última carrera en el Circo, y que el trágico Apeles estaba á punto de figurar entre los más ricos argentarios, merced á una terrible paliza recibida á tiempo.

He aquí la versión más acreditada que corría sobre este suceso. Apeles recitaba en el Palatino una escena de Orestes, en las Euménides; Cayo César lo injurió, diciéndole que no interpretaba bien el dolor humano; el histrión hizo cuanto pudo para exagerar el terror trágico; pero César, para probarle la diferencia entre la expresión escénica y el dolor verdadero, lo hizo azotar con garfios en su presencia. Apeles estuvo al principio impávido y silencioso,

teniendo en más su honra de histrión que el sufrimiento material; pero cuando corría la sangre por su espalda desnuda y el hierro se clavaba en la carne viva, puso el grito en el cielo, y sus ayes y quejidos hacían retemblar las paredes. César lo oyó con una atención profunda, y exclamó con verdadero entusiasmo: «¡Qué voz más hermosa! ¡Qué cadenciosa armonía tienen esos acentos de dolor! Si te oye Plutón, como escuchó á Orfeo, juro por Drusila, es capaz de darte la reina Elisa Dido, si se la pides.» Desde entonces todos los patricios y gente adinerada se disputaban al fénix de los cantantes. Lolía le había ofrecido quinientos mil sextercios y una *villa*, en Preneste, como se comprometiera durante un año á no cantar más que en sus festines.

El lujo desplegado por Mitrídates, rey de Armenia, traído á presencia de Cayo César para concertar con él alianza contra su hermano Farasmanes, rey de los Iberos, fué el entretenimiento de la gente desocupada, juntamente con los preparativos para las fiestas circenses en que algunos senadores iban á luchar como aurigas.

Las horas van pasando alegremente: el pueblo se divierte: la Ciudad eterna vive en una fiesta continua. Pero los ecos de la inmensa bacanal se estrellan ante la casa del infortunado Mucio Pástor, llegando á sus puertas como los rumores de la costa, entre el estruendo de las olas tempestuosas, á oídos del naufrago que ve para siempre perdida la orilla.

Envuelto en blanco sudario y ungido con preciosos ungüentos, yace el despojo mortal del hijo idolatrado. El dolor, al clavar sus garras de buitre en las entrañas del viejo, parece haberlo convertido en estatua de hielo, sentado á los pies del lecho mortuario. Más allá, el mendigo cristiano recita á media voz piadosas plegarias en exótico idioma y más extraño sentido. Es el único compañero que no ha abandonado la casa.

Algunos vecinos llegaron á primera hora y excusaron su presencia por el peligro que ofrecía el duelo de un reo de Estado. Un estoico llegó á consolar á Mucio. — «Humano — le dijo, — la muerte es el fin del dolor. Tu hijo ha vuelto á la nada.»

— ¡Miserable de mí! — gritó el viejo. — Ojalá sufriera. El dolor es la vida y la vida era mi hijo.

El más verdadero de sus amigos entró á la hora de sexta, y dándole un ósculo:

— Mucio — le dijo, — oculta tu duelo: las justicias de César no se deben llorar. — Cornelia no pudo guardar el luto de sus hijos.

— Publio valía más que los Gracos, y yo, desventurado, menos que Cornelia.

— Teme las iras de César. Acuérdate de Quinto, ¡pobre muchacho, no tiene más que á ti! Muchas veces la pretexto del adolescente no ha servido de escudo á los rigores del príncipe.

El anciano saltó como herido por una saeta en el corazón; parecía que una revelación, al derramar nueva luz sobre su mente, hacía más horrible su con-

goja. Después miró el cadáver de Publio y cayó de nuevo en postración desesperada y en inmovilidad aterradora, como si la muerte, grabada en la faz del hijo, se retratara en el espejo del amor paterno.

¿Cuánto tiempo pasó así? Ninguno de la casa podría decirlo. Ante la muerte y el dolor el tiempo se llama eternidad: ni el pobre padre ni el cristiano sintieron el rumor de un grupo de cortesanos y esclavos del Palatino que, con el lujo y aparato de las fiestas más solemnes, llegaban al pórtico, y después de dar voces en vano, se entraron por la casa, y sólo se detuvieron en el dintel de la habitación funeraria. Ante el doloroso cuadro hubo un movimiento de horror y quizá de vergüenza entre la turba cesariana; pero después, rehechos los ánimos y repuestos del sobresalto, dijo en alta voz el jefe de la servidumbre:

— ¡En nombre de Cayo César, mi señor, salud á ti, Mucio Syro Pástor, y á los tuyos!

El anciano abrió desmesuradamente los ojos y se golpeó la frente, como si se creyera víctima de horrible alucinación.

— ¡Pástor — prosiguió diciendo el liberto, — el divino Cayo, César óptimo y máximo, hijo de los campamentos y padre de los ejércitos, tres veces emperador, príncipe del Senado, vencedor del armenio, del bretón y del Océano, Júpiter latino, te espera esta noche á cenar en su casa!

— ¡Malvado, vuélveme al hijo mío! — exclamó el viejo extendiendo el brazo amenazador hacia el cortesano.

— Mi señor espera tu respuesta, el sí ó el no; guarda para quien las quiera oír tus quejas y tus blasfemias.

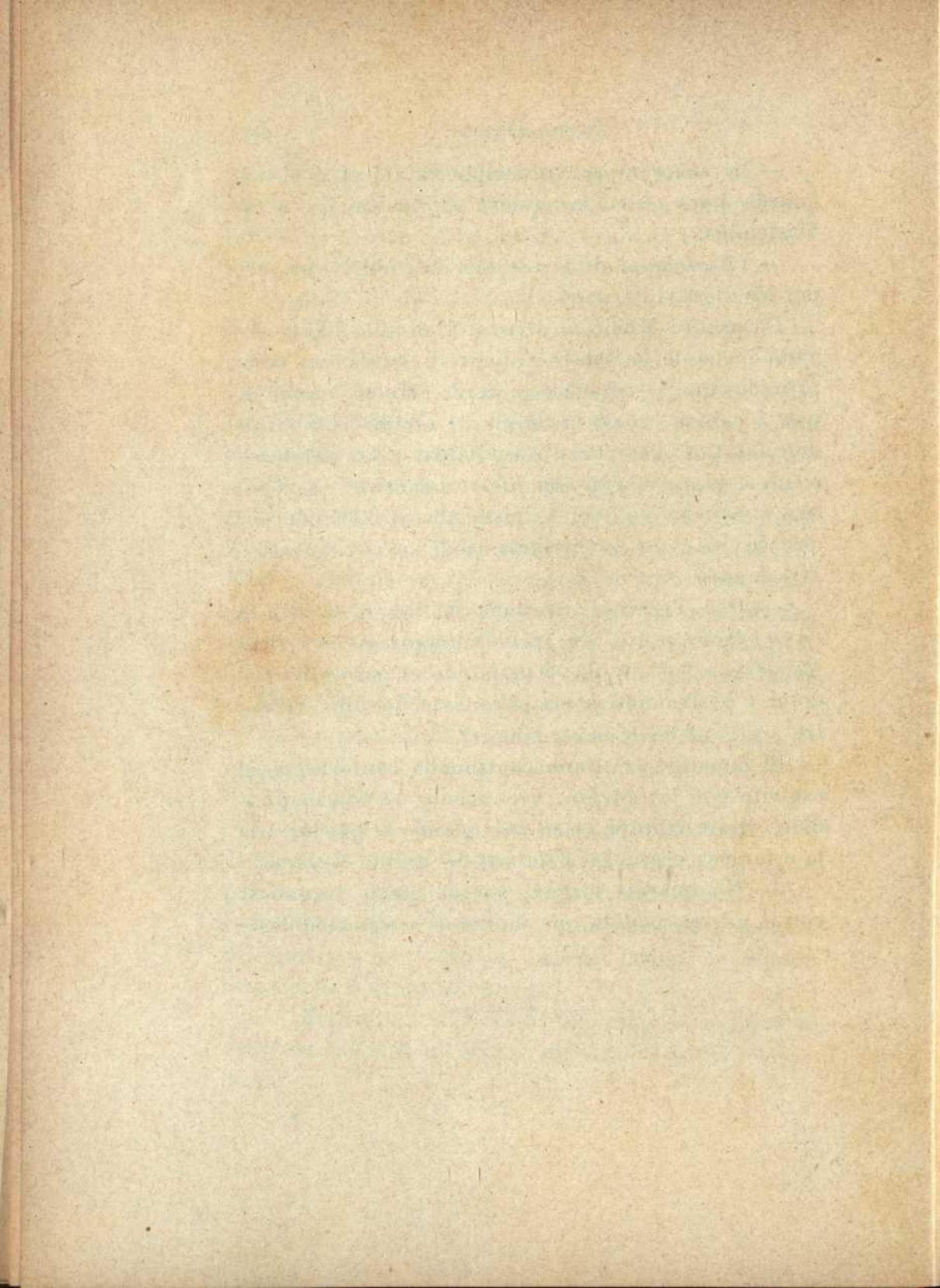
— Vil esclavo, dí al asesino de Publio que juro por los dioses infernales...

De pronto Mucio se detuvo: á su oído había llegado el eco de un llanto ardiente y de sollozos comprimidos que se escuchaban cerca. Mucio tembló de pies á cabeza, como la Sibyla al recibir el terrible don del dios: dos veces quiso hablar y las palabras, como si lo quemaran con hierro candente, se negaban á salir de sus labios, hasta que al cabo con voz desfallecida, que no parecía la de un ser humano, tartamudeó:

— ¡Oh! Tigranes, perdona mi dolor; sí, dile á Cayo César que iré. ¡Sí, iré!—Y mientras se alejaban los siervos de Calígula, repetía con el paroxismo del dolor y postrándose sobre el cadáver del hijo: «Iré... iré... y ¿qué he de hacer sino ir?»

El mendigo cristiano continuaba confortando el espíritu con la oración, y el acento de una inspiración celeste vibraba en su voz, cuando al quedar sola la estancia repetía las palabras del divino Maestro:

— «No queráis juzgar, porque seréis juzgados: con la misma medida que midiereis seréis medidos.»





IV

EN CASA DEL CÉSAR

LA estrella de la tarde había brillado ya; las turbas de parásitos y de curiosos que se apiñaban en las rampas del palacio, veían desfilan los convidados de César que acudían al gran festín. Un gigantesco clépsidro en el que la estatua de Cayo, ostentando los atributos de Júpiter, indicaba con el rayo las horas en el cuadrante, dejó oír sonido de trompetas militares, seguido de los golpes de un martillo de oro macizo. Era la hora undécima.

Un coro de hermosos muchachos colocados ante las puertas del triclinio, advertía á los comensales

del príncipe que entraran adelantando el pie derecho para evitar funestos augurios. Esclavos frigios despojaban á los invitados de sus ropajes y los revestían de espléndidas y elegantes túnicas, destinadas sólo para la cena: esclavos egipcios los descalzaban luego, y les lavaban los pies y las manos con aguas aromáticas.

El comedor ofrecía un aspecto capaz de deslumbrar á quien no estuviera acostumbrado á las insensatas prodigalidades del que devoró en menos de un año los tesoros de Tiberio, cerca de tres mil millones de sextercios ¹. Columnas de cedro, rodeadas de yedra y de pámpanos, separaban la parte superior del triclinio destinada á las mesas y á los lechos, dejando ancho espacio para el servicio y los espectáculos. Las mesas de madera de sidro, traídas del fondo de la Mauritania, más costosa que el oro nativo, descansaban sobre pies de marfil, que imitaban panteras y dragones. Los lechos triclinarios eran de bronce incrustados de oro; los colchones de lana de las Galias, teñida de púrpura: los cojines repletos de blanda pluma, cubiertos de tapices bordados de riquísima seda y fabricados en la Asiria.

Lámparas de bronce y candelabros de preciosos metales, figurando artísticas esculturas, esparcían luz clarísima y deslumbradora. La flor de los próceres de Roma llenaba ya el palacio, confundidos con los más opulentos ciudadanos del orden ecuestre y los ple-

¹ 2,400.000,000 reales.

beyos favoritos de César. Cinco reyes asistían al banquete, y entre ellos descollaban el armenio Mitridates, mozo astuto y procaz; el dulce y tímido Ptolomeo de Numidia, descendiente de Cleopatra y de Antonio, y el germano Itálico, nieto del terrible Catumero y sobrino de Arminio, el legendario vencedor de las legiones de Varo. Era Itálico el único vástago de la sangre real de los germanos; había nacido en Roma, y prefería el libertinaje de los festines y las aventuras amorosas de la capital á la ruda gloria de capitanear una raza de héroes.

Apenas había una de las grandes familias patricias sin representación en la gran fiesta del Palatino. Pero ¡cuánto habían cambiado los tiempos! El mayor de los Escipiones se gloriaba de ser habilísimo cochero; Vedio Polión sólo era célebre por su vivero de murenas; un Sempronio Graco, insigne por la usura; el jefe de los Catones, habilísimo cocinero, y el último de los Cátulos gran tañedor de cítara. Mnester, el pantomimo favorito á quien Calígula había erigido una estatua de bronce, miraba con menosprecio la corte de aduladores patricios que deseaban congraciarse con él, y escuchaba con aire protector las solicitudes de Pompeyo Penno, amenazado de las iras de César por la delación de un amante de su infiel esposa.

Esperando la llegada del señor entraron esclavos adolescentes cantando estrofas griegas, y esparcieron sobre el pavimento polvo de maderas aromáticas teñido de azafrán y bermellón, confundido con una

mezcla de fondo brillante hecho de piedra especular. Una armonía de flautas y de cítaras anunció la llegada de Cayo César, que se adelantó rodeado de su fiel guardia germánica, que no le abandonaba nunca.

Calígula contaba sólo veintinueve años, pero las huellas del vicio y de la enfermedad le daban aspecto de una vejez prematura.

Era alto y esbelto; sobre el cuello en extremo delgado se erguía una cabeza deprimida por los lados, calva en el centro y sombreada hacia atrás por escasos cabellos crespos y oscuros. Tenía la frente ancha y en pronunciada curva, las sienes cóncavas; en los ojos hundidos y torvos ardía el fuego de una fiebre inextinguible; la palidez era espantosa é inalterable, sólo semejante al lívido color de los cadáveres; sus pies enormes, sus piernas como alambres, el tronco abultado; su andar era, sin embargo, majestuoso, y sus maneras revestían cierta distinción no exenta de gracia. Su traje era de seda bordada con hilos de oro é incrustada de piedras preciosas; llevaba brazaletes á la oriental, y sobre tan extraños atavíos, que Séneca consideraba como escándalo del romano y vergüenza de todo hombre, iba ceñido de la dorada coraza de Alejandro Magno.

Aclamaciones de júbilo estallaron á su entrada: los unos se cubrían la cabeza, otros elevaban hacia él las manos como suplicantes, prodigándole á porfía los nombres más halagüeños que puede inspirar el más delirante entusiasmo, y todos se agrupaban en torno suyo á la respetuosa distancia que lo permitían

los germanos encargados de su custodia. Acogió el príncipe con fría sonrisa la frenética ovación, y con afectada modestia contestó á los saludos, ocupando en el centro de la mesa más alta el triclinio de honor. Dirigió la vista sobre la muchedumbre de los invitados, y para cada uno de los magnates tuvo su epigrama ó una frase de afecto.

— Pompeyo — le dijo al cuitado descendiente del gran vencido de Farsalia, — acerca hasta mí tu plato: el Destino no debe separar lo que unió la historia, mi nombre y tu nombre. Ocupa ese triclinio para mí predilecto. Ahí se recostó mi suegro Silano en su última noche; ahí cenó el infeliz Sexto Papinio una hora antes de morir; ahí estuvo Julio Grecino ¡pobre amigo! la víspera de dejarnos para siempre. Y todavía el cojín debe conservar el calor de Julio Cano ¡mi buen Julio! que de ahí salió para la Mamertina. Ya ves si me será querido ese puesto, último recuerdo de amigos tan queridos. ¿Y qué ha sido de Cano? — añadió mientras se colocaba la corona de los convites en la frente. — ¿Murió ya?

— Un resto de vida le queda — replicó un tribuno del Pretorio; — pero su ánimo es tan fiero, que no hay tortura que lo dome.

— Cuenta, cuenta, Sabino — exclamó con ansia el emperador, — no me omítas detalle. ¿Qué hizo? ¿Qué dijo?

— Cumpliendo tu mandato, está preso cinco días ha, oyendo á cada instante que ha llegado la hora del suplicio. Él, impávido, dormía y comía hasta con

apetito. Cuando esta mañana entré con los sayones, jugaba al ajedrez con un compañero. Levantándose para ir al tormento, exclamó:

— «No aproveches mi muerte para negar que te he vencido. Sedme testigos — añadió volviéndose á nosotros — de que le llevaba ganada la partida.»

— ¡Corazón de bronce! ¡Alma de héroe! — exclamó Calígula.

— No es un hombre de este siglo — dijo Curcio Rufo, el historiador.

— Por eso no debe vivir en él — replicó Calígulo; — sería un arcaísmo, y mi tío Claudio tendría derecho á protestar en nombre de la gramática. Prosigue, Sabino.

— Los amigos lloraban: su mismo filósofo se estremecía de espanto; pero cuando el exceso del dolor parecía ya quitarle el sentido, sólo ha dicho:

«Siempre pregunté si es inmortal el alma; dadle gracias á César porque ahora voy á salir de dudas.»

— ¡Por Hércules! — gritó el príncipe: — vé en seguida y que lo sepa pronto. Hazlo inmortal: verás qué bien habla de él el pueblo; todos son hombres de bien después de enterrados. — ¡Hola, gente! ¡La cena! Y tú, Mnester, léenos con tu hermosa voz algo agradable mientras no llega el giro de las copas y la hora de los brindis.

Empezó el servicio distribuyéndose los manjares más estrambóticos: el lujo, después de agotar la inventiva más original, se inspiraba sólo en la extravagancia y en lo absurdo.

En el banquete se sirvieron huevos de avestruz, rellenos de yemas de huevos de pavo real; jamones de España adobados con carne de grulla, comida detestable, pero carísima; liebres con alas de animales monstruosos; pescados enormes hechos con carne de ternera, y lampreas fabricadas con hígado de pato artificialmente hinchado. Un jabalí fué presentado entero; al trincharlo salió del vientre una bandada de tordos vivos.

Durante los primeros platos, Mnester desplegó un papiro, y dirigiendo una mirada de inteligencia á Pompeyo Penno, sentado ya cerca del príncipe, empezó á leer con acento declamatorio.

«*Episodio.* — En el atrio de Venus Madre se levanta la silla curul de oro: el divino Julio administra justicia al pueblo romano. Un viejo legionario estropeado comparece bajo el peso de grave acusación: sus vecinos se querellan de las depredaciones del antiguo guerrero. Las pruebas se acumulan sobre las pruebas: César extiende ya su mano para fulminar el rayo de su justicia augusta; mas el viejo se adelanta audaz hasta el dictador: — «¿Te acuerdas, general, dice, cuando en España en una marcha forzada te torciste un pie cerca de Sucrona?

» — Me acuerdo, dice César.

» — ¿Te acuerdas, general, que caíste al pie de un árbol, el único que entre aquellas áridas rocas se elevaba, árbol sin hojas y sin sombra? ¿Te acuerdas de que el sol quemaba, y perecías asfixiado y en

infame soledad, cuando uno de tus conmlitones extendió su manto guerrero entre su general y el sol dándote sombra salvadora?

» — ¡Cómo no acordarme!, dice César. Recuerdo más todavía. Me ahogaba la sed y no podía llegar á la fuente más próxima: quise ir arrastrándome y las fuerzas me faltaron: entonces el soldado, hombre fuerte y vigoroso, me trajo agua en su casco.

» — General, ¿conocerías á aquel hombre y aquel casco?

» — Lo conocería, y tanto lo conocería, que pagarás cara tu pretensión de hacerte pasar por él. Porque, ciertamente, no eres tú aquel hombre.

» — Con razón no me conoces, replica el veterano, porque en aquella época estaba yo entero. Después en Farsalia perdí mi ojo izquierdo defendiendo tus águilas: peleando por ti en Alejandría recibí esta herida que me cruza la cara, y en la jornada de Munda el brazo derecho. En cuanto al casco, el pobre casco del conmlitón, mi general, no lo podrías tampoco reconocer; lo hizo dos una espada española.

» Julio César suspendió el litigio, indemnizó á los querellantes y regaló extensos campos al antiguo camarada.»

Al llegar á este punto de la lectura, se detuvo Mnester, y como si obedeciera á una señal, el infeliz Pompeyo se arrojó á las plantas de Calígula. — ¡Oh! el mejor de los Césares — exclamó; — en los campa-

mentos de la Germania, cuando niño, todavía, salvaste el imperio devolviendo, con el prestigio de tu nombre, la disciplina á las legiones, un malvado lanzó un dardo contra ti: aquí tienes el pecho que lo recibió. Oscurece ahora con tu clemencia la del divino Julio, y si ya no me perdonas la vida, concédeme que la espada del verdugo se clave en esta profunda cicatriz ganada en tu servicio.

Un gran clamor se alzó de todas partes pidiendo perdón y gracia. Calígula se revolvió en su lecho triclinario, como una fiera cogida en el lazo. Tuvo miedo á aquella explosión del sentimiento público; la sorpresa le impedía hallar evasiva; el orgullo declararse inferior á Julio César. Miró con suprema angustia, con reconcentrado furor á derecha y á izquierda, y volviéndose luego extendió su enorme pie hacia el suplicante, y dijo con ronca voz:

— ¡Besa!

Pompeyo vaciló: jamás un consular había sufrido humillación semejante. Gustaban los senadores idear género nuevo de adulaciones; odiaban hallarlas ya inventadas. Al fin el contacto de la sandalia del tirano dió vida al patricio é infamia á su nombre. A una señal de César sirvieron los vinos. Corrió el chipre en las copas é hirvió el falerno en las entrañas: botellas saguntinas de barro vertieron vinos anteriores al segundo consulado de Augusto, perfumados con nardos y paseados por el mar en varios viajes. Grupos de bailarinas gaditanas, cuyas graciosas y excitantes formas se realzaban, más que cubrían con

gasas transparentes, asaltaron el lugar de los espectáculos y rompieron, acompañándose con castañuelas, en una de sus lascivas danzas. Las ondulaciones de los desnudos brazos, el voluptuoso culebreo del talle y la cadenciosa flexibilidad del movimiento envolvían á aquellas ninfas de la Bética en atmósfera de fuego y de pasión, como si sus ojos irradiaran los ardores del sol enamorado de su país.

Venus y el alegre Baco compartieron desde entonces con César el imperio del banquete: las conversaciones se generalizaron, las risas y los deseos hicieron olvidar los terrores íntimos. Entre el gran número de los invitados sólo había uno inmóvil, impasible: no parecía hombre, sino mármol: cierta majestad imponente y aterradora respiraban aquella figura helada, aquellos ojos vidriosos que miraban fijamente sin ver, aquella rigidez que cubría el semblante con la máscara de la muerte. Sus vecinos en la mesa no osaban dirigirle la palabra, mirándole de reojo con espanto; algunos con inmensa piedad: uno de los guardias germanos del emperador, lo observaba de cerca y no apartaba la mano del mango del puñal.

Tras las bailarinas entraron gladiadores y una tropa de homeristas que preludió el canto de la muerte de Héctor.

— ¡Fuera Homero! — gritó Calígula. — Yo cumpliré el mandato de Platón: los poetas sean arrojados de la República; yo los entregaré á las olas en buques sin pilotos. Homero es un mal fabricante de

dioses: su Aquiles es un bárbaro, Héctor un tonto, Ulises un zorro sin vergüenza. Y Júpiter, su Zeus, un petate, á quien el día menos pensado le voy á hacer rapar la cabellera.

— Dices bien, César — interrumpió Valerio; — sin Homero no habría Grecia, y sin Grecia, se vería libre Roma de prostitutas y charlatanes. ¡Muera Homero y su memoria!

— Y todos sus imitadores — dijo Calígula, — y cuantos lo admiren.

— Todos menos Virgilio — exclamó Claudio, el futuro emperador, dando un puñetazo en la mesa; — todos, menos el divino Mantuano, delicia de Augusto y del Universo entero.

— ¿Virgilio? Virgilio el peor — replicó Calígula, — lo único varonil que hizo en toda su vida, fué su testamento mandando quemar la Eneida. No hay más poeta que Lucrecio. ¿Quién puede soportar la empalagosa dulzura del Marón? ¡Tityro, Corydón, Ascanio, Dido! ¡Bah! Tu Virgilio no es más que un Homero hembra.

— Si te oyera Augusto — exclamó Claudio, — renegaría de ti. Si hubieras tenido mi maestro, mi gran maestro Tito Livio, te habría hinchado las manos con su férula.

— Augusto — dijo Calígula — necesitó transigir y yo mandar; él disimular su pensamiento, y yo imponer el mío. En cuanto á tu retórico pedante, siempre lo tuve por un escritor hinchado, un cronista embustero, un maestro cuyo elogio está hecho con decir que tú eres su discípulo.

— ¡Así hablas de Livio!—exclamó poniéndose en pie Claudio y temblando de cólera;—insúltame á mí, blasfema de Julio César, reniega de Apolo, injuria á Antonia mi madre y á Druso tu abuelo; pero no me toques al regalo de las musas, al monumento de nuestra gloria, al príncipe de los escritores romanos.

— ¿Romano dices? Su latín no es latín de Roma, sino de Padua. Ha escrito su historia en patavino.

— ¡Cayo! —gritó Claudio en el paroxismo de la cólera.

— Rabia, viejo calabaza, pero mañana arrojaré la estatua de Livio y sus obras de la biblioteca de Apolo palatino, que deshonra con su presencia.

Claudio sintió un sudor frío correr por su frente, balbuceó varias palabras sin encontrar ninguna digna de su coraje, hasta que al cabo, extendiendo el puño cerrado hacia su sobrino, exclamó con cómica majestad:

— ¡Cabra!, y se sentó.¹

Si el Etna hubiera rugido y lanzado sus peñascos ardientes en medio del convite, no habría producido tan hondo espanto. Calígula se agitó con temblor nervioso, se clavó las uñas en las palmas de las manos; una nube de sangre pasó por sus ojos; ligera espuma asomó por entre sus labios contraídos, y cayó de espaldas, por último, lanzando una carcajada sardónica.

¹ El oír pronunciar esa palabra, producía en Calígula ataques epilépticos, así que dice Suetonio:

... «*omnino quaquumque causa capram nominare crimosum et exitiale habebetur...*» Suetonio— C. C. Calígula — XLIX.

El pánico fué general: César se veía acometido del mal sagrado: corrieron á su auxilio los más próximos: los unos hacían votos absurdos por su salud: los otros temblaban de que volviera en sí, bajo la impresión de su ira tremenda. Dos personas solamente permanecían impasibles; el viejo que, como escultura funeraria, seguía clavado en el centésimo lecho, y Claudio, autor del tumulto, que, como si nada fuera con él, siguió comiendo, y volviéndose luego á Curcio Rufo, dijo: «He observado que en la Campania es más fácil encontrar un dios que un hombre.»

El ataque epiléptico de Calígula no había sido más que un amago. Volvió pronto en sí; permaneció un rato taciturno, y sin tener conciencia de lo que había oído.

— «Hablad, hablad, distraed á César» — dijeron los libertos que le servían.

Los gladiadores, que habían suspendido sus luchas, las reanudaron con ciego furor: Claudio, como tenía en costumbre, se había quedado dormido en medio del banquete.

— Apicio ha muerto esta mañana, cortándose las venas — dijo un prócer.

— Se ha condenado antes de que lo condene la virtud. El suicida no es solo verdugo, sino juez de sí propio. Al aceptar la muerte, declara merecerla — observó Demetrio el filósofo.

— Mucho profundizar es eso — dijo Pollión. — Apicio se ha matado por egoísmo; no le quedaban

más que doscientos millones de sextercios, y el pobre-cillo lloraba porque apenas tenía con eso para hacer honor á su cecina y á la fama de sus salsas.

— ¿Y quién nos dará de comer? — exclamó un parásito de gran tono. — ¡Ay de mí! Ha muerto el César de los Apicios: sólo nos queda el divino Cayo, el Apicio de los Césares.

— Triste tarea la vuestra — dijo gravemente Demetrio; — esperáis la cena con tal ansia, que apagaríais el sol de un soplo para adelantarla una hora, y todo vuestro placer se reduce luego á este círculo vicioso: vomitar para comer, y comer para vomitar.

Un grito ahogado llamó la atención de todos hacia los luchadores: en el calor del simulacro, un gladiador cilicio había herido de muerte, con la espada sin punta, á un armenio.

— ¡Torpe! — exclamó apartando el rostro Vespasiano, á la sazón edil y uno de los seides más populares de Calígula, — todo degenera, hasta cosa tan abyecta como el gladiador. Mira qué muerte más cobarde y más sin interés nos da en espectáculo.

— En cuanto á mí — le contestó Aulo Vitelio, el hijo del famoso general y cortesano, á quien un capricho del Destino había puesto al lado de quien había de sucederle en el imperio, — hallo más dramática é interesante que la agonía de un hombre, la muerte de un salmonete. Éste que llena mi plato, lo he visto hace un momento aletear gallardamente en la piscina de César. Cuando sale del agua palpita y salta con furia: una púrpura encendida tiñe su

cuerpo de carmín deslumbrador: ¿ves esas venas que corren por los lados? Parece increíble que ofrezcan tan hermosos matices: desde la sangre roja hasta el tornasol azul que brilla como un relámpago. La palpitación es luego más lenta; el color palidece; al cabo se pone rígido, y de tantos cambiantes de luz queda un solo color. ¡Esto es raro, hermoso, y no es dado á todos gozar de ello! Y además tiene la garantía de que lo comes fresco, que no es lo de menos.

— Voto por la estatua á César en el templo de Jerusalén — decía á otro extremo del triclinio un aspirante á pretor; — allí donde Pompeyo no encontró ni siquiera un dios, debe levantarse el nuestro. César lo quiere, y su voluntad prueba su grandeza. Los grandes hombres aspiran á grandes honores; quien desprecia la gloria, desprecia la virtud. Tiberio, el ogro de Caprea, no consintió nunca que se le levantara templos.

Calígula recobraba lentamente el uso de sus facultades; comió en silencio y con gran voracidad cuanto halló delante; trasegó varias copas, y con aire imbecil empezó á recorrer con la vista el número de los convidados. Sus ojos se detuvieron de pronto ante la figura fatídica del anciano del centésimo lecho: un escalofrío corrió su cuerpo, y sin saber por qué tuvo miedo.

— ¿Quién es aquel viejo? — dijo en voz baja al liberto que le servía el vino. — Parece un muerto sin enterrar.

— Señor, es Mucio Pástor.

— ¿Quién es Pástor? No lo conozco. ¿Quién lo ha convidado? ¿Con qué derecho come á mi mesa?

— Señor óptimo, á tu inefable misericordia debe tanta merced: tú lo invitaste para su consuelo. Esta mañana amaneció su hijo muerto junto á la casa Domicia.

— Vigílalo, vigílalo — añadió Calígula sobresaltado y en voz baja, — que no se mueva, que no se me acerque. ¿Quién es el guardia germano que está á su lado? Ya lo veo, es el leal Flavio. Dile que si lo ve siquiera buscar algo entre los pliegues de la toga, le atraviase el corazón. Hay mucho malvado; hay muchos asesinos y conspiradores en Roma... ¡Vino!... Escancia vino, mucho vino. Oye, Tigranes, lleva esta corona de rosas frescas al viejo, y dile que es don mío.

El liberto dió la vuelta á la mesa, y llevó la corona al infeliz anciano. Calígula no quitaba de él los ojos: vió que con majestuoso reposo se despojaba de la corona que cubría sus canas y se ponía la ofrecida.

Cuando volvió Tigranes, preguntó Calígula:

— ¿Habló algo? ¿Qué te ha dicho? Por tu vida, no me lo ocultes.

— «Da gracias á César; los dioses se lo premien.» No me dijo más.

— Eso es increíble, absurdo — pensó Calígula, — llévale estos perfumes — añadió luego; — dile si los acepta; lo dejo en libertad; es obsequio, no mandato.

El liberto marchó á cumplir su encargo. Grandes carcajadas partieron de la mesa donde Vitelio devoraba y Vespasiano bebía.

— El caso es cómico — contestó Spurina á una pregunta de Calígula; — contaba Vitelio haber recibido un augurio singular, digno de Plauto. Cuando iba con su padre al Capitolio, y ya en la misma escalinata del templo, un águila se le posó en el hombro: no dice si es la misma águila que marchó delante de Augusto á su vuelta de Accio; pero el más torpe augur no puede negarle que el hado lo destina á emperador... de teatro.

— ¡Bah! — dijo Calígula; — poco se os entiende de interpretaciones. El águila no dice precisamente que será emperador, sino que allá en Caprea, en los días de Tiberio, llegó á emperatriz.

Grandes aplausos y risas acogieron el brutal epigrama, y los más próximos lo contaban á los más lejanos, mientras que Vitelio, encendido el rostro, vengaba su agravio en un rodaballo, que devoró en cuatro bocados.

El vino continuaba subiendo á las cabezas y á las lenguas, como la marea ascendente de un Océano de alegría: de todas partes hablaban á la par: cien conversaciones se sostenían al mismo tiempo, y de todos aquellos retazos de ideas sueltas, de tantas voces confundidas, resultaba un extraño mosaico, una báquica orgía del pensamiento y de la palabra.

— Esa mujer — decía uno — es el mirlo blanco; el cisne negro; ¿qué digo? el ave fénix. Un solo marido, dijo al casarse, es lo mismo que no tener más que un ojo, y no hay peor augurio que ser tuerta. Desde entonces ha ido perfeccionando su teoría, y

hoy se las puede apostar con el mismo Argos, el de los cien ojos.

— ¿Y qué? — gritaba otro. — El pueblo siempre es así. A Tiberio lo acusaban de odiar las fiestas del circo, y á Druso, su hijo, de amarlas demasiado.

— ¡La filosofía! Hermoso nombre de que se prevale los vagos para ocultar su pereza. César lo ha dicho: de sus escuelas sólo salen intrigantes ó rebeldes.

— Cambio de esposa — declaraba un consular — con el edicto del pretor. Ese es mi sistema y ellas lo saben. Viva Anacreonte, que á él me atengo. «Si sabes contar las hojas de los árboles, las arenas del mar y las estrellas del cielo, sabrás el número de mis amores.» ¡Loor á ti, buen viejo!

— La Academia antigua, así como la nueva, no tiene ya Pontífice. La doctrina de Pitágoras, odiosa al vulgo, no tiene representante. La ciencia perece, la maldad cunde. La corrupción no necesita maestro. Cuando el mar cubra de nuevo la tierra, y después de perecer todo ser viviente empiece á vivir una nueva humanidad, no habrá quien enseñe la verdad ni lo justo, pero el vicio y el crimen se lo sabrán todos de memoria.

— Opto por Pylaris: por ver sus dos hileras de dientes, bailaría en el circo sobre los cuernos de un toro de España.

— ¿Quién? ¿Chereas? Es un sabio; tiene dos bibliotecas en su casa.

— Roma cesará de mandar el día en que cese de obedecer.

— Hijo de Platón, te veo en tu impiedad ir destruyendo uno á uno todos los dioses inmortales, no más que por dejar un solo culto, el de Ganímedes.

— ¡Oh! el progreso, yo creo en el progreso; nuestra edad ha descubierto grandes cosas, y aun estamos en el borde del pozo donde se esconde la verdad. Julio César llegó á Gades en cuarenta días; nuestros nietos llegarán en veinte, en diez, en cinco, ¿y por qué no en cuarenta horas? Convertid en nave el caduceo de Mercurio, y tendremos una trirreme con alas: uncid el hipógrifo á un carro y volaremos por los caminos: al cabo de andar año tras año sobre las vías, la práctica las enseñará y habrá vías que anden solas.

— Es un Cincinato, un Catón. Yo lo vi en Asia cuando fué pirata de los piratas de Cilicia. Más crímenes cometió al volver de la provincia para ser absuelto, que infamias hizo para ser condenado.

— Bruto, ¡el último romano! ¡bah!; prestaba más caro que yo, al cincuenta por ciento.

— Si Lucrecia fué como la sierva gala; ¡Sexto Tarquino, cien veces perdiera yo el cetro de los reyes!

— ¿Y qué es la verdad?

Calígula saltaba de impaciencia; la ardiente atracción, la impía curiosidad que excitan los supremos dolores, le tenían pendiente de la fisonomía y de los movimientos del viejo Mucio, que había aceptado con la misma sencilla solemnidad el obsequio de los perfumes. La noche avanzaba; trajeron la inmensa *cratera*, llamada la copa de la amistad.

— ¡Bebamos la corona! — exclamó según el rito Calígula, y deshojó las rosas casi marchitas en sus sienes sobre el monstruoso cáliz lleno de aromático vino. — Tú, Mucio Pástor, bebe primero.

Con mano temblorosa levantó la cratera el desdichado, saludó á César y bebió. Toda conversación, toda alegría cesó en un momento: se oía sólo la respiración anhelante en las fauces empapadas de vino y la angustiosa deglución del viejo para trasegar el rojo licor que le sabía á sangre, á la sangre del hijo amado.

— ¡Pobre Publio! — dijo Calígula. — ¿Quién sabe, buen padre, si debes dar gracias á los Dioses inmortales? Si el gran Pompeyo hubiera muerto en Parténope cuando tuvo aquellas calenturas, se habría ahorrado ver sus haces maltrechas en Tesalia y sufrir la infamia del verdugo egipcio. Tu ídolo, Catón, ¡cuánto habría ganado con perecer entre las olas al regreso de Chipre! La fortuna le negó ese gran consuelo, y él mismo tuvo que desgarrarse las entrañas. ¡Oh, no te quejes! ¡vuelve el color á tus mejillas ó tíñelas al menos de arrebol! ¡Por Hércules! amigo, que fué un favor del hado la muerte de tu Publio. Mira á Héctor y á su padre; si pudieras elegir, de seguro no me representarías ahora el papel Príamo.

Calígula guardó silencio un corto espacio, mientras todos los convidados respiraban con indescripible angustia; después pasó la mano por su frente como para reconcentrar su pensamiento; su fisonomía sufrió dos ó tres espantosas contracciones, y después

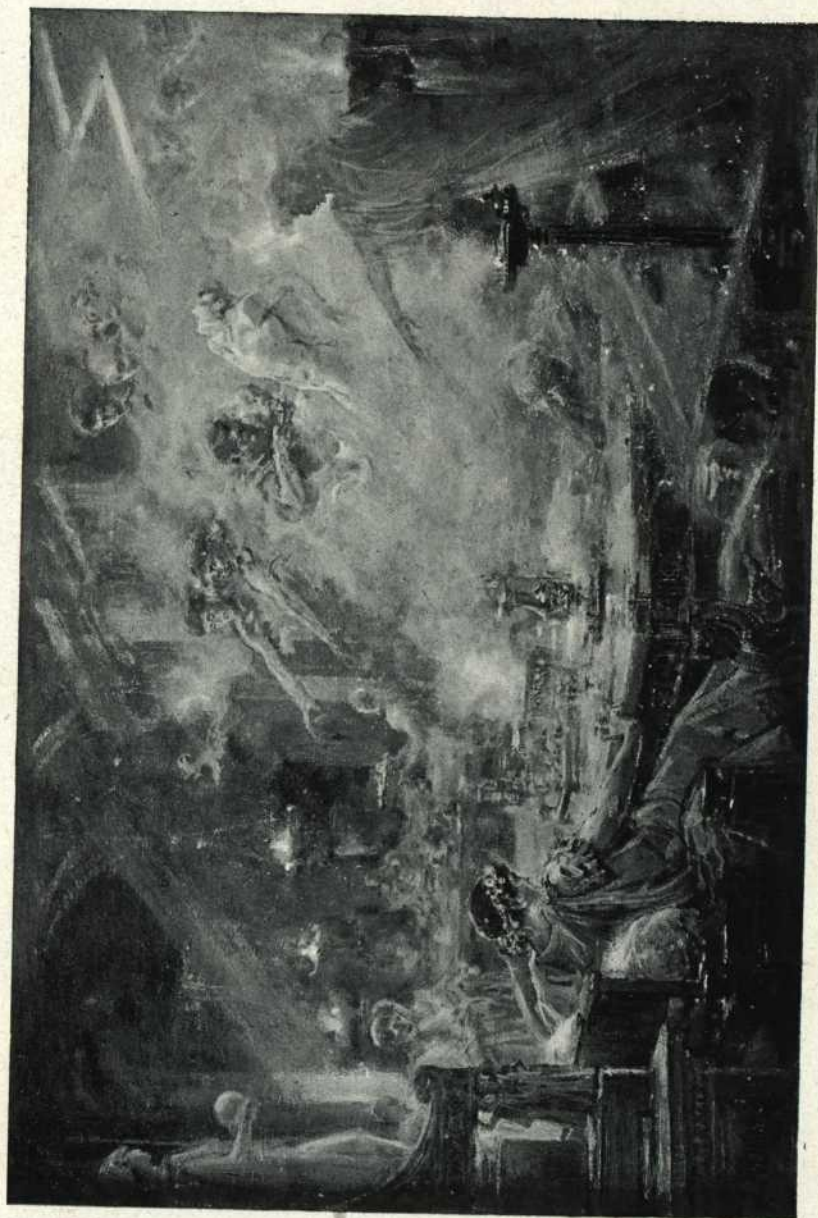
empezó á hablar como consigo mismo, enardeciéndose por momentos; su palabra, pesada y lenta al principio, adquirió la rapidez de un torbellino, y hubo períodos en que llegó á la inspiración de la elocuencia.

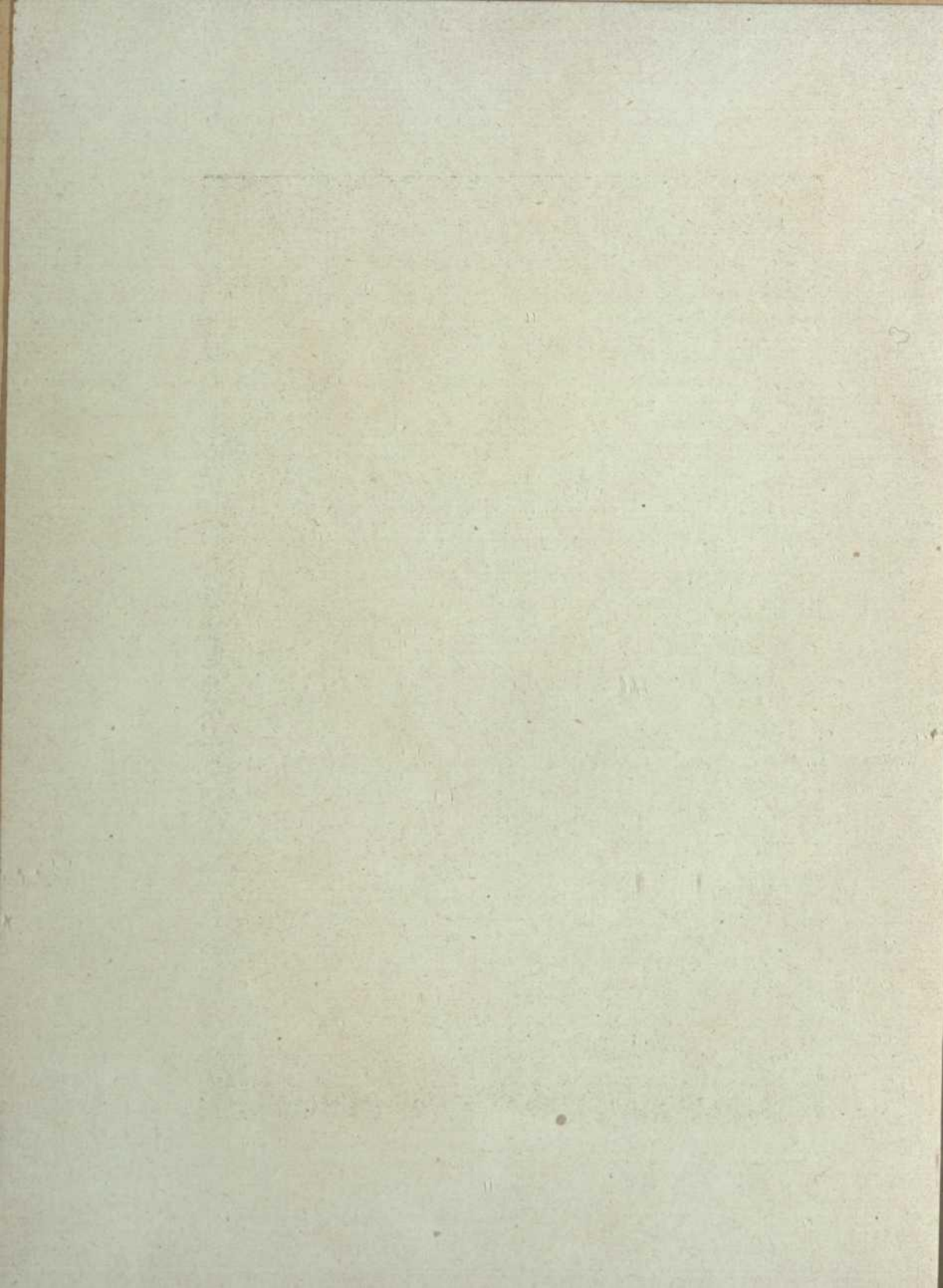
— ¿Y por qué ha de quejarse? — dijo. — ¡Vida... muerte...! Hay vidas peores que el tormento de Ixión y de Sísifo juntos. Hay días negros, amargos, eternos que te roen las entrañas, sin que aciertes á saber quién te clava los dientes; hay noches sin fin y sin sueño, en las que el gallo canta cien veces y no amanece nunca; noches entre cuyas sombras desfilan manos sin brazos que te hacen signos obscenos ó amenazadores, y caras sin cuerpos que hacen muecas, se ríen, te amenazan y cierras los ojos y las ves: ¡oh las ves siempre! hasta dentro de ti. Escupen, maldicen, blasfeman: te las quieren arrancar del pecho, y cuando ya las uñas se tiñen en sangre, saltan las caras y se ponen en hilera á mirarme desde el muro de enfrente ó á vagar al rededor contando historias lúgubres, ó blasfemando de mí y de mi imperio.

« Aquellas caras todas son conocidas — prosiguió Calígula delirando con más furia á medida que hablaba, — todas amigas. Las he visto antes risueñas y placenteras en mi mesa, como os veo ahora á vosotros; las he visto ocultar con pérfida sonrisa el traidor engaño; las he contemplado contraídas y sangrientas en el tormento. ¿Tú has visto dar tormento? ¡Aulo, Aulo Vitelio, tú, sí, me has acompañado muchas veces en Caprea á espiar la agonía de los sen-

tenciados por Tiberio! Mnester, tú has asistido, hace poco, al suplicio de Papinio, de Basso y de veinte de sus compañeros. ¡Oh! ¡Qué hermoso color el de la sangre! ¡Qué contracciones más esculturales presta el dolor! Lo sublime no tiene un más allá: el uno ruge y se retuerce hasta crujir los huesos: la naturaleza parece que no tiene tanto poder: aquello no es un hombre, es un titán rebelde: el otro llora, gime, suplica, se acuerda de la madre ó de la esposa: ahí tienes una elegía tal como nadie es capaz de inventar. ¡Cómo tiembla la carne, cómo ruedan arroyos de lágrimas por las caras afiladas! ¡Qué maravillas poéticas inventan para moverte á piedad! No hay que ceder, sayón, aprieta el tornillo del potro, clava el garfio acerado: todavía no hemos descubierto el límite; aun cabe más en lo sublime. ¡Otro golpe! ¡otro grito! Más aprisa, más aprisa. ¿Oyes el ronquido del pecho? Parece que va á estallar... ¡Sigue, lanista, sigue!; tápale la boca con una esponja, si te conmueven sus gritos. ¿Te falta esponja? Desgarra sus vestidos, y ahoga su clamor con los jirones; pero nunca desmayes. aumenta tu furor... ¡Dioses inmortales, cómo centellean esos ojos! ¡Cómo queman esas miradas!... ¡Bah!... ha muerto; se nos ha escapado otro sin revelarnos el secreto, el límite del dolor, la resistencia de la fuerza humana... »

« Bebe, bebe, Mucio... Príamo — añadió, y sus labios se contrajeron con sonrisa epiléptica, — he visto rejuvenecerse tu cara al oír hablar de los tormentos. ¡Tienes razón! Hay horas en que se siente placer ante





la idea de un látigo y de una tenaza candente que nos arranque á pedazos la carne. El dolor del alma es más grande, más sublime; sólo los dioses podemos sufrirlo con majestad. ¿Me veis aquí, romanos? El César, el señor, el dios, el augusto Cayo; yo, en fin, he reído y danzado, en torno de la mesa de Tiberio, cuando me contó que mi madre, la heroica viuda de Germánico, había muerto de hambre en la Pandataria. De mis hermanos, Druso pereció por el veneno; Nerón, antes de morir, devoró, en los horrores del hambre, la lana de su lecho. Yo los amaba, y al cariño fraternal se unía el agravio hecho á la sangre de Augusto; ¿sabes, Valerio, lo que hice? Aprende, sentimental padre, viejo triste; puse espanto en el terrible pecho de Tiberio, pidiéndole, entré inocente é irónico, que me dejara rellenar mis colchones de pavos y perdices, por salir airoso de la prueba de mi segundo hermano.»

«Y no tenía encallecido el corazón, no; el latigazo que saltó el ojo derecho de mi madre, lo oí, lo sentí chasquear en el aire, lo oigo aún ahora; aun siento que hace brotar sangre en mi mejilla la difamación de su nombre, la injuria á sus grandes virtudes.»

«...Sí, amigos; sí, ciudadanos; he sufrido mucho; he devorado más agravios, más dolores que el último mortal, y el veneno que corrompió mi dicha y mi alegría en su fuente, lo tengo aquí siempre, en el pecho, en la garganta; hierve en la sangre, me quema, me deshace. Tengo sed de dolor, fiebre de sangre, de horrores, de un no sé qué que nunca encuentro, ni nunca llega... Viejo Príamo, ¿era más

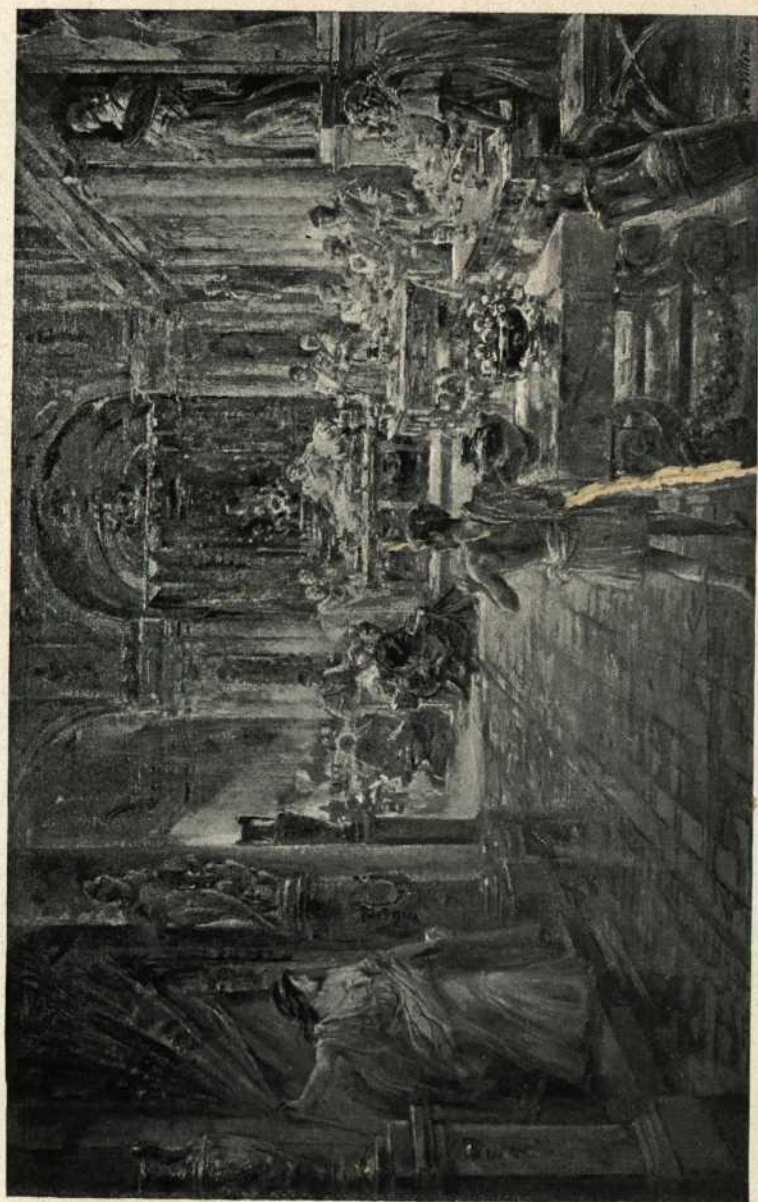
feliz tu arrogante y pretencioso Héctor? ¿Lo era? ¿No es cierto? ¿Debía un romano ser más feliz que el príncipe? ¿Sabes que fuí yo quien lo mató?... Tigra-nes, sírvele vino, que beba en honor de César.»

Pástor no pudo hablar: la alteración de sus facciones era tal, que aun más que lástima producía espanto: las manos crispadas, rígidos los músculos de la cara: el pecho respiraba con tenue lentitud: se le habían quedado blancos los labios, y las dilatadas pupilas parecían hundirse en un círculo amarillento y obscuro. Diríase que en vez de hombre era un montón de polvo que iba á deshacerse en el instante en que se le tocara. Trató el desdichado de sobreponerse á sí mismo y aun pudo hacer un signo afirmativo. De los comensales ni uno solo se atrevió á arriesgar palabra: no sólo estaban aterrados del tormento presente, sino aun más temerosos del fin de aquel furioso acceso de ira insensata del príncipe.

Calígula bebió con ansia en la copa grande de la amistad, y prosiguió:

— Era hermoso, demasiado hermoso para vivir entre las romanas enamoradizas. Se atravesó en mi camino el insensato... Su crimen no tenía redención...

«... Era el único obstáculo de mi idea, y... ya que tocamos á la última hora de los Idus de Abril, la virgen Domicia no tiene nada que la mueva á dilatar el plazo solemne que me impuso. Oye, Valerio; el hijo de ese viejo había osado poner los ojos en lo que es digno de mí solo, en la nueva Augusta, en el amor





de mis amores, en la diva Julia Antonina. Sépalo la ciudad, sepa ya el mundo la feliz noticia. Antes que amanezca el nuevo día, Cesonia recibirá el libelo de repudio, y desde esta hora compartirá mi lecho y el imperio...»

No pudo acabar la frase: una mujer, desgarrando los tapices que interceptaban el paso á las habitaciones interiores, y atropellando á los esclavos que encontró hasta llegar al centro del triclinio, entró rápidamente y se colocó fiera y amenazadora en frente de Calígula: era Julia Antonina. No parecía la misma mujer: llevaba los ojos inyectados; la nariz dilatada como la de un caballo de batalla, la boca contraída sin que fuera posible averiguar si el desprecio era superior á la furia: el cabello suelto; la blanca túnica salpicada de sangre encima del corazón. Aquella hermosura salvaje y altiva causaba al mismo tiempo fascinación y espanto.

— ¡Vil asesino! — exclamó extendiendo el brazo hacia el tirano; — ¿ves esta sangre que tiñe mi pecho? Es de Publio Pástor, á quien has asesinado traídoramente á la puerta de mi casa. ¡Malvado! si no quedan ya hombres para levantar la voz contra ti, habrá mujeres, como yo, que te escupan al rostro tu infamia y acaben con el imperio de los monstruos, como Lucrecia y Virginia destruyeron á los reyes y á los decemviro.

— ¡Julia! — exclamó Calígula tembloroso y como dominado por un prestigio mágico, — ¡visión celestial!

— Si Roma enmudece, yo hablaré: si tus víctimas no saben más que adularte, yo vengaré la sangre de Publio consagrando á los dioses infernales tu maldita cabeza y obligándote á que me arrebates una vida que me es odiosa desde que sucumbió el amor mío y vives tú...

«...No: entre los tormentos del Tártaro no se han inventado castigos bastantes para ti. Coserte en el saco con el mono y el gallo de los parricidas, sería gran misericordia para tus crímenes.»

Un gran murmullo de protestas se alzó contra aquellos insultos al poder soberano: varios convidados se dirigieron hacia ella amenazadores.

— ¡Quietos todos! — gritó Calígula: — declaro sagrada su persona; pena de muerte á quien la toque. ¡Oh! está hermosa en su ira. No es ella, no es Julia; es la sombra de Drusila que vuelve de los Campos Elíseos. ¡Drusila, apiádate de mí!

— Mal haces en impedir que tus fieles sabuesos y esa tu caterva odiosa de patricios envilecidos me despedace á tus ojos. Porque ni viva ni muerta he de ser tuya: antes del más inmundo de tus esclavos. Los dioses me crearon para el amor puro y casto: tú me has hecho para el odio y para la venganza feroces. ¡Tiemblos, cobarde aborto de la sangre de Germánico, afrenta de la memoria de Augusto, tiemblos! ¡jamás habías oído la voz de la verdad! La tierra no puede ya soportar el peso de tus crímenes, ni los dioses inmortales tolerar tus fechorías, tus infamias, tus rapiñas, las monstruosidades de una mal-

dad que pasaría por delirio de un furioso, si no fuera refinamiento cruel de la perversidad misma. Al mirarte, presa del miedo que mi presencia te infunde, no sé si te abomino tanto como te desprecio. Sólo hay una cosa más abyecta que tú, y es el pueblo miserable que te sufre, la gente envilecida que se sienta á tu mesa y disfraza sus terrores pusilánimes, y el odio que te tienen con la adulación y el aplauso. Sí, Valerio Asiático — prosiguió cruzando los brazos sobre el pecho y dirigiéndose al opulento patricio, — bebe en honor de tu amo que deshonra á tu joven esposa ante toda Roma y se burla en los banquetes públicos de la frialdad de sus besos. ¡Y tú, Pasieno, canta un himno que celebre al que infamó á tu hermana! Quiebras..., no te veo, esforzado tribuno del Pretorio, para pedirte que levantes un monumento que eternice el nombre del emperador á quien sirves de custodia y de bufón al mismo tiempo. Mas ¿puedo dar crédito á mis ojos? Aquel es el padre de Publio. Viejo imbécil, viejo malvado, ¿has venido á festejar con el asesino de tu hijo el crimen horrendo? ¿Has venido á libar su sangre antes que la consuma el fuego fúnebre de la pira?

— Deidad soberana, ten compasión de mí — gritaba Calígula extendiendo hacia ella los brazos temblorosos; — prefiero morir á tus manos antes que escuchar tus injurias. Tú, tú, divina mujer, eres la única digna del imperio; yo seré tu siervo, tu espada, tu escudo. No te pido nada, nada, sino tu perdón, y ni aun tu perdón siquiera, sino que me

mires con ojos misericordiosos. Mnester, Vitelio, Pollión, patricios, amigos, rogad por mí; pedidle gracia. No es César quien te implora: Roma, el mundo se postra á tus pies para que depongas tu furor y seas el numen, el astro del imperio.

— Nunca. Antes en tus entrañas palpitará un sentimiento honrado; antes en tu mente brillará una idea justa. Doy gracias al cielo de esta mi hermosura, porque te servirá por siempre de tormento. Mi visión te seguirá doquiera y despertará delirios inextinguibles en tus continuos insomnios. Pero no te acerques á mí; no te acerques, porque antes que toques la franja de mi túnica, absorberé el más activo de tus venenos, que de tu propia cámara tomó Cesonia. Tú lo conoces, es el columbino: contra muchos te sirvió y ahora me sirve contra ti. El destino te ha hecho omnipotente sólo con los que no saben resistirte. Tu cólera ó tu amor me son por igual despreciables; después de la muerte del más digno entre los romanos no me resta sino la venganza, que, por grande que parezca, sólo será justicia santa. ¡Oh, César!, los dioses aceleren tu castigo; hiérate de muerte una mano traidora; sea arrastrado tu cuerpo, vivó todavía, por este palacio, teatro de tus crímenes; sean tus restos arrojados á las gemonías con las inmundicias de la ciudad.

— Calla, calla, por los dioses inmortales — exclamó Calígula con las facciones descompuestas, dilatados los ojos, anhelante la respiración y agitado ya del temblor epiléptico.

— Pase tu nombre á las edades — prosiguió Julia poseída del fuego sagrado del oráculo, — como emblema de maldición é ignominia de la raza humana: concluya en ti tu stirpe, y tu propia hija, que lleva en sus venas la ponzoña de su padre, sea estrellada, sin misericordia, contra las paredes: que tu fin y el fin de los tuyos sea celebrado, de año en año y de siglo en siglo, como una segunda fundación de Roma, como el día más dichoso del linaje humano.

Calígula se levantó varias veces á interrumpir á la implacable sibila, pero en vano intentó hablar. La furia, el horror reprodujeron en toda su grave intensidad uno de los ataques del mal caduco, que el rumor de los maldicientes achacaba á filtros de Cesonia. Sonidos ahogados y guturales partieron de su pecho: agitó las crispadas manos, y cayó entre las repugnantes convulsiones de la enfermedad excitada por los vinos y todas las malas pasiones. Declarada por el médico la gravedad del ataque, una indescriptible confusión se produjo en el palacio. Los menos corrieron al socorro del príncipe; el mayor número desfiló en silencio hacia sus casas. Nadie osó detener el paso de Julia Antonina, que con la majestad de una reina germana, y sin dignarse dirigir una mirada al augusto doliente, abandonó el palacio y mandó á un esclavo de Cesonia que la acompañara hacia el templo de las Vestales. La noche estaba ya muy avanzada: la tea del esclavo apenas rompía las densas sombras del camino.

No había dado aún algunos pasos Julia Antonina,

cuando se sintió detenida por el vestido: una mano había asido de la orla de su túnica, y en la obscuridad se destacaba el bulto de un hombre postrado á las plantas de la hermosa doncella.

Al rojizo resplandor de la tea que acercó el sirvo, se destacó el venerable y lívido rostro del infeliz Mucio, quien arrastrándose á los pies de Julia besaba con ferviente adoración sus pies y su manto.

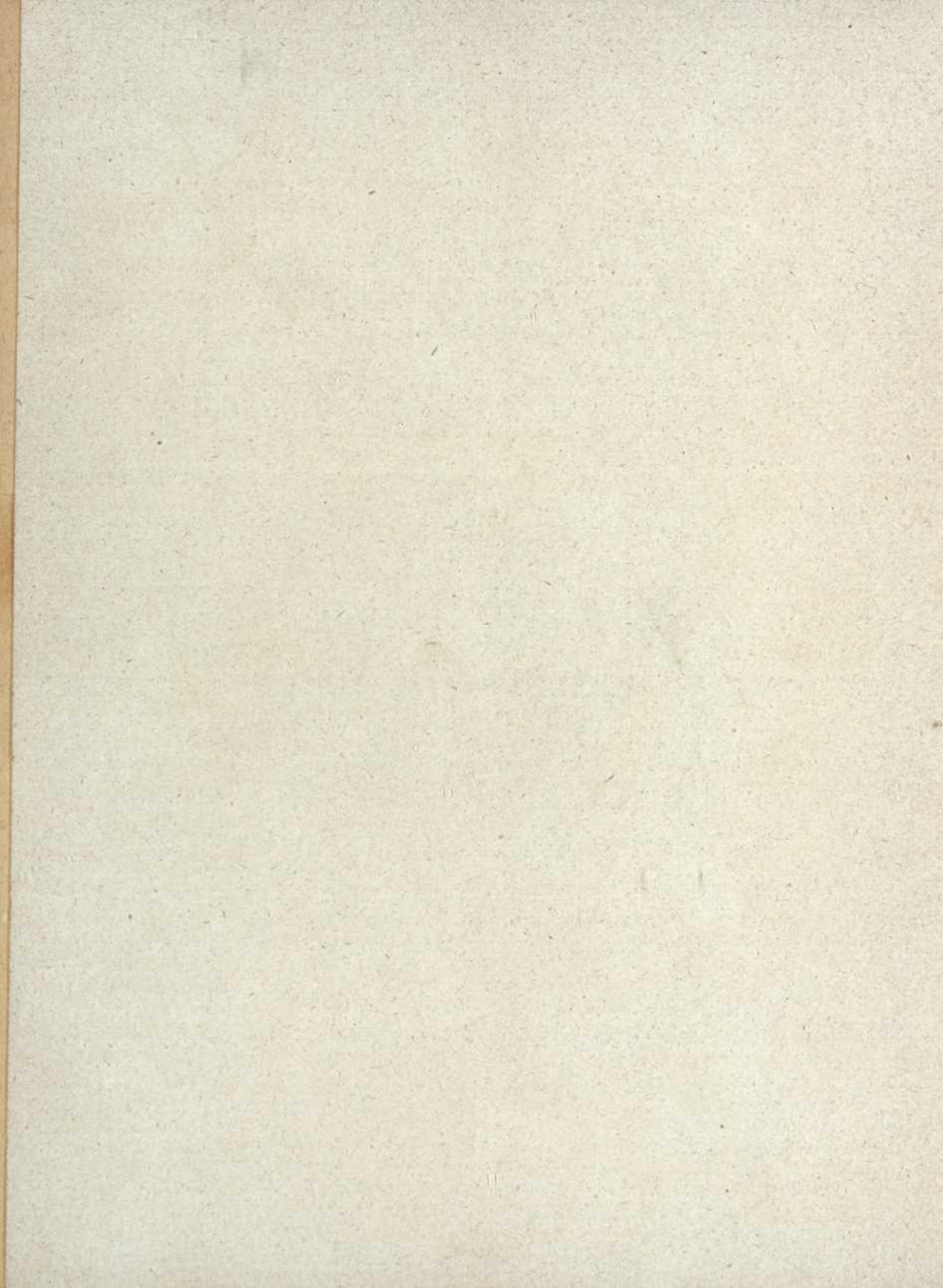
— Apártate, reptil — dijo la joven con desdeñosa crueldad; — vuelve á palacio á renovar tus coronas: vuelve á hacer votos por la salud del verdugo de Publio.

— ¡Los dioses te sean propicios, mujer divina! — exclamó sin levantarse y sin dejar de besar las vestiduras el pobre viejo, — los dioses inmortales te premien el bien que me has hecho, el inmenso bien que me haces. ¡Publio, Publio de mis entrañas, era digna de ti...; has muerto por ella, y ya lo ves, Publio, la amo, la venero! Hija, el nombre de mi Publio y tu nombre, se unirán en mis labios en mi último aliento.

Las lágrimas del anciano, la suprema agonía de su acento, la ternura apasionada de su dolor movieron á piedad un instante á Julia, atónita ante el contraste de aquella explosión de pena con el espectáculo del banquete.

— Pobre hombre — dijo en tono de reconvención compasiva, — ¿qué cobardía te ha llevado á la mesa de César? ¿qué miserable apego á los cortos días de la vejez te hizo abandonar el cadáver de tu hijo por





la cena del tirano? Desdichado, ¿por qué has ido á ese criminal convite de tu asesino?

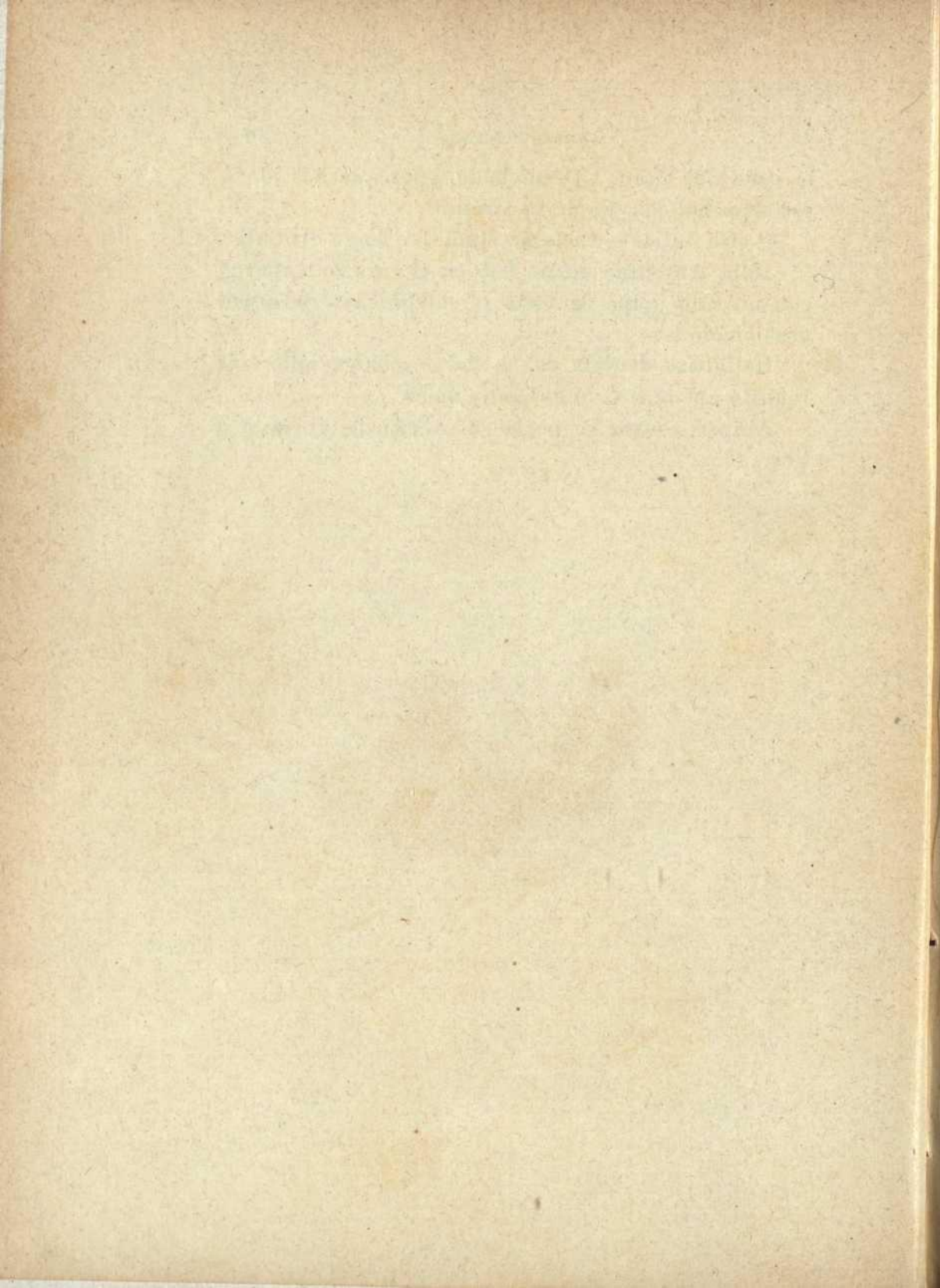
— ¡Oh Julia! — exclamó Mucio, — tengo otro hijo.

Julia Antonina sintió frío en el corazón: abarcó con un solo golpe de vista el sufrimiento de aquel desdichado.

Hallábase delante de un dolor más grande, más infinito que el suyo: ella podía morir.

Abrazó contra su pecho la cabeza del anciano y lloró.





EPÍLOGO

UN pánico terrible reinaba entre todos los conjurados. Iba á llegar la hora de herir, y una voluntad indomable se resistía al soborno, á las promesas y á las amenazas.

El plan se hallaba hábilmente dispuesto: todos los íntimos de Calígula, y especialmente sus favoritos y validos, habían preparado la trama. Una compañía de histriones y pantomimos asiáticos ofrecía aquella noche un nuevo espectáculo á César. Al pasar éste bajo una bóveda, donde daban guardia los pretorianos, dejaba fuera sus germanos. Dos tribunos militares del Pretorio se adelantarían á pedirle la consigna: aquel era el momento.

Los legionarios estaban decididos; el oro de Valerio Asiático los tenía insolentes, y á cada instante se contaban terroríficos augurios, que daban por cierta la muerte del Emperador. En medio de un día sereno y un cielo azul había caído un rayo y derrocado la

estatua de César en Aquilea; la escena se había cubierto de sangre la noche anterior. Era indudable: las Parcas acechaban ya en la puerta del palacio. Quæreas era el alma del movimiento; pero al llegar al otro tribuno, Cornelio Sabino, surgió el obstáculo y el peligro. Desde la noche anterior se luchaba por vencerlo: ¡imposible! El oro y la amistad nada habían conseguido al llegar la hora sexta del 24 de Enero. Juró guardar el secreto de sus conmitones, pero prometió defender á César, en el instante supremo, con su brazo y los de sus fieles soldados.

La angustia entre los conjurados era indescriptible. La mayor parte meditaban ya tan sólo cómo salvar la vida, delatando á sus cómplices, pero la tabla era tan peligrosa como el naufragio. Sólo estaba impávido y sereno el leal Sabino: su conciencia de soldado no veía en César al monstruo, sino al hijo del glorioso Germánico.

Indiferente á todo reposaba en su departamento cuando un primipilar entró á avisarle que una mujer lo buscaba con obstinación. Cuando quiso negarse á recibirla, estaba ya en su presencia.

La cara llevaba envuelta en tupida gasa, y los contornos eran de prodigiosa esbeltez.

— Vengo á venderte una sierva — dijo rudamente la recién llegada, cuando á un signo de Sabino se alejó el soldado.

— Tu viaje es inútil; no te canses en vano.

— La esclava que te ofrezco es hermosa, es rica, es patricia.

— Mujer, tú deliras ó vienes á embaucarme. Pierdes el tiempo, y si no quieres que yo lo pierda también, muestra al menos tu faz, si es digna de tu buen tallo y de tu voz argentina.

— Nunca, mientras no aceptes el trato que te ofrezco. Compra mi esclava: tú la has conocido y la has admirado: hace muchos meses que desapareció de Roma, y se la juzga muerta, pero vive, y á una sola palabra tuya aquí estará.

— En vano quieres despertar mi interés.

— Oye al menos su nombre;— y aproximándose al oído de Sabino, pronunció la desconocida una palabra.

— Malvada — gritó con indignada cólera el tribuno, — voy á arrancarte esa lengua de víbora que ha pretendido manchar el nombre de la más hermosa y más noble de las mujeres romanas.

Y ardiendo en ira, arrancó con enojo la gasa que ocultaba el rostro de la mujer; mas apenas lo hubo visto, retrocedió espantado, é inclinándose con respeto, exclamó atónito:

— ¡Cómo, señora! ¿Eres tú misma? ¿Vienes á burlarte de tu esclavo? ¡Divina Julia! ¿tal venganza quieres tomar de mi adoración silenciosa y sin esperanza?

— Sabino — replicó Julia Antonina, — sostengo mi ofrecimiento. Vengo á venderme á ti.

— Deidad mía — contestó el tribuno, — en Roma no hay oro bastante para pagar una sola de tus mercedes, ni en la guerra hazañas para merecer un solo beso tuyo.



— Hay un precio. Una vida por mi vida.

— ¿La vida de quién? — replicó Sabino apretando entre sus dedos el pomo del puñal.

— La de Cayo Calígula.

.
A la hora séptima estallaba la conjuración. Quæreas dió la señal de herir; pero el puñal de Cornelio Sabino fué el que partió en dos pedazos el corazón del tirano.

La soldadesca se entregó al saqueo en el palacio hasta que la guardia germánica entabló con los amotinados lucha sangrienta.

Roma no quería creer la noticia: el Senado no osaba reunirse: tal idea tenía del Emperador, que imaginaba el rumor una añagaza de Calígula para exterminar luego á cuantos no hubieren dado muestras de dolor inmenso.

Hubo, sin embargo, una persona que alejada del Palatino y de la conspiración tuvo certeza del fin del tirano: un pobre viejo, decrépito y temblón, cuyo semblante tenía inmovilidad aterradora, y en cuya mirada se adivinaba un abismo de dolor.

Al amanecer del día siguiente á la muerte de Calígula, se encontró, cubierto por la escarcha, el cadáver del viejo sobre el montón de césped que cubría las cenizas de su hijo.

NOTA

El propósito de hacer, más bien que una leyenda, un estudio sobre el estado político y moral de Roma en tiempo de Calígula, me ha llevado á posponer muchas veces ante la exactitud histórica el interés de la acción imaginativa que se relata. Circunscrito á trasladar en lo posible el colorido y la verdad de la época, me he atendido fielmente á los testimonios y frases de los escritores clásicos del siglo I y con más predilección á Séneca, que fué contemporáneo de Cayo César, amigo de las víctimas y estuvo expuesto él mismo alguna vez á contarse en el número de aquéllas. Varios de los episodios que á muchos lectores habrán parecido monstruosos ó increíbles, no son por eso menos verídicos: están basados en diferentes anécdotas y ejemplos que el filósofo cordobés citaba según consideraba oportuno, entre los numerosos tratados que escribió sobre materias tan distintas.

Sólo de esta suerte puede adivinarse el carácter de Calígula, quien ha pasado á la posteridad envuelto en la duda de si era un monstruo ó un demente, misterio que hace mucho más dolorosa la pérdida de los libros VII y VIII de los *Anales* de

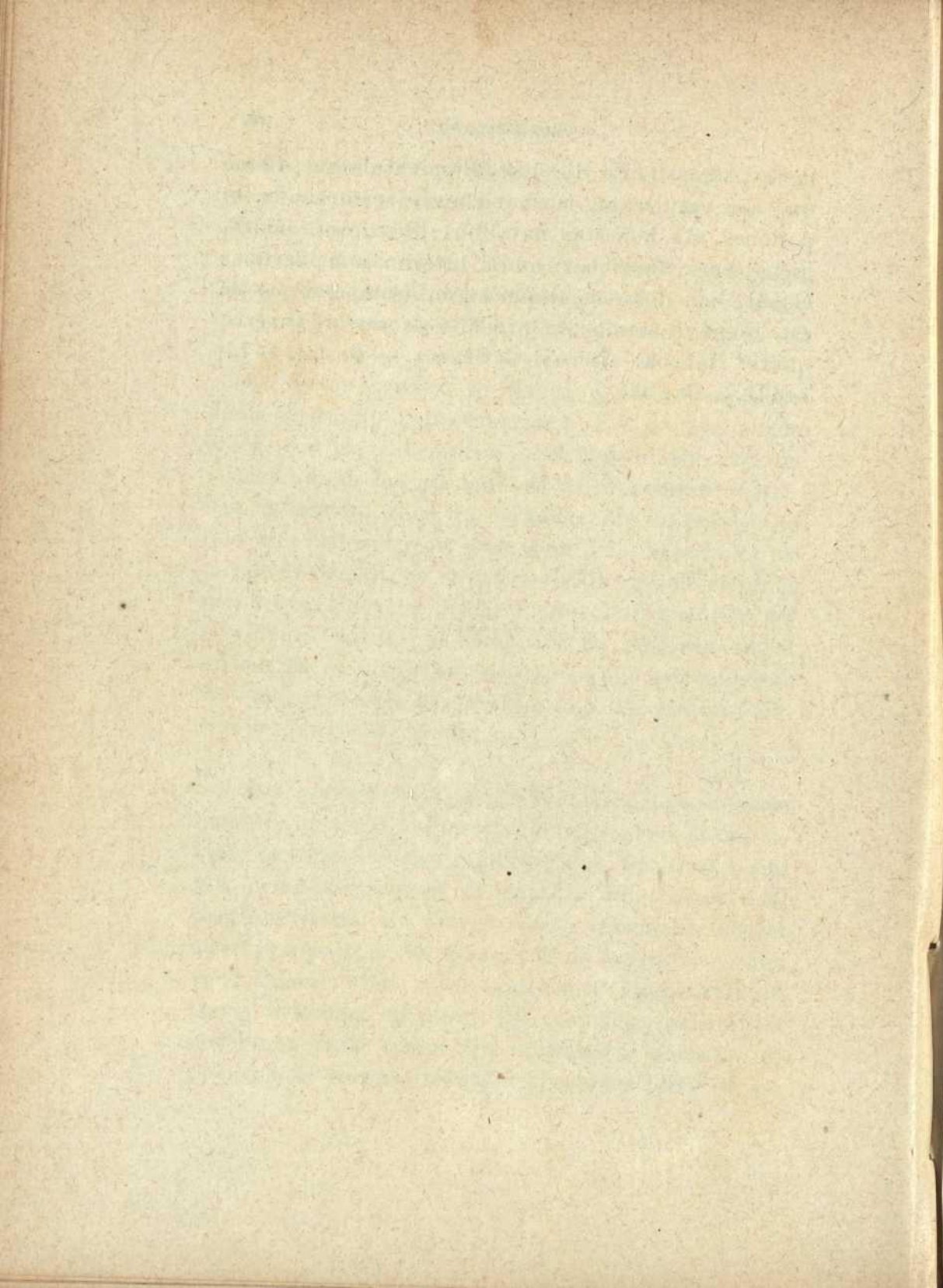
Tácito, aquel incomparable historiador-psicólogo á quien una frase bastaba para retratar eternamente una conciencia.

Si la consideración de no interrumpir la lectura del presente estudio me hubiera permitido poner notas justificantes, éstas habrían ocupado otro tanto que el texto.

El lector erudito lo habrá podido comprobar desde el principio en su memoria, y el profano puede creer, con esta afirmación, que hay mucho más de verdad que de fingida fantasía en el anterior relato. Aun la acción, si no los caracteres de los personajes que no son históricos, está, asimismo, basada en un pasaje de Séneca, en cuya concisión terrible se pinta con breves líneas el drama espantoso é histórico del padre que asistió al banquete de Calígula en el mismo día en que había muerto su hijo por mandato de aquel execrable déspota. He aquí el relato auténtico del inmortal filósofo:

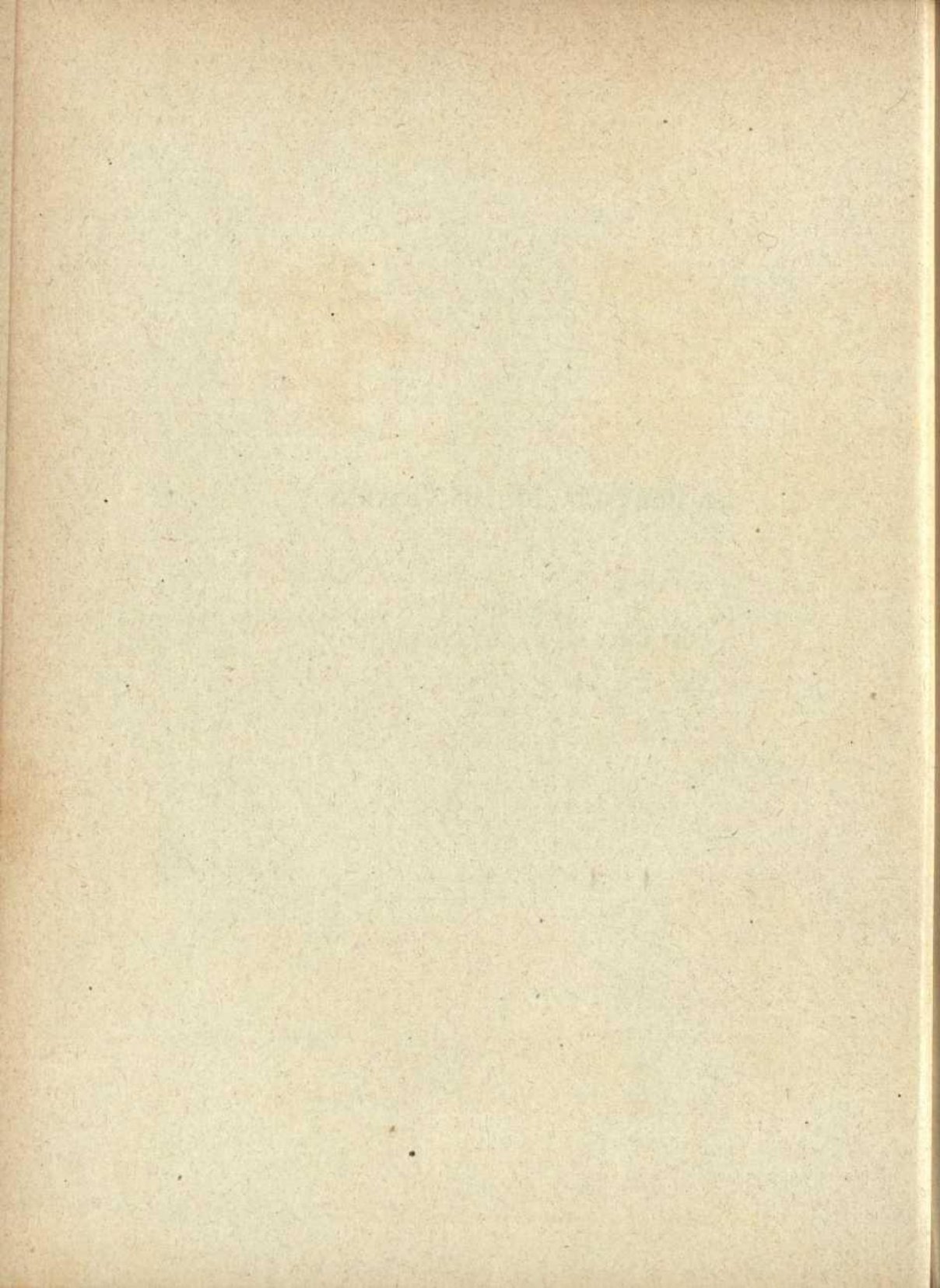
«C. Cæsar Pastoris splendidi equitis romani filium quum in custodia habuisset, munditiis ejus et cultioribus capillis offensus, rogante patre, ut salutem sibi filii concederet, quasi de suplitio admonitus, duçi protinus jussit. Ne tamen omnia inhumane faceret adversum patrem, ad cœnam illum invitavit eo die: venit Pastor, nihil vultu exprobanter. Propinavit illi Cæsar heminam, et posuit illi custodem; perduravit miser non aliter quam filii sanguinem biberet. Unguentum et coronas misit, et observare jussit an su-

meret; sumpsit. Eo die quo filium extulerant, immo quo non extulerant, jacebat conviva centesimus, et potiones vix honestas natalibus liberorum, podragicus senex hauriebat: quum interim non lacrimas emisit, non dolorem aliquo signo erumperet passus est. Cœnavit, tamquam pro filio exorasset. Quærisquæ? Habebat alterum. — SÉNECA. — *De Ira*. — Libro II. — Par 33.



LA DEMENCIA DE LOS CÉSARES

ESBOZO
DE UN DRAMA HISTÓRICO



PRÓLOGO

LA AGONÍA DE TITO

LA ciencia había dicho su última palabra y, como siempre, fué una negación. No se conocía la enfermedad ni se hallaba remedio en lo humano. El emperador se moría devorado por ardiente fiebre. Sus presentimientos no lo habían engañado: la melancolía profunda que le arrancara lágrimas delante del pueblo reunido en el Circo Máximo, le mostraba á todas horas un sepulcro entreabierto. Abandonó á Roma y se hizo conducir en litera á la modesta casita de sus padres en la Falacrina, cerca de Reate, para contemplar por vez postrera el ciprés profético de su huerto, los manes de sus mayores y la diosa protectora de los Flavios.

Una cohorte de veteranos del Pretorio rodeaba la morada para impedir que la muchedumbre poseída de frenético dolor turbara con sus sollozos y sus de-

precaciones á los dioses la agonía del augusto moribundo. Los amigos, los primates, los esclavos ahogaban en silencio sus gemidos. Iba á expirar el amor y la delicia del humano linaje, la esperanza del mundo, el clemente y divino Titó Vespasiano. Aquella figura llena de majestad y de gracia yacía inerte en el lecho donde sucumbió su glorioso padre; sus ojos fulgurantes por la calentura se fijaron extáticos en el cielo azul que por la estrecha puerta del atrio se descubría; hasta él llegaban el aroma embalsamado de los jardines y el alegre canto de los ruiseñores de las selvas vecinas; una expresión de amargura y pena sin consuelo se reflejó en aquel rostro que los poetas comparaban al Zeus de Olimpia.

¡Morir á los cuarenta y dos años, dejando el imperio de la tierra, la riqueza, la dicha, el amor, la gloria, el culto idolátrico de tantos millones de hombres! ¡Bajar al triste reino de Plutón, cuando una palabra magnánima puede hacer felices provincias enteras y el blandir de una espada lograría dilatar los límites del imperio hasta el Indo soñado por Alejandro! ¡Morir cuando la Victoria ha cerrado el templo de Jano y las bellezas y las virtudes tejen al corazón horas de goces que siempre renacen y nunca se extinguen, es ¡oh Dioses inmortales! un suplicio cruel no sufrido en los tormentos del Báratro!

— ¿Qué hice yo en mis días para esta iniquidad de muerte tan prematura? ¡Oh Minerva, patrona de mi casa y de mi sangre; oh diosa santísima que en Pafos me anunciaste los augustos destinos del impe-

rio, detén el odioso trabajo de las Parcas que más que contra mí conspiran contra la paz y la felicidad de Roma!

Había pedido — por si el mandar no le era ya dado — que lo dejaran solo; y sus más íntimos desde las habitaciones inmediatas espiaban con suprema angustia, por el anhelante respirar, el estado del imperial doliente.

Con los tonos ya encendidos ya pálidos del crepúsculo que separa la vida de la muerte, Tito veía desfilar ante los ojos de su espíritu los cuadros más salientes de cuanto hizo y dijo, á modo de examen de conciencia pitagórico ó declaración prestada ante un juzgador con más poder que su omnipotencia augusta.

Una casucha pobre y sombría en el barrio plebeyo de la Granada, cerca del Septizonio, un cubículo sordido y oscuro de que cuidaba hermosísima matrona muy amada de un soldado valiente y decididor: allí había nacido; allí se había deslizado su niñez: aquel legionario de pequeña estatura y vigorosos músculos, siempre pronto al peligro y siempre cáustico y alegre, aquella mujer arrogante y virtuosa, eran sus padres.

La rueda de la Fortuna había dado vueltas sin cesar: tan pronto se veían halagados por la victoria del conmlitón, ora tribuno, ora teniente general, ora edil, tan pronto arruinados y en la miseria, viviendo de vender y comprar caballerías.

La protección de un pariente le había llevado

luego á Palacio, formando en la comitiva del príncipe de la juventud. El hijo de Claudio, el infortunado Británico, había cantado en un banquete el célebre verso de Homero, y el último de los Nerones, recelando en ello una amenaza, hizo que le administraran la ponzoña. ¡Qué cuadro más aterrador! De dos hermanos en la adopción, por igual hermosos y gallardos, llenos de vida y de juventud, á quienes sonreían las Gracias y los Dioses, el uno expirante revolviéndose en las últimas congojas de la muerte, y el otro triunfador y soberbio, dando órdenes al pretoriano conquistador del orbe. Tito había gustado el tósigo y pasado muchos días de serio peligro, viendo en el delirio la lívida faz del príncipe querido.

Escenas plácidas sucedían á la visión horrible. Sus primeros amores; los ojos azules y puros de Aricidia; sus castos besos; el dulce latir de aquel seno ante el altar de las justas nupcias; el eco inefable del primer vagido de la tierna Julia, la hija de su alma.

Y luego guerras y luchas con los bárbaros, ya cerca del Rin, ya en el país de los caledonios donde la noche dura todo el invierno.

Sus viajes á Grecia, su viudez prematura, un largo período de orgía y libertinaje y la vuelta á la pobreza.

De repente, los judíos se rebelan y se entregan á las más sangrientas crueldades; hace falta un general de empuje cuyo nombre oscuro no sea sospechoso á Nerón: Vespasiano obtiene el mando de las legiones de Siria, y Tito marcha á sus órdenes corriendo de victoria en victoria.

Luego llegan noticias increíbles de Roma: las legiones de las Galias se han sublevado con Vándice. Vándice ha sido derrotado y muerto. Las legiones de España se han sublevado por Galba; las de Germania han dado la púrpura á Vitelio. Ya el emperador no se hace en Roma y el oráculo de Pafos le dice al oído que el dueño del mundo saldrá de Oriente. En el Monte Carmelo ha profetizado el sacerdote de aquel altar sin Dios que el imperio será de los Flavios.

Galba lo llama para adoptarlo: ya es César: fálta-le llegar á Roma. Pero apenas desembarca en Corinto, todo ha cambiado; los sicarios de Otón habían hecho, junto á la piedra miliaria, rodar la cabeza venerable y sagrada del viejo Galba. Otón y Vitelio se hacen guerra sin cuartel y marchan á encontrarse sus ejércitos en el norte de Italia. Ha sonado la hora decisiva para las legiones de Oriente.

Mucio, el heroico Mucio, no quiere el imperio para sí, y por amor á Tito ofrece su ejército de Antioquía al plebeyo veterano. Una corte de reyes acude á Cesárea con miles y miles de auxiliares, á jurar fidelidad al vencedor de Judea. El viejo se resiste, duda, teme romper la disciplina, pero un día los soldados lo proclaman Augusto. La suerte está echada y ya no cabe sino morir ó imperar.

Entre los príncipes del Asia se destaca como la estrella de la mañana la reina de Cilicia: la encantadora Berenice, la de los ojos de sol y el alma de fuego, majestuosa en su juventud y hermosura que oscurece la memoria de Cleopatra. Una sola mirada

fundió sus corazones en delirante amor, y el solio de los Césares parecióle á Tito corto tributo para compartirlo con la divina judía.

Y más guerras y más triunfos: el universo prostrado al fin ante Vespasiano, mientras él, su hijo, acaudillaba las legiones delante de Jerusalén. Había que exterminar en su guarida los restos de aquella raza incorregible y maldita.

¡Qué cuadros de horror! Las minas y las máquinas funcionan sin tregua; tomado un recinto, es preciso ruda batalla para adelantar un paso: quinientos prisioneros expiran en la cruz cada día á las puertas de la ciudad santa; millares de infelices mueren de hambre; los brazos se cansan de matar; los palacios y las fortalezas caen con estrépito entre ruinas; en el templo al fragor del trueno clama una voz sobrehumana el grito fatídico de «los dioses se van;» el incendio devora la maravilla de Salomón; y entre las llamas y los escombros humeantes y los raudales de sangre entra sobre su caballo triunfante hasta Sion, la montaña sagrada, y de una raza y un pueblo que sucumbe para siempre, queda como epitafio una moneda de oro con la imagen del vencedor, y debajo de la palmera la terrible leyenda «Judea cautiva».

Los dioses de los hijos de la Loba triunfaban, y él, Tito, había sido su vengador.

¡Cuántos afanes luego, cuántas vigiliass y qué labor tan ruda para ayudar á su padre á asentar sobre sólidas bases el sumo poder! ¡Qué esfuerzos de inteligencia y de voluntad para el equilibrio entre el rigor

y la clemencia, entre la democracia y la tiranía en aquel pueblo inquieto y soberbio, tan inepto para la libertad como para la obediencia, para aquellos ejércitos ebrios con la sangre y el oro de las guerras civiles, para aquel Senado tan pronto á las adulaciones más viles como á las rebeliones más traidoras! ¡Qué tacto le había sido preciso desplegar para evitar ante los refinados patricios el ridículo en torno de aquel su padre que disputaba á los ministros el precio de los sobornos y que con su burda toga y sus marrullerías rústicas se burlaba de los héroes y de los dioses, y de la sabiduría y de la elegancia patricia!

Un día el viejo se sintió también tocado por la inflexible guadaña, y poniendo los ojos en su hijo, exclamó sonriente: «Paréceme que me convierto en dios», y arrojándose del lecho pronunció aquellas sus últimas palabras: «El Emperador debe morir de pie.»

Y las lágrimas vertidas sobre su cadáver se secaron pronto con las fiestas de la jura y de la proclamación; y la pena honda de su pecho se ahogó con las preocupaciones y los azares del poder. Al fin era el amo del mundo; el humilde niño del Septizonio, el hijo del chalán, era el sucesor del divino Julio, de Augusto, de Germánico, de los terribles Claudios, de los Neronés, de los Sulpicios, de cuanto Roma tenía de más grande y glorioso en sus anales.

Pero no, para él la soberanía omnipotente no había sido el placer ni el goce, sino el cuidado, el desvelo, el sacrificio de sus pasiones más fogosas. A

Berenice, encanto de sus ojos, la había desterrado á Oriente en holocausto á la santa castidad de las matronas; las puertas de palacio quedaron inaccesibles á los alegres camaradas de orgía; sus costumbres podían servir de espejo á los austeros republicanos de los tiempos de Catón y Marco Bruto; no se ejerció una venganza política y la piedad y la clemencia fueron los dioses tutelares de un imperio de dos años.

Y ahora, en la plenitud de la vida, pasadas las tempestades de la juventud y lejana la decadencia de la vejez, vencidos todos los conflictos y abiertos los horizontes del poderío, de la felicidad y de la grandeza, veía extinguirse por momentos el fuego sagrado que con su existencia alentaba el alma del imperio. En vano ahondaba en sus recuerdos para encontrar una culpa, cuando de repente sintió en el pecho como la picadura de un gusano roedor, y aquella dolorosa punzada puso ante su vista un terrible cuadro.

El banquete era suntuoso: las palabras y juramentos de amistad se habían cruzado entre los leales al chocar de las copas; había hervido la sangre al fermentar en las venas el vino del primer Consulado de Cayo; se despidieron con estrechos abrazos y el ósculo de la más ferviente amistad; pero en la puerta el general inflexible, terror del germano, caía muerto, herido á traición; la espada de Tito fué la que atravesó su pecho, y los sicarios emboscados remataron el odioso sacrificio.

Y como si la realidad obedeciera á un conjuro fatídico, se destacó, ante los ojos del moribundo, un

fantasma fosforescente, un espectro luminoso, que en sus contornos vagos reproducía la figura de aquel gran capitán de los Flavios, Alieno Cécina, el héroe de los campos de Bedriaco, asesinado al salir del convite del príncipe, por sospechas no fundadas de conspiración contra el Imperio.

El espíritu del muerto ilustre, que en nimbo de luz extraña tenía la apariencia mortal del valiente soldado, fijaba los ojos en el emperador con inmensa piedad y compasiva ternura.

—Tú eres —exclamó Tito, sintiendo erizársele los cabellos,—tú eres mi único crimen; vienes á complacerte en mi desgracia; ¿es cierto, pues, que los dioses, indiferentes á las cosas de la tierra, son implacables en el castigo y en la expiación? Aquí me tienes, pues: vengate, que del amo y señor del mundo sólo queda un cuerpo dolorido que pronto trocará en cenizas la fúnebre hoguera. Mi muerte es cierta. En la víspera de Filipos, también vió Marco Bruto la sombra del divino Julio.

—Sí —dijo con voz tenue, en nada semejante á la humana, el lúgubre aparecido; — soy tu víctima. Sin razón sospechaste de mi lealtad y traidoramente me arrancaste al amor de los míos; pero del lado de acá de la tumba se extinguen los odios y se apaga toda sed de venganza. Eres ya de los nuestros; has pisado el dintel de la eternidad y vengo á verter el bálsamo del consuelo sobre la desesperación de tu espíritu. No tienes que pedirme perdón; perdonado estás; que en este mundo de las almas en que vivi-

mos, son tan chicas las pasiones y luchas terrenales, como para vosotros aparecen las rudas batallas en los hormigueros y en los enjambres. ¡Ah, pobre hijo de Vespasiano, los dioses son clementes contigo al llamarte entre los inmortales en el esplendor de tu gloria, en el apogeo de tu grandeza, en el encanto de los grandes amores!

— En vano — gritó el agonizante — quiere la miel de tus palabras endulzar las hieles de mi amargura. Me queda mucho que hacer, me necesita Roma, el pueblo sería feliz con mi mando: las legiones tendrían muchos triunfos, el Senado renacería con la virtud que yo le infundiera, los manes de los Flavios competirían con los santos recuerdos de los fundadores de la Ciudad; ¡vida, dame la vida, para bien del género humano que me adora!

— ¡Infeliz! — contestó con tristeza y majestad la sombra; — eres dichoso con la muerte, pues no has tenido tiempo de que se infiltre en tu pecho y en tu cabeza la enfermedad de los Césares: la demencia, que deshonró á Tiberio, á Cayo, á Claudio, á Nerón, y que será la lepra que pudra á tantos otros príncipes que te sucedan. Tú no sabes que ni el genio ni la virtud ni el heroísmo resisten á ese filtro envenenado que con la fiebre de la omnipotencia quema la sangre del tirano, consume su cerebro y hace temblar sus nervios por el terror, con más violencia que el de los mineros de cinabrio.

— Mientes — contestó el Augusto; — yo he resistido á todas las codicias, á todas las concupiscencias

del supremo mando. Mi padre supo acallarlas é imperó como no pudieran hacerlo los Gracos y los Escipiones.

— Tu padre ciñó el laurel sagrado siendo ya viejo y no había nacido en la púrpura. Los que heredáis el imperio, todos empezáis bien. Nerón derramó lágrimas al firmar la primera sentencia de muerte y exclamó, con voz que le nacía del alma: ¡Ojalá no supiera escribir!; Claudio restituyó el dinero de las confiscaciones, suprimió impuestos y fué juez incorruptible; Calígula prohibió las acusaciones de lesa majestad, llamó á los desterrados y proclamó la libertad del libro; Tiberio, en sus años primeros, emuló las glorias de Julio y de Octavio; después vino para todos ellos la fiera enfermedad de los emperadores, la demencia de los Césares. Vuestro poder tiene una pendiente resbaladiza con un abismo al fin. Primero el recelo y la sospecha, después la crueldad por razón de Estado, más tarde los furores del miedo y al fin el delirio espantoso que convierte al hombre en una fiera que sólo acaba bajo el puñal del asesino y con los despojos mortales arrastrados hasta las inmundicias de la ciudad. Hoy tu nombre pasará á las edades unido á las lágrimas de tu pueblo y como culto de veneración eterna para los siglos. Si vivieras más años...

— ¡Oh si viviera! ¡viva yo, aunque sólo sea por convencerte de la fuerza de mi voluntad para el bien y de la firmeza de mi virtud para la dicha del mundo!

— Ciego, tú solo hasta aquí has visto con los ojos

de la carne. Los dioses inmortales son benéficos contigo. Te dejan elegir; pero antes has de ver en lo futuro. Tu hermano va á heredarte. Ya el Pretorio se dispone á prestarle el juramento. La plebe se alborozaba ante la idea de espléndido donativo. Domiciano, como tú, es joven, mucho más joven que tú; como tú, ha peleado en los campamentos, domina las ciencias y las letras; como tú ha sufrido los rigores de la suerte y tiene hermosura, majestad, vigor, fe en los altos destinos de los Flavios... Mira allá en los horizontes de lo porvenir cómo reina y manda, mira su cruel existencia y sus desastradas postrimerías. Así serías tú: contéplalo; después pide vivir.

Y de repente, entre los estremecimientos de la fiebre, cayó Tito en un sopor profundo; su respiración se hizo ligera, un color sonrosado se extendió en sus mejillas; los ojos se le llenaron de una luz sobrenatural que penetraba hasta lo hondo de su alma; y parecióle que se derrumbaban los muros de la casa paterna y se precipitaban los años y los sucesos, dominando él el tiempo y el espacio y leyendo en los días futuros.

Y vió.

PRIMERA JORNADA

LA EDAD DE ORO

(AÑOS 81 AL 86.—ERA CRISTIANA)

I

UNA SESIÓN DEL SENADO

(Día de las Kalendas de Mayo del 85.)

Los heraldos habían dado su pregón varios días antes por la ciudad y algunas poblaciones lejanas: *Que los senadores y los que tengan derecho de emitir voto en el Senado acudan al templo de Marte Vengador.*

Habiendo terminado las guerras, era evidente que se convocaba para deliberar sobre un triunfo. El templo, de forma circular, que había edificado Augusto á la derecha de la escalinata del Capitolio, se hallaba desde mediodía lleno de lo más ilustre del patriciado romano.

Desnudo de adornos, recordaba el edificio los primeros tiempos de la sencillez romana.. Sólo las águi-

las de Craso, devueltas por el rey de los Parthos, se ostentaban orgullosas ante el altar del dios.

Modestos bancos de madera se extendían en forma elíptica ante el estrado, en el que se alzaban tres sillas curules: dos para los cónsules, la de en medio para el Emperador. Los *actuarios*, esclavos públicos, preparaban sobre el papiro encerado sus estiletes para tomar nota abreviada de los discursos, aunque la mayor parte de éstos iban á sus manos escritos por los oradores antes de dichos, ó eran redactados de nuevo después de pronunciados.

Se conversaba enorros, se discutía con algazara; sólo andaban algo retraídos y silenciosos los que habían de hablar.

Un confuso rumor de aclamaciones y de cantos patrióticos que partía del bosque del Asilo, hizo entender la proximidad del príncipe. Tomaron asiento los padres conscriptos para hacer la reverencia de levantarse cuando Domiciano entró.

El Augusto iba modestísimamente vestido. Sin arreos militares ni más insignia que el laurel sagrado, parecía la imagen de un republicano de tiempo de Catón el Viejo. Quemó incienso ante el ara del dios, é hizo las libaciones de ritual. Después fué saludando uno á uno á los quinientos senadores allí reunidos. Tras la prolija ceremonia tomó la palabra Mecio Rufo, y usando de ella desde su asiento, se dirigió al emperador en estos términos:

— Flavio Augusto: has vencido á los Dacios y has vengado á las legiones de Opio Sabino en las ri-

beras del Danubio. Has llevado las águilas hasta el país de los Scotos. Tu victoria sobre los Catos te ha merecido el nombre de Germánico. El rey de los Senones viene tributario, y la virgen profetisa Ganna canta en su lengua bárbara tu gloria y la de los dioses. Has hecho que en los altares Flavios rindan culto los Sármatas á la diosa Roma. ¡Hijo inmortal de Vespasiano, el Senado vota el triunfo para ti!; el Senado te declara Padre de la Patria y por aclamación acuerda que siempre que vengas á presidirnos uses el traje triunfal y te acompañen veinticuatro lictores.

El Emperador se llevó la mano á los ojos varias veces, y con voz conmovida replicó:

—Padres conscriptos: quieran los dioses conservar para siempre unidas nuestras voluntades para bien de Roma y del Universo. Los honores que me tributáis no los he ganado sino por el esfuerzo de las legiones y la providencia altísima de las deidades. Queréis agobiarme de gloria, pero yo tengo que distribuirla entre los generales de la República. En la Bretaña, quien hizo retroceder á los bárbaros hasta sus brumosos montes fué Agrícola. En la Mesia ha domeñado al Decébalos nuestro bravo Calpurnio, y en la alta Germania quien contuvo á aquellas tribus feroces fué Ulpio Trajano. A todos ellos vayan vuestros elogios y nuestra gratitud. Yo he combatido no más que como un soldado. En los campamentos sólo soy el primero para el puesto de peligro, como en la ciudad el primero en el cumplimiento de las leyes y en mi respeto al Senado.

(Aplausos ruidosos estallan de todas partes. Muchos elevan las manos al cielo con muestras de asombro y admiración. Las aclamaciones son universales.)

Dominando con voz de trueno aquel estrépito, el orador Mecio vuelve á hablar:

— Tu modestia y tu virtud realzan la grandeza de tus hechos. Si eres el primer cumplidor de la ley, has de acatar nuestros acuerdos; acepta el triunfo que has conquistado tres veces y dignate admitir la erección de una estatua á tu nombre y á tu memoria, que perpetúe por siglos y siglos la imagen del más grande de los emperadores de la República romana.

El Augusto extiende las manos hacia los Padres en ademán de súplica para que no voten.

Los senadores, con muestras de afectada indignación, dan voces para imponerle el lisonjero mandato. Domiciano exclama entonces:

— Haced lo que os plazca, pues todo es lícito á vuestra majestad. Yo me limito á ofrecer un ramo de laurel á Júpiter Capitolino y á constituirme en espada y en escudo de la seguridad y de la libertad de vuestras personas sagradas.

Nuevos vítores. Aplausos más frenéticos. Todo se acuerda por aclamación. El Senado entra luego á debatir un asunto secundario sobre reclamaciones de unos mercaderes ambulantes á quienes se les arroja de la vía pública, y un orador que lleva dos sesiones para evitar que se tome acuerdo, consume las horas que restan hasta que uno de los tribunos anuncia

que está el sol para ponerse, momento en que debe terminar la sesión.

El Emperador había salido ya en cuanto se entró en el debate ordinario: el pueblo sembró de flores su camino é iba cantando en torno esta especie de torpe letanía, que más tarde sirvió de pauta al Senado para saludar á los más odiosos tiranos:

«¡Domiciano Augusto, los dioses te protejan!

»¡Domiciano Flavio, los dioses te protejan! Permítenos que te llamemos vencedor del germano, del dacio y del sármata.

»¡Domiciano Germánico, los dioses te protejan! En tus manos está nuestra salvación, nuestra vida, nuestra felicidad.

»¡En ti, Domiciano divino, en ti y por ti lo tenemos todo!»



II

FRAGMENTOS DE LAS ACTAS DIURNAS

CÓNSULES:

FLAVIO DOMICIANO Y VIVIENO CRISPO

Nonas de Mayo (año 85).

EL Senado y el pueblo acudieron hoy al Capitolio para celebrar las glorias alcanzadas por el emperador en los campos de batalla.

Se ha hecho la dedicación del Foro Vespasiano edificado por César Augusto Domiciano, á la memoria de su padre inmortal. La Basílica es soberbia y resucita el estilo sobrio y majestuoso de los tiempos de Cátulo.

Roma debía ya á nuestro augusto príncipe un estadio, una naumaquia, el nuevo Palacio del Senado, los templos de la Paz, de la Fortuna Flavia y la maravillosa restauración del Capitolio donde se rinde culto á Júpiter. Ahora viene á unirse á fábricas tan suntuosas el soberbio Foro que sirve de prolongación al de Saturno y que constituirá desde hoy el centro

preferido de los caballeros y del pueblo. Con razón la voz pública ha añadido á los gloriosos prenombrados de César, el de Arquitecto Magnífico.

El coro de vírgenes y de niños, en medio del pueblo vestido de blanco y coronado de laurel, ha cantado en las puertas del templo esta hermosa plegaria:

«Júpiter, que reinas en el Capitolio; y tú, Marte, dios de las batallas, padre y sustentador del pueblo romano; Vesta, que custodias los fuegos perpetuos, y vosotros, cuantos dioses imperáis sobre los mortales y á quienes debemos la majestuosa grandeza del imperio romano, en las inmensas tierras del orbe, defended, guardad y asistid con vuestra protección á la República, y haced que nuestro Emperador reine mucho tiempo sobre el mundo para que favorezca á los piadosos y oprima á los impíos.»

Día VIII de las Kalendas de Junio.

El Emperador ha suprimido las espórtulas públicas, que convertían en mendicantes una porción numerosa de ciudadanos, y ha restablecido la costumbre de las cenas decorosas que paga del Erario y del Fisco.

Por un nuevo edicto ha impuesto graves penas á los que mutilen á los niños para dedicarlos á viles oficios, propios del corrompido Oriente.

También ha instituído, en honor de Júpiter Capi-

tolino, un certamen quinquenal de música, de poesía, de gimnasia y de prosa griega y latina.

Ha regalado al pueblo trescientos sextercios por cabeza ¹.

Llegaron de Alejandría dos millares de libros que contienen las copias, hechas por orden del Emperador, de las obras más insignes de la antigüedad.

César, no sólo enriquece la ciudad con templos y palacios, sino que eleva las almas privilegiadas con los grandes modelos del arte y del saber.

¹ Unos 240 reales:



III

EN LA TABERNA VINARIA DE PRÓCULO

ENTRE GLADIADORES

VARIAS tablas formando cuadrado cierran el recinto puesto al aire libre. Lo más inmundo de la sociedad romana se halla agrupado formando corro y bebiendo. Destácanse en el primer lugar algunos gladiadores que han vencido aquel día en el anfiteatro Flavio (Coloseo). Unos cuantos que acaban de llegar de Capua y que deben combatir al día siguiente, escuchan con entusiasmo las jactancias y relatos de los de Rávena, ya viejos en la ciudad.

Habla Prisco, uno de los héroes del día.

— Vaya al infierno hoy el vino de Veyes. Ahora sólo debe beberse el Massica de lo caro. Bien lo hemos

ganado. Ni ¿qué menos lo hemos de gastar cuando Mamurra, el más bravo de los reciarios de Campania, viene á hacer libaciones con nosotros?

Mamurra. — Se agradece el agasajo, y yo correspondo como debo para celebrar la jornada de esta tarde, de la que algo me han dicho; mas prefiero oírla contar por vuestros propios labios.

Prisco. — No es la vez primera esta en que el pueblo, harto de ver el desmayo con que unos combaten y el mal garbo con que los otros se hieren, haya pedido que yo y Vero salgamos á la arena. Ninguno de los dos estábamos en los anuncios, y la mañana se había pasado en una lucha de mujeres que, aunque bravas, gritan al caer, se descomponen y dan asco. Luego vino una mojiganga en que pelearon dos docenas de pigmeos, y por más que murieron muchos, dieron que reír. No sabían batallar ni caer airoosamente. Se había amontonado en el espoliario más de cien luchadores, formando montón de carne muerta sin que se hubiera visto nada bueno. Tuvimos el espectáculo de un combate entre dos flotas, y más de quinientos cautivos ó condenados á muerte hicieron lo que pudieron. Pocos lograron salvarse y recibir la licencia. Pero la gente aficionada, la que entiende el verdadero mérito, rompió á pedir con estruendo un juego personal entre el buen Vero y yo. Por allí andábamos. Pagaron bien al lanista, nuestro maestro de gladiadores. El Emperador, que accede á todo lo que pide el pueblo, dió la orden y salimos. Yo no he de decir lo que hice. Las mismas vírgenes Vestales daban gri-

tos de contento y de triunfo al ver lo que sabe hacer un hombre cuando tiene corazón y brazo y domina el arte. Que hable Vero.

Vero relata los incidentes de la lucha. Había sido igual, terrible. Quedaron rotas las espadas. Ninguno de los rivales quiso alzar el dedo declarándose vencido. Los hicieron descansar varias veces, dándoles bebidas confortantes. La pelea no terminaba. El pueblo en masa se puso en pie, pidiendo á César que mandara separar á aquellos dos valientes. El César; de repente, mandó á ambos el libelo de libertad y la palma de la victoria. Cien mil personas reunidas en el inmenso anfiteatro prorrumpieron en aclamaciones de aplauso á la piedad y sabiduría de Domiciano.

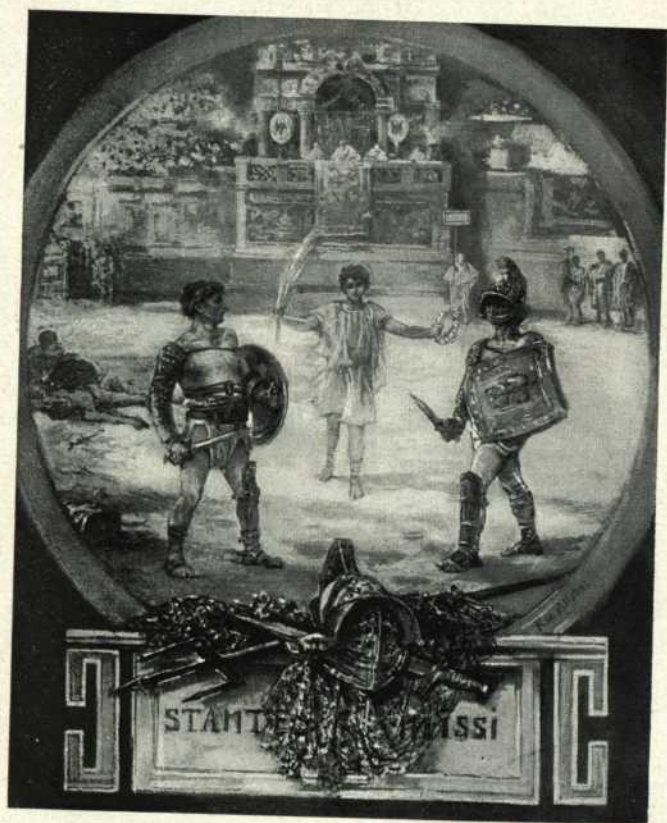
— ¡Que los dioses protejan al gran Emperador! — exclama uno, — al sumo, al óptimo dios latino. Él es el padre de los gladiadores, es la deidad de los valientes. Nunca hubo en Roma las fiestas de ahora. Él, por satisfacer al pueblo, le da toda clase de espectáculos; mas para que se vea su divina sabiduría, sólo goza con los que saben matar ó morir gallardamente. Como nosotros, desprecia á los criminales y á los cautivos. Esos no se pueden poner á nuestro lado. A lo mejor, como el caudillo de los Sármatas, esotro día, se cruzan de brazos y se dejan despedazar sin cumplir con su obligación. La muerte sin defensa es una cobardía y una estafa á los romanos.

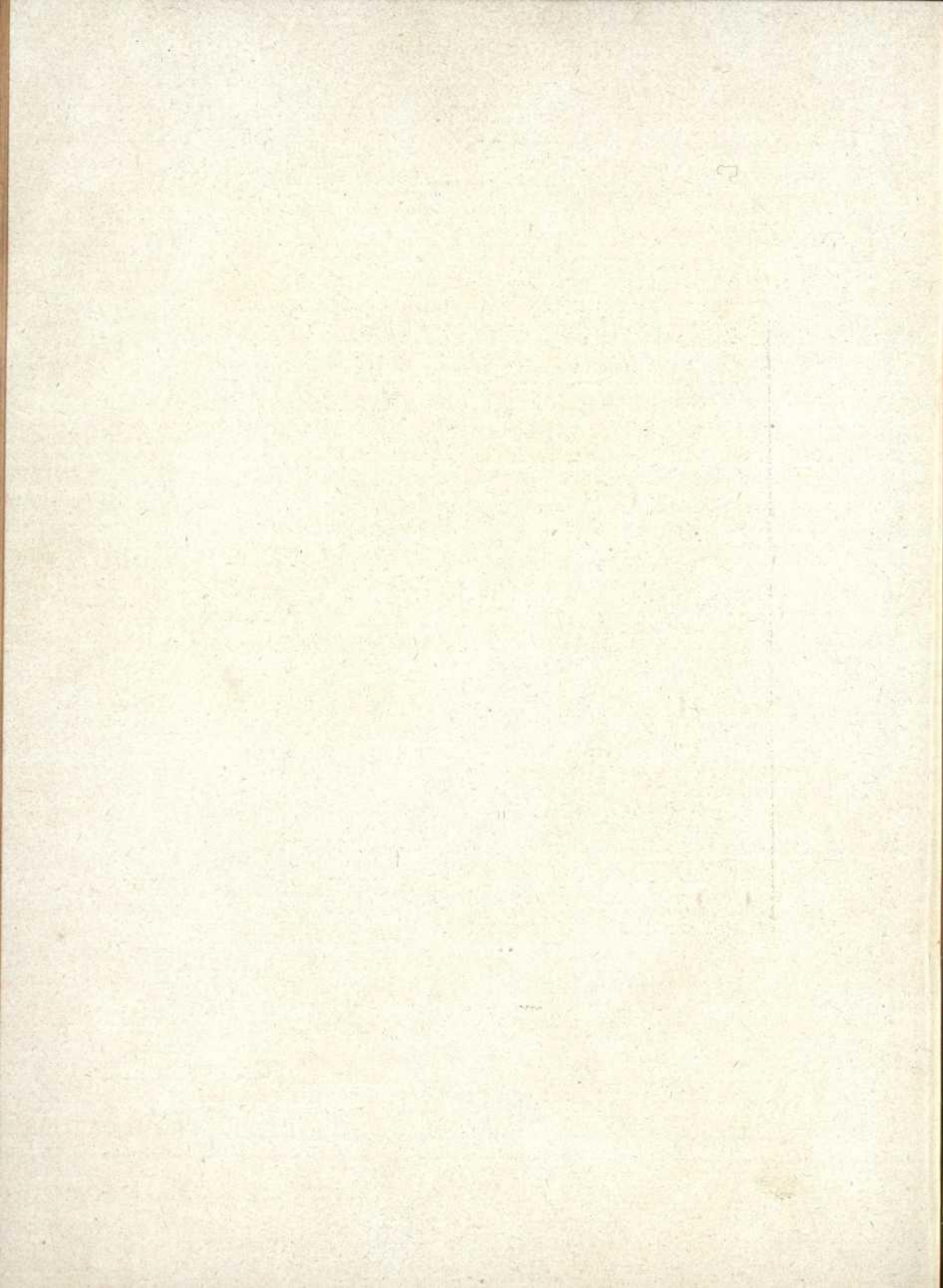
Habla otro. — ¡Bah, tú no eres más que uno de los

pobretes que salen al circo con red y tridente en busca de tu pescado! Lo gallardo del oficio nos alcanza á los que manejamos la espada y el escudo, á los de la escuela de César. ¡Qué hermoso es presentarse con el casco azul de alas y cimera rojas, con botinas de hierro y los brazos cubiertos de vivo color, dejando sólo al desnudo el pecho robusto para recibir el golpe del hierro contrario! Un pueblo entero te contempla. Los senadores te admiran, los caballeros te envidian. Las mujeres más hermosas y más nobles te devorarán con los ojos, que parecen luceros en noche sin luna. Eso es lo más grande que hay en el mundo. Con el tiempo, hasta la gente más alta de Roma vendrá á la arena, si quiere la verdadera gloria. Después de todo, las distancias se van acortando, y de la esclavitud al orden ecuestre, no hay más que un salto.

— ¡Viles esclavos! — exclamó un caballero, que por ciertos amoríos y loca afición se había contratado entre aquella ruin gente. — No toquéis á las clases honradas y ciudadanas. Yo soy un hombre libre y puedo bajar á la arena. Vosotros no podréis jamás subir á la toga.

— Paga una ronda de copas por tu insolencia, mancebo — replicó un gladiador de Capua, — y defiéndete mañana con la espada y el escudo, usando mejor maña de la que tienen tus palabras. Por Cloé la milesia has tirado tu anillo de caballero; yo prometo heredarte el anillo y la corte sana.





— No tienes que esperar á la aurora. Ahora mismo podemos dirimir el litigio. Si quieres á puño, si quieres con el hierro — gritó el quírite degenerado.

— ¡Imbécil! — dijo el de Capua. — Plutón ya te tira de los pies; pero no he de ayudarle sino delante de César, que es quien me paga. Aprovecha las horas que te quedan hasta que los garfios te arrastren por el circo y te saquen por la puerta de los muertos.

— ¡Paz, amigos! — gritó Vero. — El de Capua tiene razón. El gladiador es hijo predilecto de Venus y de Marte. Mantiene en los pechos romanos el ansia de las batallas y el espíritu de la victoria. Los acostumbra á no estremecerse ante la sangre derramada y las carnes palpitantes del enemigo que agoniza, y los enseña á sucumbir, cuando la muerte es inevitable, con arte y majestad sublime. ¡Cuántas veces decidió una campaña contra los bárbaros el ímpetu de nuestros compañeros! El desprecio hacia nosotros está en las leyes; pero el amor del pueblo sale por encima de todos los mandatos escritos; como que Némesis está en poderío por encima de Temis. Más que una magistratura de la República valen el corazón y el seno perfumado de una hermosa patricia; y ¡cuántas veces han caído ciegas de amor en nuestros nervudos brazos, salpicados aún de la sangre caliente del vencido! Por las Furias, os juro que el mundo es de los valientes, y habrá algún César que llegue á imitarnos hasta que algún Espar-

taco de los nuestros llegue al imperio y pueda ser Augusto ¹.

(Los maestros y amos de la chusma disuelven á latigazos la reunión y se llevan á los que disputan á sus cubículos.)

¹ Comodo, en el siglo II, luchó con los gladiadores. Caracalla peleó como gladiador en el circo, y su sucesor, Macrino, había sido gladiador antes de llegar al imperio.



IV

CARTAS FAMILIARES

PRIMERA

MARCO CALIDIO BLESO, CABALLERO, Á FULVIO CELSIOR, CONSULAR

S. P. D.

SI estás bueno lo celebro; yo también lo estoy. ¿Nada podrá arrancarte de tus soledades de Padua y de tu aislamiento filosófico, donde pareces más prisionero que discípulo de las doctrinas de Zenón? No logró volverte á la vida pública la honrada administración del buen Vespasiano ni los dos felices años del malogrado Tito: y cuantas gratas noticias te doy del nuevo príncipe, sólo obtienen de ti la fatídica

respuesta de que tras Tiberio vino Calígula y en pos de éste Claudio y más tarde Nerón; por manera que tuvimos la crueldad por cálculo, la tiranía por demencia, la imbecilidad feroz y por último el crimen encarnado en un histrión infame. Auguras que muerta la libertad y sojuzgada la República al mando de uno solo, renacerán los monstruos más insensatos como las cabezas de la hidra. ¡Cuánto te engañas!

Domiciano aventaja á su padre en inteligencia y á su hermano en la suavidad y grandeza del gobierno.

Bondadoso y severo, nada niega á Roma, todo á sus propios goces; parco en la mesa; justo en su tribunal; elocuente en el Senado; es heroico en los campamentos y de un desinterés y de una modestia que pasman.

Tiene horror á la sangre, hasta el punto de haber prohibido inmolar bueyes en los sacrificios. Ha perdonado á los deudores al Erario, en todo un quinquenio. Ha devuelto á los proscriptos los campos que les fueron confiscados. Aborrece y persigue á los delatores.

Los dioses han sido propicios al Universo concediéndonos tal sucesor de los Césares y de los Flavios.

Hállase ahora en el lleno de la vida, y hasta su exterior hermoso y agradable revela la superioridad de su espíritu.

Es mucho más alto que su hermano; los ojos son grandes y expresivos, aunque algo tiernos, y un color encendido cubre su rostro con cierto tinte de encantador decoro.

No quiso jamás herencias que la adulación cortesana le facilitaba. Le son desconocidas las orgías, y aunque de pasiones amorosas muy vehementes, es inexorable en el castigo de todo atentado á las buenas costumbres.

La prevaricación y las concusiones han concluído y jamás se vieron las provincias y la ciudad mejor administradas.

Pero sobre todos sus actos de ejemplar justicia está el castigo de las vestales incestuosas.

Cierta laxitud por parte de los censores y pontífices había hecho que en el templo sagrado de nuestras vírgenes se introdujera una corrupción escandalosa. Los dioses, justamente ofendidos, habían castigado con implacable rigor tan culpable abandono, tan nefandos crímenes en la pureza del rito.

Terremotos, borrascas en el mar con tantos naufragios, pestes asoladoras en toda Italia y la erupción del Vesubio que sepultó varias ciudades de la Campania.

Hoy el fuego sagrado de Troya eleva más alta é inmaculada su llama hasta el cielo: la diosa puede sentir orgullo al ver que el honor sin mancilla es la ley suprema de sus sacerdotisas.

Las dos hermanas Ocellata y Varonilla, convencidas de impureza, han pagado su culpa con la vida, permitiéndolas el Emperador elegir el género de muerte. Pero la gran vestal Cornelia, de quien tanto se había hablado en otro tiempo, ha sido enterrada viva, y sus cómplices azotados con las varas, hasta el morir, en el Comicio.

Roma ha asistido al entierro con santo terror, y yo jamás podré apartar de mis recuerdos la escena de tan tremenda justicia.

El Pontífice máximo había despojado á la infortunada culpable de sus vestiduras sacerdotales, reemplazando con ornamentos mortuorios los emblemas de la pureza virginal. Fué conducida en una litera, reservada para esas horribles ceremonias.

El fúnebre cortejo paseó por toda la población en medio de un religioso silencio.

El Comicio, el Tesoro público, los Templos, las Basílicas, las tabernas, todo estaba cerrado. Llegó la procesión al *campo maldito*; allí estaba ya abierta una hondísima fosa, donde para bajar se había puesto una escala.

La infeliz Cornelia, con una majestad que aterró á todos, fué por su pie hasta el sepulcro. El aire movió el gran velo que la envolvía, como un sudario, y se destacó su hermosísimo rostro, que parecía ya una azucena de la muerte; rechazó la mano del verdugo, que quiso ayudarla á descender, y exclamó por último: «Decid al Emperador que muero inocente.»

Unas paletadas de tierra cubrieron después el suelo, y algunas oraciones misteriosas del Pontífice máximo se elevaron hasta las alturas en honor de la virtud romana.

— Espantoso fué el suplicio, pero sólo de esta suerte puede contenerse en Roma la relajación de costumbres y robustecer en los ánimos el temor religioso á los dioses. — *Vale.*

CARTA SEGUNDA

MARCO CALIDIO BLESO, CABALLERO, Á FULVIO CELSIOR, CONSULAR

S. P. D.

Si estás bueno lo celebro; yo también lo estoy. Sucesos de mucha importancia van á conmover tu ánimo y á persuadirte, como te he dicho, de que la República ha encontrado un censor tan puro, tan íntegro é incorruptible que resucita la memoria del de Utica y aun la obscurece.

Si no han vuelto los tiempos de Saturno, pareceme que resucitan los días de las grandes justicias de la libertad.

El César insigne, que los dioses han puesto al frente del Imperio, acaba de dar una muestra tan heroica de su amor á la virtud y á la honra de la patria, que puede ponerse en parangón con el gran Junio Bruto cuando mandó inmolar á sus hijos delinquentes, y con el sublime Marco en los célebres Idus de Marzo. Ya no podrá decirse de éste que fuera el último romano. Bajo la púrpura imperial late un corazón que envidiarían los hombres de las edades heroicas.

Ha repudiado á Domicia, la hermosa, la elegante, la casi divina Emperatriz. Su juventud, sus encantos, su gracejo en el decir, la cultura de su espíritu y

hasta el renombre de su padre, el inolvidable y glorioso Corbulón, hacen de ella uno de esos prodigios de la naturaleza, nacidos para la adoración de los mortales. Imposible es verla sin sentirse fascinado y caer á sus plantas bajo la cadena de la servidumbre más rendida.

¡Qué amor más acendrado, más impetuoso, el del César á esta imagen viviente de la Pallas de Fidias!

Arrebatóla á su primer esposo, apenas la vió, uniéndose á ella en justas nupcias; después sólo por Domicia y para Domicia ha vivido. Y, sin embargo, con ánimo entero la ha repudiado. Cundía por toda Roma el rumor de que aquel encanto de las patricias había puesto ojos culpables en el primero de nuestros actores: en Páris. Frecuentaba los espectáculos la señora; colmábalo de agasajos y de dones. Dícese que se cruzaban entre ambos miradas de inteligencia, y aun que el célebre mimo intercalaba en sus declamaciones algunos versos alusivos á la adoración que le inspiraba la diosa del mundo. Páris amaneció un día muerto de mano airada en la escalinata del Palatino, y el Emperador, delante de testigos de su confianza, pronunció á la infiel esposa con voz serena las palabras fatídicas de: ¡Llévate lo tuyo y vete!

No bastaron á detener la terrible sentencia lágrimas, sollozos, ni las súplicas más fervientes de senadores y plebeyos. A los que le dicen que la culpa de Domicia no está probada, replica con la austeridad del divino Julio: «Para la mujer de César basta que hablen de ella.» Y después añadió estas palabras sa-

gradas, dignas de que se esculpan en bronce con letras de oro: «Es tiempo de que las mujeres dejen de gobernar el Senado, los ejércitos y las ciudades.»

El sacrificio ha sido inmenso, tanto como la pasión idolátrica que por ella siente. Una tristeza íntima y espantosa se ha apoderado de su vida; mas su entereza se sobrepone á todo, y aquel mismo día presidió los juegos del circo con semblante más impasible y majestuoso que el de su propia estatua que se alza mirando al templo de Vesta.

Más ha hecho Domiciano que su hermano Tito, el cual desterró á la reina judía, que ya estaba en el declive de la edad y que había sido el amor de su juventud.

Nuestro César ha arrojado de su solio á Juno, quedando envuelto en las tristes nieves de un hogar desierto. El Olimpo queda huérfano y viudo: Roma, feliz y satisfecha de su Príncipe. — *Vale.*

PALACIO DE DOMICIANO EN ALBA

LOS LITERATOS

Es la caída de la tarde. Sólo el emperador está sentado delante de la biblioteca. Varios literatos, entre los que se encuentran Estacio, Marcial y Valerio Flaco, lo rodean y asisten á su frugal merienda, que se reduce á unas manzanas bien sazoadas.

Marcial. — La encina y el laurel de Apolo no son los únicos emblemas que te convienen. Preciso es que con la yedra cívica, que te está consagrada, tejamos para ti una corona.

Domiciano. — Eso está galanamente dicho; pero detrás de esa yedra veo la casa que mi buen español con sus epigramas ha sabido ganarme en las afueras de la ciudad, cerca del campo de Marte.

Marcial. — En todo me vences, hasta en el ingenio. Si escribieras versos, tendría queirme desacreditado á mi pobre Bilbilis; pero no sólo has hecho de

mí un agradecido, que perpetúe tu nombre, sino que has conseguido con tus favores que la envidia re-viente de despecho.

Domiciano. — Triste se quedaría Roma sin ti; mas ¡por Hércules! no te descuidas, porque de todas mis naumaquias eres el nadador que más sacas con menos riesgo. ¿Y qué habéis escrito para el certamen?

Estacio. — Venía á dedicarte las primicias de una de mis silvas que, ó poco entiendo, ó es la más preciada de ellas, porque va llena de tu nombre augusto.

Domiciano. — Lee, pero ruégote que no vaya tan hinchada en mi loor como la dedicatoria de tu *Tebaida*.

Estacio. — Si llenas el mundo y la historia, ¿de qué otra cosa pueden cantar las musas? Con su cítara divina habla la gratitud del pueblo romano.

(Lee:)

« Á LA ESTATUA DE DOMICIANO

» ¿Cuál es esa mole sobre la que se alza un coloso dominando todo el Foro Latino? ¿Cayó del cielo acabada esa obra de arte?... Admirable es el héroe que monta el caballo. Agrada el contemplar esas facciones donde resplandecen en feliz maridaje la nota de la paz y los tonos de la guerra.

» Mas el artista no ha embellecido la verdad: esa es su gracia, su majestad, su hermosura. Soberbio con su noble carga, el caballo de Tracia no levanta más alta su cabeza ni su orgullo cuando lleva hasta en medio de la carnicería de la batalla al dios Marte.

» El emplazamiento responde á la obra... Delante de ti se abre el templo del héroe que fatigado de los combates debió á su hijo adoptivo el haber franqueado la senda etérea á nuestros semidioses. Su semblante nos dice cuántas menos lágrimas nos cuestan tus victorias. Tú, que suave para castigar hasta los

mismos Cattsos y Dacios, aseguraste al extranjero el perdón de sus furores.

» Los costados están protegidos por la mansión de los Julios y allá por el soberbio palacio del belicoso Paulo. Detrás de ti, con cariñoso semblante, te mira unido á la Concordia. Tú en tanto rodeada la cabeza de una atmósfera brillante como de una aureola, te elevas y brillas por encima de los templos. Parece que examinas desde lejos, si los nuevos palacios surgen más hermosos para desafiar el incendio, si el fuego troyano arde puro allá en el silencio del santuario; y si Vesta ya se alaba de la virtud de sus sacerdotisas.

» Tu mano derecha rechaza las batallas: la izquierda sostiene sin fatiga á la virgen Tritona. ¡Ah, la diosa no descansaría en ninguna parte más dulcemente, ni aun en la tuya, padre Júpiter! Ese amplio pecho parece formado para agitar los destinos del mundo. Sus hombros dejan caer la clámide, en tanto que á su lado una espada envainada basta á su defensa.

» El suelo apenas resiste á ese enorme peso y la tierra sucumbe y gime; no es el hierro ni el bronce los que la agobian, es el genio del héroe.

» Goce eternamente de este gran pueblo y de su Senado ilustre.

» ¡Ah, no te canses de amar la tierra ni renuncies viviente el templo que te consagramos, ni te atraiga el camino del cielo! Muéstrate alegre de ver á tus deudos y descendientes ofrecer incienso á tu imagen.»

Domiciano. — Maravillosos son tus versos; sólo les hallo un defecto: el de que estén dedicados á mí. Nadie te disputará el premio, pero es triste que el pueblo y la posteridad vean en ellos más la apoteosis del emperador que no el tributo sincero pagado al hombre de bien. Convendría mezclar algún recuerdo contra la antigua tiranía en cuanto de mí dices, para que se compare aquellos tiempos con los de libertad y dulzura bienhechora de mi imperio!

Marcial. — ¿Te sirve este epigrama que vengo improvisando hace tres días para sorprenderte con el *improntu*?

Domiciano (sonriéndose): — Improvísalo.

Marcial (recitando):

«Allá, donde el radiante coloso contempla los astros de cerca, donde la vía ensanchada se presta al juego de las máquinas de teatro, resplandecía poco ha, en medio de su magnificencia, el odioso palacio de un tirano. Donde se ha erigido la mole venerable del maravilloso anfiteatro, estaban los estanques de Nerón.

»Allí, donde admiramos las termas de tan maravilloso lujo, yacía el campo que se agrandó con las casas de algunos miserables.

»Roma ha sido devuelta á sí misma, y esos sitios que fueron encanto de un déspota, son por obra tuya ¡oh César! las delicias del pueblo.»

Domiciano (aplaudiendo). — De provincias han de venir los que renueven la virilidad del estilo romano. ¡Qué vigor, el de tu lenguaje!; pareces un antiguo plebeyo del Aventino ó del Monte Sacro. Pero ¡ay de ti si te hubiera escuchado uno de los delatores del hijo de Agripina!

Marcial. — Gracias á ti (recita en verso lo siguiente): «Aquella turba odiosa, enemiga de la paz, de la inocencia y del reposo, que sólo buscaba enriquecerse con el despojo de los demás, ha sido relegada á la Getulia, cuyas arenas no bastan á tantos culpables. El delator sufre el destierro que hizo sufrir

á tantos... El delator proscripto huye lejos de Roma; César nos ha restituído á la vida.»

Domiciano. — Todo eso me lo sé ya de memoria. Es hermoso, grato, y realmente el que no castiga las delaciones las estimula y alienta; pero el romano necesita que se le hable mucho de libertad, de república, de los antiguos Gracos y de aquellos grandes patricios, cuya alma se ha reconcentrado en la mía... El estilo de Turno y de Persio, es el lenguaje propio de los que amamos la República y de los que la encarnamos como los Flavios.

Marcial. — Gran dicha ha sido la nuestra de alcanzar tus días, porque la principal virtud de un soberano es conocer bien á sus súbditos.

Domiciano. — Habláronme esotro día de un satírico feroz é implacable que anda por ahí pobrísimo, y cuyos versos acerados empiezan á correr con boga por la ciudad.

Estacio. — Ingenio peregrino tiene: llámase Juvenal; algo tosco y obscuro, muy desvergonzado y hasta obsceno; pero cuando acierta con una frase, queda esculpida en bronce con huella eterna. Con todos se muestra intratable, si no es contigo.

Domiciano. — Todo llega á palacio, y me han recitado aquellos exámetros en que dice, que las letras no tienen más que á César como apoyo y esperanza. ¿Es una solicitud ó una intimación? ¿Por qué no viene hasta mí ese maldiciente? Por lo menos disfrutaría de los donativos que he mandado dar á cuantos me habéis hecho agradables estas últimas horas del

día y que hallaréis al volver á vuestras casas. Así los dioses os sean propicios y Júpiter os conceda sueños favorables.

(Después de muestras apasionadas de gratitud y de una lluvia de lisonjas cortesanas, se deshace la tertulia de César y queda solo Domiciano.)

